DOC SAVAGE

HOMBRES AUDACES
EDICION 2001

TERCERA EDICIÓN

LA PIEDRA QUE HABLABA

por

Kenneth Robeson

La piedra que hablaba

Kenneth Robeson

Doc Savage/112

CAPÍTULO I

EL CHALECO ROJO

LA historia que llevó a los periodistas hasta la pequeña isla de Jinx[1], en el sur del Pacífico, no tiene ninguna relación con el hombre del chaleco rojo a no ser, por supuesto, la coincidencia de su llegada en el avión, junto con los reporteros. Doc Savage no le dio ninguna importancia al hombrecillo del chaleco rojo. Doc estaba preocupado por la llegada de los reporteros, pues desde siempre, había intentado evitar cualquier tipo de publicidad. Por tanto, en aquel momento, Doc no se fijó en el hombrecillo.

Era un hombrecillo ansioso el tipo del chaleco rojo. Llegó con los demás para encontrarse con Doc Savage pero se quedó en la parte de atrás. Y aunque iba provisto de lápiz y papel, no le dirigió ninguna pregunta.

El hombrecillo, simplemente metió un dedo pulgar en una de las sisas de su chaleco rojo y se quedó escuchando atentamente. Tenía una cara pequeña, como apretujada, estrambótica muy poco expresiva a no ser por su propia rareza. Ni siquiera tenía el mínimo colorido que tiene una cara, parecía que se la hubieran limpiado con un ácido y se la hubieran dejado como la lejía deja una prenda puesta en remojo. Los demás periodistas hicieron una gran cantidad de preguntas. Sus preguntas caían como un torrente.

Podría sospecharse que el hombrecillo del chaleco rojo, no tenía el menor interés en todo aquello. Las preguntas giraban en torno a una aventura en la que Doc Savage había participado recientemente. Un asunto en el que un trasatlántico, su tripulación y sus pasajeros, habían caído bajo el control de unos caballeros con más codicia y brío que habilidad para acabar lo que habían

iniciado.

Doc Savage se vio envuelto en este asunto y su dura mano de bronce había hecho que todo acabara del lado de la justicia y en cierta manera, de forma espectacular[2].

El hombre del chaleco rojo, sí mostró interés, sin embargo, por la actitud de los periodistas hacia Doc Savage. Doc era una celebridad, un hombre de grandes habilidades, un hombre envuelto en el misterio. Todo lo cual se reflejaba en la actitud de los periodistas hacia él. Eran sumamente corteses con Savage. Eran inusualmente amables en su trato. Un periodista veterano solo es cortés, cuando se dirige al líder de una organización religiosa o al Presidente de los Estados Unidos.

Al “chaleco rojo” pareció satisfacerle comprobar que Doc era algo fuera de lo usual.

Los periodistas salieron y el hombrecillo, salió con todos ellos.

Volvió solo, más tarde.

—¿Renny Renwick? —preguntó. Lo dijo como si aquel nombre le fuera difícil de pronunciar y como si por ello hubiera dedicado mucho tiempo a repetirlo una y otra vez, hasta conseguir decirlo perfectamente.

El coronel John Renny Renwick era uno de los miembros del equipo de cinco especialistas, que tenía Doc Savage.

—Por allí —dijo Doc Savage, indicándole la dirección. Pero el hombre de bronce, Doc Savage era un gigantesco hombre de bronce, se quedó observando al hombrecillo atentamente.

Renny Renwick tenía dos señas de identidad, una cara de funeral y un par de puños que podrían subdividirse en media docena de pares de puños corrientes.

El hombrecillo del chaleco, miró a Renny, entonces cogió algo de su bolsillo. No pudieron fijarse bien en el objeto, excepto que era de color azul pálido y redondeado.

El hombrecillo siguió mirando a Renny y soltó un grito espantoso. Un chillido como si le hubieran arrancado los pulmones.

Se dio la vuelta y huyó.

Renny Renwick se quedó boquiabierto por la sorpresa. Entonces se empezó a reír. —¡Por la vaca sagrada! ¿Qué tipo de broma es esta? —dijo Renny.

Nada más decir estas palabras, el hombrecillo del chaleco rojo,

se desplomó, muerto.

No había ninguna señal en su cuerpo. Fue lo primero que observaron y es por ello que creyeron que no había muerto, que había sido una especie de broma. Una chanza muy particular, pero nada más que eso. Es decir, todos, excepto Doc Savage. Su semblante estaba tan carente de expresión de cualquier tipo, que les extrañó.

Johnny Littlejohn —Johnny era William Harper Littlejohn otro de los cinco ayudantes de Doc Savage, un prestigioso geólogo y arqueólogo— se agachó y le tomó el pulso al hombrecillo. Dejó caer su muñeca. Sorprendido, miró hacia arriba —Doc ¿está...? ¿Cómo es posible?

Doc Savage examinó al hombrecillo. Los demás se quedaron observando. Doc era un hombre con muchas aptitudes y conocimientos, así como también encerraba grandes sorpresas y una de sus sorprendentes facultades consistía en su gran habilidad para la cirugía. Probablemente no había un cirujano importante en el mundo que no estuviera familiarizado con más de una de las técnicas operativas desarrolladas por él.

—¡Muerto! —, dijo Doc.

—Pero si se acaba de caer —jadeó William Harper Littlejohn.— ¡Voy a superamalgamatarme! ¡Esto es algo recontraincomprensible!

Johnny tenía la costumbre de usar palabras largas, poco frecuentes y a veces, inventadas.

El de los puños enormes, Renny Renwick, que era por quien había preguntado el hombrecillo del chaleco rojo, se restregó la mandíbula con sorpresa. Dio un par o tres de pasos hacia atrás, inconscientemente, como si quisiera salirse de aquella situación. Entonces, algo pasó, pues se dirigió hacia el hombrecillo muerto y se inclinó sobre él.

Renny recogió el objeto que se había deslizado de los dedos del hombrecillo —el objeto era redondo y de color azul pálido.

—¿Qué es esto? —le preguntó Johnny.

Renny miró atentamente aquella cosa.

—¿Qué es esto? —volvió a preguntar Johnny.

—Una piedra —le contestó Renny pensativamente.— Una piedra simplemente. Redonda, azulada y de poco peso.

Johnny se adelantó unos pasos —Vamos verla —dijo.

—No es más que una simple piedra. Imagino que la cogió en cualquier sitio.

La voz de Johnny, adquirió un tono de excitación. —No, no es eso lo que hizo— dijo. —No en esta isla. Esta piedra, es muy extraña.

Se interrumpió, pues Renny se quedó mirando la piedra como si de repente ésta le hubiera dado un mordisco. Sus ojos se abrieron como platos —¡Hey!— murmuró excitado —Esta piedra la había yo visto antes. ¡Es la misma que tenía Monk Mayfair en su bolsillo! La ha llevado encima durante varios meses, o por lo menos lo había hecho hasta ahora.

Sus últimas palabras, *hasta ahora*, fue una corrección que se le ocurrió después de darse cuenta que Monk Mayfair, el cuarto miembro de su grupo, no estaba con ellos en la isla Jinx. Estaba en América del Sur. Monk era químico y estaba en algún lugar de la Patagonia, estaba proporcionando valiosa información a una compañía ballenera, para poder obtener el máximo rendimiento de las mismas.

Johnny, el geólogo, miró enfurruñado la piedra. —¿Dónde consiguió Monk esta piedra? No acabo de reconocer su composición. Aquí,— déjame que la vea —...

Renny se sobresaltó violentamente. Llevó a cabo una extraña maniobra —se puso la piedra junto a su oído— como si hubiera escuchado algo. Su cara cambió, adoptando una mueca que indicaba que estaba escuchando con mucha atención y lentamente fue empalideciendo, hasta quedar sin color.

—¡Es la voz de Monk! —Gruñó— ¡La voz de Monk está en esta piedra! ¡*Puede oírse perfectamente*!

La cara de William Harper Littlejohn se mudó en una sonrisa de oreja a oreja, que le daba un aspecto algo estúpido. No podía tragarse la historia de la piedra que hablaba. Pero no era una broma ni una mentira, la seriedad de la cara de Renny, se lo dejó ver claramente.

—¿Una voz? —dijo Johnny.

Renny asintió —La voz de Monk.

Johnny mantuvo su expresión socarrona hasta que la inverosimilitud de la historia le hizo exclamar —¡Tú no estás bien de la cabeza!

Renny mostró su disgusto y abrió la boca al máximo. —¡Por la vaca sagrada!— y su exclamación sonó atronadora.

Doc Savage se aproximó bruscamente y se inclinó junto a la piedra azul, procurando no tocarla ni tomarla de las manos de Renny. Escuchó absorto, con sus ojos entreabiertos.

Finalmente, el hombre de bronce se enderezó con lentitud. Aunque la expresión de su rostro, casi no había variado, sus compañeros sabían que se había conmovido emocionalmente, al oírse un pequeño sonido silbante, una nota musical baja y exótica como el débil trino de un pájaro tropical e igual de errático como el correr del viento sobre el hielo polar. No se podía saber bien de dónde provenía el trino, igual de alguna parte, como de ninguna parte, algo con una característica como de ventrílocuo. Era el trino especial que emitía inconscientemente Doc Savage, cuando estaba preso de una intensa turbación.

—No está mal de la cabeza —musitó el hombre de bronce en voz baja.

Uno de los periodistas que había llegado en el avión se asomó entonces por allí, aparentemente estaba paseando justo por aquel lugar sin una idea preconcebida, cuando vio el cuerpo del hombre del chaleco, tirado en el suelo.

—¿Pasa algo malo aquí? —preguntó. Luego, se volvió y gritó al resto de periodistas.— ¡Hey, gandules! ¡Aquí está pasando algo!

El periodista que había gritado dando el aviso a los demás, era alto y huesudo. Tenía una cara desagradable, insensible, dotada de un par de negras cejas hinchadas.

Los otros periodistas surgieron de todas partes.

Long Tom, también apareció. Long Tom era el miembro restante del grupo de cinco hombres, ayudantes de Doc Savage. No había nada particularmente llamativo en él. Por el contrario, más bien parecía haber sido criado en una profunda cueva de cultivo de champiñón. Sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, los miró y preguntó —¿Quién es el hombrecillo del chaleco?

Doc Savage le hizo una señal imperceptible con el ojo y un ligero gesto para que se callara, acto seguido le indicó de igual forma un pequeño bote salvavidas tirado en la playa. Long Tom, se dirigió hacia allí.

Doc Savage se dejó caer sobre una rodilla y rápidamente le quitó

el chaleco rojo al hombrecillo muerto.

El periodista alto con cejas negras e hinchadas, le miró irritado y le dijo, —Hey, ese chaleco tan raro, ¿de qué género está hecho? ¡Deje que le demos un vistazo!

Doc Savage pareció no haber oído al sujeto. Se puso de pie con el chaleco entre sus manos y se volvió.

—¡Aquí!, —ladró el reportero— ¡Déjeme ver eso ahora mismo!

Doc Savage se fue alejando sin que aparentemente hubiera oído lo que le decía aquel tipo.

Renny, Long Tom y Johnny, estaban de pie junto al bote salvavidas, al lado de Doc Savage. Johnny balbuceó una serie de ruidos que acabaron por reventar en su boca, al decir —¡Estoy superamalgamatado! ¡Veamos esa piedra parlante!

Doc Savage le pasó la redonda piedra azul. Johnny se la apretó rápidamente contra el oído. Sin embargo, no ocurrió nada.

El huesudo arqueólogo y geólogo de vocabulario enrevesado y largas palabras, a veces incomprensibles, los miró diciendo —No puedo oír nada en absoluto. ¿En realidad, habló?

—Habló —dijo Renny.

Johnny estuvo un rato escuchando a la piedra. Luego, la retiró de su oído. Por fin, dijo desaprobadoramente —¡Venga ya, esto es muy extraño! ¡Una piedra que habla! ¡No me vengas con esa historia!

Renny apretó sus labios y se giró lentamente hacia Doc Savage —¿Qué dices tú, Doc?

—La piedra hablaba —insistió el hombre de bronce.

Esta observación de Doc, en lo que a Johnny Littlejohn hacía referencia, dirimió la cuestión sobre la piedra parlante. Si Doc lo decía, la piedra había hablado.

—De acuerdo, —aceptó Johnny— que alguien me explique cómo puede hablar una piedra.

El hombre de bronce no contestó. Estaba examinando el chaleco rojo. El tejido no era corriente En realidad ni siquiera parecía que fuera un tejido sino más bien una substancia semejante a algún tipo de plástico.

Entonces, de forma brusca, el hombre de bronce enrolló el chaleco haciendo de él un paquetito, se quitó su americana y la usó para envolver lo, una vez hecho lo cual, se la entregó a Renny a la

vez que le decía —Vigílalo con mucho cuidado.

Un tanto intrigado, Renny preguntó —¿Te refieres a que no lo debe ver nadie?

—Efectivamente.

Los periodistas se habían ido aproximando —y es precisamente lo que había hecho que Doc actuara tan rápidamente sacando fuera de la vista el chaleco— con un montón de preguntas —¿Qué es lo que había matado a Jones? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo había muerto Jones?

—¿El hombrecillo se llamaba Jones? —preguntó Doc.

—Sí correcto. O por lo menos es lo que él decía.

—¿A qué periódico representaba?

—Trabajaba para *La Pluma* de Buenos Aires, América del Sur —dijo alguno de ellos.

El tipo huesudo con las cejas ratoniles estaba mirando a Johnny Littlejohn. —¿Con qué finalidad tiene Ud. la piedra apretada ahora contra su oreja?— quiso saber.

Johnny se esforzó por no parecer demasiado tonto y se apartó la piedra de donde la tenía.

La situación en la isla era la siguiente: Había una casa y aparatos suficientes para extraer plancton del mar. Esta instalación había sido erigida por especialistas científicos con una finalidad puramente experimental y era la causa del problema que se explicó en otra narración. También había en la isla un avión, aquél en el que habían llegado los periodistas. Y no había más medios de transporte para entrar o salir de la isla.

Sin embargo, anclado algo apartado de la costa, estaba el pequeño barco de línea *City of Tulsa*, que había sido encallado durante el transcurso de las últimas aventuras acontecidas y que había sido reflotado y puesto en servicio, por un conjunto de remolcadores, venidos expresamente desde Tahití y otros puertos de los Mares del Sur.

Una vez puesto de nuevo a flote el buque de línea, la mayoría de los remolcadores habían vuelto a sus puertos de origen pero dos de ellos habían permanecido allí, por si surgía alguna dificultad posteriormente. El aparato de radio del *City of Tulsa*, había quedado fuera de servicio, durante las aventuras anteriores, pero los remolcadores, que eran naves para desarrollar trayectos largos,

disponían ambos de equipos de radio completos y muy potentes.

Doc Savage utilizó el equipo de radio de uno de estos, para mandar un radiotelegrama al periódico *La Pluma* de Buenos Aires, preguntando si tenían empleado a un corresponsal llamado Jones y que se suponía debía estar trabajando en estos momentos, en algún lugar de los Mares del Sur. Para asegurarse que no había ninguna confusión sobre el tal Jones, Doc Savage añadió una descripción detallada del hombrecillo del chaleco rojo. Mencionó también específicamente el chaleco.

Quedó a la espera de la respuesta.

Los periodistas inclinados a relacionar cualquier lance fuera de lo corriente con un hecho espectacular relacionado con las actividades de Doc, no quedaron nada contentos con que el hombrecito del chaleco rojo hubiera fallecido simplemente debido a un fallo cardíaco.

Doc Savage no había dicho que muriera por esta razón. Pero el hombre de bronce había efectuado numerosas preguntas sobre la salud del fallecido —si había hablado en alguna ocasión sobre problemas cardíacos, temor a sufrir del corazón o cualquier padecimiento semejante.

—Si le digo la verdad, —confesó el periodista al que le estaba haciendo las preguntas— no sabíamos prácticamente nada sobre el hombrecito.

—Excepto Bear Cub[3], —interrumpió otro de los reporteros.

—¿Bear Cub? —Preguntó Doc Savage.

—Aquel reportero del *Advertiser* de Melbourne, —explicó el caza noticias— Aquel tipo larguirucho y huesudo, ¿sabes?

—¿Aquél de las cejas?

—Sí. El de las cejas tan negras.

—¿Y qué ocurre con este sujeto?, —preguntó Doc Savage.

—Oh, bien, parecía que le tuviera una gran simpatía al pequeño Jones, —explicó otro de los plumíferos que deambulaban por allí.— Siempre enganchado al otro. Le daba cigarrillos y se sentaban por ahí charlando juntos. En otras palabras, que siempre le iba detrás, siguiéndole.

El otro caza noticias, le corrigió, —Quiere decir que era él quien hablaba con Jones, el pequeño Jones no hablaba mucho que digamos. Bear Cub era quien siempre charlaba.

—Pues ahora que lo dices, creo que tienes toda la razón, —dijo el otro componente de la prensa.

—Jones no parecía hablar muy bien el inglés, —insinuó Doc.

—Sí, hablaba un inglés un tanto cómico, —reconoció el periodista.— Pero, muy cuidadoso. Sin ningún tipo de acento que Ud. pudiera identificar. Ni tan siquiera acento hispano. Sencillamente pronunciaba las palabras con mucho cuidado. Eso es lo que hacía Jones.

Doc Savage se quedó silencioso durante unos momentos. —Ud. no lo conocía muy bien, pero parece que Bear Cub, sí.

—Eso es.

Doc Savage encontró al hombre llamado Bear Cub. El sujeto le saludó lacónico, sin mucha cortesía. Sus ojos, bajo las espectaculares cejas, eran pequeños y oscuros. Era una persona con apariencia desagradable, parecía ser consciente de ello y no le importaba.

—Mire, Ud. no puede sonsacarme sobre el hombrecillo, —le dijo irritado— pues nunca pude saber nada sobre él. Sí es cierto que rondaba mucho a su alrededor, pero es porque creía que era una especie de chalado con algún interés.

—¿No puede Ud. contarnos nada sobre él?

—No.

—¿Dónde se unió *él*, al grupo?

—En Tahití.

—¿Dónde se unió *Ud.* al grupo?

—En Tahití.

—¿Con anterioridad, lo había visto Ud. alguna vez?

Bear Cub lanzó un resoplido e ignoró la pregunta. —Por qué no me deja dar un vistazo al chaleco rojo— gruñó.

—¿Por qué está Ud. tan interesado en el chaleco? —le preguntó Doc Savage.

—¿Por qué no me lo deja ver?, —replicó Bear Cub.— ¿Es que teme que pueda encontrar alguna cosa?

Doc Savage no hizo caso del desagradable tono de voz del hombre. Renny Renwick había ya empezado a abrir y cerrar sus gigantescos puños en varias ocasiones, con la intención de pegarle un buen golpe a Bear Cub.

Bear Cub se les enfrentó a todos con su mirada y dejando ir un

resoplido violento les soltó —No me asustas, tú, puños grandes,— le dijo a Renny, —Y no intentes empujarme fuera de aquí o te voy a lastimar dejándote sin sentido y tumbado por un rato.

Renny le dijo —Ahora sí que estás hablando el lenguaje que estaba esperando de ti. Más vale que no te acerques mucho al final del entarimado, mi querido amigo de las cejas espesas o puede que te quedes remojado como una galleta.

Bear Cub dijo algo en voz baja —algo desagradable— y se fue dando zancadas. No les temía, eso era evidente y, además, sentía una gran animadversión contra ellos.

Johnny Littlejohn sentenció —Una personalidad protervitiva.

Posteriormente, Renny tuvo que buscar el significado y vio que era algo tan sencillo como individuo pendenciero. Que era una forma de decirlo pero con una palabra mucho más larga y poco conocida.

En aquel momento les alcanzó Long Tom, casi sin respiración.

—Ha llegado la respuesta del periódico de América el Sur, —pudo balbucir.

—¿Sí?

—No tienen ningún corresponsal que se llame Jones ni a nadie que responda a la descripción del hombrecillo del chaleco, —les dijo Long Tom.

Long Tom Roberts y Johnny Littlejohn estaban manteniendo aquella noche una conversación entre los dos. Sentados en la playa, con enormes olas blancas bullendo junto a ellos, para acabar reventando en la arena junto a sus pies, mientras los peces saltaban en la pequeña bahía y las luces del barco lanzaban dorados chisporroteos sobre la superficie del mar.

Long Tom dejaba escurrir arena entre sus dedos —Hay algo misterioso detrás de este suceso,— estaba diciendo —puedo asegurártelo por la forma en que Doc se está comportando. No es difícil adivinar cuando Doc ha husmeado algo importante y posiblemente fantástico.

Johnny gruñó —Jones no tenía en su equipaje nada de lo que hubiera llevado un periodista. En apariencia, ni tan siquiera lo era.

Johnny estaba empleando palabras cortas. No lo hacía muy a menudo, a no ser que estuviera muy preocupado o presa de gran excitación; y no ocurría con mucha frecuencia que se impresionase

tanto como para no poder emplear sus palabrejas desmesuradamente largas.

Long Tom iba diciendo —El chaleco rojo es lo que no puedo ver qué pinta en este asunto. ¿Qué te parece a ti?

—Una tela poco corriente.

—No era la prenda. Mira, pude curiosearlo cuando Doc lo sacó del atado que había hecho con su americana para ocultarlo a la vista de los demás, e incluso llegué a ponerme el chaleco.

—¿Sentiste algo extraño al ponértelo?

—No, por supuesto que no. Pero pude observar varias cosas. La primera, sin lugar a dudas, es que está hecho de algún tipo de género parecido al cristal plástico, aunque probablemente no lo es. El colorido no parece muy resistente. Te destiñe algo al ponértelo encima, no mucho, pero sí lo suficiente para poderlo apreciar.

—¿Renny tiene la piedra, todavía?

—No, es decir, no la tiene ahora. Vi que Doc le preguntaba por ella antes de la comida.

—¿Crees que la piedra realmente dijo alguna cosa?

—Bien, Doc dijo que hablaba, ¿no es así?

Quedaron en silencio. La luna era una mancha de plata en el horizonte. Más atrás, en los matorrales, dos pájaros tropicales se enzarzaron en una lucha que sonaba como si dos brujas se estuvieran peleando.

—Jones preguntó por Renny, —recordó finalmente Long Tom— y ni Renny ni nadie más han dicho qué es lo que le dijo la piedra y, además, el sujeto ese, Bear Cub creo que le llaman, se está comportando de una forma sospechosa. —Inesperadamente Long Tom se puso de pie,— ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Voy a buscar al Bear Cub ese y a mantener un pequeño intercambio de ideas con él —Long Tom, que era mucho más fuerte de lo que aparentaba, se amarró el cinturón.— Té apuesto lo que quieras a que le saco algo al tipo.

—¿Necesitas alguna ayuda?

—No, gracias.

Long Tom dejó a Johnny Littlejohn en la playa y se fue paseando en dirección a la selva. El experto en electrónica estaba excitado con la idea de enzarzarse con Bear Cub. Long Tom estaba

convencido —y este convencimiento era generalmente compartido por los otros componentes del grupo del hombre de bronce— que los puños de Doc Savage no eran suficientemente duros cuando trataba con sujetos como Bear Cub. A Long Tom le encantaba la acción. Había planeado, hablando con franqueza, trabajarse con sus puños a Bear Cub y ver qué podía sonsacarle así al individuo.

Enfrascado en sus pensamientos, Long Tom iba caminando hasta que se encontró ante el cañón de una pistola, frente a sus narices.

—¿Me estaba buscando? —preguntó una voz tras el arma.

Long Tom exhaló un breve suspiro de sorpresa —¡Ud.! —dijo.

La voz, que no era precisamente agradable, demandó —¿Metiendo sus narices donde no le llaman, eh?

—¿A qué se refiere?

—Al hombrecillo del chaleco rojo, a la piedra que hablaba y a todo eso.

Sobresaltado, Long Tom dijo bruscamente —¿Ud. sabía algo sobre esa piedra y qué es lo que hacía que hablara?

El otro le contestó bajando la voz —Esto es lo que hacía que hablara. Mire aquí—. Y le mostró una mano.

Era uno de los trucos más viejos que pueda uno imaginarse. Hacer mirar al contrario hacia un lado, mientras le atizas un golpe. Long Tom cayó de lleno en la trampa. Tuvo la vaga impresión de que alguna cosa —quizás un trozo de raíz de algún árbol, en forma de cachiporra— se le venía encima y acabó en su cabeza. También y por un momento, se dio cuenta de que el mundo se había vuelto de color negro. ¡Y bien negro era lo que se le había venido encima a él!

CAPÍTULO II

EN TORNO A LA PIEDRA

DOC Savage llevaba adelante su investigación con un talante que daba la impresión de ser muy lento y poco efectivo. En opinión de Renny y de Johnny, que lo observaban cada vez con mayor irritación, estaba perdiendo el tiempo y haraganeando. Aparentemente el hombre de bronce mordisqueaba aquí y allí, sin tener algo concreto entre los dientes e incluso, en algunos momentos, ni siquiera parecía que estuviera buscando información.

Johnny y Renny, llegaron a disgustarse bastante. Y fue entonces, cuando de repente se sintieron avergonzados de sí mismos. La vergüenza les sobrevino cuando fue evidente que Doc Savage había estado siguiendo perfectamente el rastro. Y repentinamente, la sorpresa que surgió fue la siguiente: ¡Alguien había intentado asesinar a Jones, con anterioridad!

Uno de los reporteros de un periódico, llamado Wilfair Wickard inconscientemente levantó la liebre. Wilfair Wickard era un hombre joven de constitución robusta con un tremendo complejo de inferioridad debido a su extraño nombre. La primera cosa que le decía a la gente, es que le llamaran Spike o Bill o Butch —cualquier cosa que no fuera Wilfair.

—Era un hombrecito bastante raro el tal Jones —decía Wilfair— cuando piensas un poco en ello, no actuaba en realidad como un corresponsal periodístico. Claro, en aquellos momentos no se me ocurrió pensar mucho en ello.

Renny le comentó —Pensaba que Ud. sería capaz de reconocer a cualquiera de su profesión.

Wilfair se encogió de hombros —Ya no es como antes. Hay un montón de gente que son corresponsales y en su vida han estado

cerca de una oficina de prensa. Hoy en día la cosa funciona así: Ud. se labra una reputación, entonces, alguien con una cadena de periódicos le contrata como un experto en aquello en lo que se supone que ha destacado y que conoce bien. Ud. no tiene ni que saber escribir. Los pobres diablos de la oficina central lo transforman artesanalmente en algo que tenga una forma legible, por la suma de 25 $ a la semana.— Wickard sonrió débilmente — Por la noche tenía sueños extraños, sí, el pequeño Jones tenía sueños raros.

—¿Sueños? —dijo Doc Savage.

—Pesadillas, le habrían llamado Uds., —explicó Wickard— recuerdo la noche antes de que partiéramos de Tahití en el aeroplano. Jones irrumpió en mi habitación. Serían ya como las tres de la madrugada. Me agradeció el que le hubiera enviado un trago a su habitación.

—¿Un trago?

—Lo más raro —dijo Wilfair—, es que yo no le había hecho enviar ninguna bebida. Era un whisky, se trataba de uno de esos botellines pequeños, ya sabe a lo que me refiero, a los que tienen el tamaño de un servicio individual. Whisky escocés, por cierto.

—¿Jones lo tenía aún?

—Oh, sí —lo llevaba aún en sus manos. Venía a decirme que él no bebía. Me lo entregó, al tiempo que me decía que era una pena que se fuera a desperdiciar. Entonces se me quedó mirando de una forma muy rara y dijo que era veneno, que sí que lo era...

La boca de Wilfair se había quedado abierta. Su pulso y respiración, parecían suspendidos.

—¡Veneno!, —exclamó casi gritando— ¡Cielo Santo! ¿Se imagina Ud....?

—¿Conserva aún el botellín?

Firmemente perturbado, Wickard asintió —¡Claro que sí! Lo guardé. Lo eché dentro de mi maletín, por si me lo quería beber más tarde, por si más tarde me apetecía tomar un trago.

Se volvió, dirigiéndose hacia el cobertizo con techo de cañas que los propios periodistas se habían erigido para su uso personal y al volver, llevaba el botellín consigo.

Doc Savage empleó un cuarto de hora en analizar el contenido de la botella y al final dijo —Quienquiera que fuera que introdujo el

veneno en el botellín, era un experto en venenos. Hay lo suficiente para matar a un hombre pero no tanto como para poder ser detectado en condiciones normales.

Wilfair Wickard aflojó sus labios lo suficiente como para poder decir, —¡Alguien trató de asesinar a Jones y me ha querido echar a mí el muerto!

Doc Savage se metió de lleno en el exhaustivo examen del cuerpo de Jones. Lo hizo completamente solo, en la casa de los científicos, que vivían en la Isla Jinx. Tanto los periodistas como sus propios ayudantes, fueron excluidos.

—Me pregunto, qué se habrá hecho de Long Tom. —decía Renny— No lo hemos visto por aquí desde hace ya bastante tiempo.

—Es posible que se haya ido al barco —sugirió Johnny.

Doc Savage acabó el examen del cadáver del hombrecillo fallecido en tan extrañas circunstancias y se reunió con Renny y con Johnny.

—¿Cuál ha sido la causa, Doc? —le preguntó Renny.— El grupo de periodistas y especialmente el listillo de Bear Cub, insisten en que solo el verme es lo que asustó tanto a Jones, que acabó por provocarle la muerte.

—El mal de la estratosfera —dijo Doc concisamente.

—¿Huh?

—En alguna ocasión, se le conoce por otros nombres. Algunos, extremadamente técnicos —prosiguió Doc sosegadamente— Pero enfermedad de la estratosfera, es el que mejor lo describe.

—¿Por qué razón?

El hombrecillo murió por haber estado a demasiada altura, durante mucho, mucho tiempo y en diversas oportunidades —aclaró Doc.

Renny empezó a cavilar sobre esto. —¡Por la vaca sagrada!— Estaba recordando su propia experiencia de vuelo. —¿Por haber estado a demasiada altura, eh? ¿A qué altura, dirías tú?

—Alrededor de veinte mil pies o más.

—¿Por encima de los veinte mil, eh?

Renny reflexionó un poco. —Mira, yo estoy harto de volar. Tu, yo y todos nosotros, los del grupo, nos hemos hartado de volar y no pocas veces, por encima incluso de los veinte mil. Y jamás he padecido nada que se parezca a esa dolencia estratosférica.

Doc le recordó —Pero lo has hecho siempre con equipos de oxígeno y la mayoría de las veces en aparatos con cabinas presurizadas.

Renny asintió, pero así y todo no quedó satisfecho del todo. Se fue errabundo hacia la estancia cubierta de cañas de los periodistas y acorraló al piloto del avión que les había traído. El piloto era un muchacho flaco que estaba bastante aburrido. Renny le dijo —¿Te importaría decirme a que altitud has volado entre Tahití y esta isla?

—Todo el tiempo vinimos volando como la pesca con mosca.

—Lo que significa…

—Por encima de las olas. Hay buen viento de cola siempre. Y si te surge un problema en el motor, mientras vuelas sobre el mar, la altura no te ayuda en absoluto… una ola es casi tan dura como otra.

Renny Renwick estaba sorprendido. —¿Quieres decir que volaste bajo todo el tiempo que el hombrecillo del chaleco rojo estaba contigo?

—Nunca pasamos de los cinco mil pies.

Renny se volvió a reunir con Doc Savage para plantearle esta información. —El hombrecillo no adquirió la enfermedad de la estratosfera en este vuelo, te lo puedo asegurar. ¿Estás completamente seguro que es eso lo que padecía?

—Los chinos tienen un viejo proverbio que dice que sólo los locos, están *completamente seguros.*

—¡Hum! —Renny se iba frotando la cara, con una de sus manos gigantescas.— Me pregunto si alguien, aparte de mí, está perplejo por ello.

—¿Dónde está Long Tom? —preguntó Johnny quejumbroso.— Me extraña que se haya ido de la forma que lo ha hecho. Acabo de ponerme en contacto con el barco y tampoco está allí.

Doc Savage nunca había buscado la publicidad en sus acciones, así que Renny y Johnny se quedaron sorprendidos cuando llamó a todos los periodistas juntos y les contó la historia de la piedra que había hablado. Esto era sorprendente por dos razones. La primera es que nunca explicaba las noticias a los plumíferos, era lo último que haría Doc Savage. La segunda es que parecía una especie de cuento chino.

Las caras de los periodistas reflejaban una diversa colección de expresiones, cuando Doc acabó. Ninguno de ellos se creía que

hubiera una piedra que hablaba y todos ellos fueron demasiado amables para decírselo. Quizás no deberíamos haber dicho, amables. A lo mejor ni siquiera era esa la palabra. Uno no puede poner en duda las afirmaciones de un hombre de la reputación de Doc Savage y decírselo a la cara.

—Detecto un cierto escepticismo. —Dijo Doc— Debería aclararlo un poco más, ¿no les parece?

—Creo que estaría muy bien que se explicara mejor —Dijo Bear Cub— Y luego podría hacer lo mismo con el chaleco rojo.

Doc Savage hizo caso omiso de esta observación, referida a la prenda —La piedra— informó —debería encontrarse en el lugar que la escondí, junto a un matorral cercano.

El matorral resultó ser uno lleno de espinas, que era un lugar idóneo para esconder algo. Parecía impenetrable para cualquiera que no fuera preparado para no lastimarse o que tuviera la piel de un rinoceronte. Renny, Johnny y los periodistas al ver las espinas, se echaron hacia atrás y se quedaron esperando. Era ya de noche, una oscura noche de los trópicos en esta estación del año. Sin embargo, Doc se introdujo en el matorral.

Inesperadamente se oyó un fuerte quejido, saliendo del centro del matorral espinoso. El quejido era una mezcla de grito, resoplido y riña. El grito provenía de la garganta de Doc y no era nada tranquilizador.

Luego, silencio absoluto.

—¡Doc! —berreó Renny.

El silencio continuaba reinando.

—¿Doc, qué te ha ocurrido? —rugió Renny.

La voz de Renny, ya era extraordinariamente fuerte en circunstancias normales. Ahora fue lo suficientemente fuerte como para que se oyera en el barco y obligara a que se encendieran varias luces en el vapor.

Por fin encontraron a Doc Savage caído e inmóvil en medio del matorral. Lo retiraron de allí aún a riesgo de haber sufrido diversos pinchazos. Renny se puso sobre él y le hizo diversos masajes hasta que por fin, Doc, abrió los ojos.

—La piedra —dijo Doc débilmente— Un hombre…

Renny habló con tono de voz grave —¿Alguien cogió la piedra?

—Sí, alguien debió atacarme con una porra —dijo Doc— y luego

huyó.

Cuando Renny reflexionó sobre ello, se dio cuenta que era la primera vez que alguien había pillado a Doc por sorpresa y con la suficiente antelación como para poder atizarle un porrazo en la cabeza. Y no es que Doc Savage fuera tan eficiente que nadie le pudiera tomar por sorpresa, pero es que si el hombre de bronce sufría una emboscada, ya esto por sí solo constituía un hecho extraordinario. Y aún era más raro que le hubieran podido pegar un simple cachiporrazo. Pero de la manera que lo explicó Doc, pareció la cosa más natural del mundo.

Renny descubrió la verdad cuando Johnny y él, ayudaban a Doc Savage a través de la oscuridad, a llegar a la casa de los científicos.

Tan pronto como estuvieron separados del resto de la gente, Doc Savage dejó de aparentar estar aturdido. —Dejadme ya— les dijo en voz baja —Y empecemos a actuar. Tenemos que vigilar a esos periodistas.

—¿Eh? —dijo Renny— No entiendo a qué te refieres.

Doc Savage no le contestó por el momento. Esperó hasta que estuvieron cerca de la fogata que habían encendido los periodistas junto a su cobertizo, aquel que habían levantado antes de la aparición de Doc con su historia de la piedra que hablaba. Doc contó las personas que estaban junto al fuego. Todos los periodistas estaban allí, sin que faltara ni uno de ellos.

—No le veo la razón a todo esto —insistió Renny.

—Imagina que tienes un perro —le dijo Doc.

—No lo tengo, pero me lo puedo imaginar.

—El perro está intentando morder a alguien. Podrías ser tu. ¿Qué es lo que harías?

—Dispararle al perro, si fuera posible.

—Quizás no fuera lo más adecuado.

—En este caso, posiblemente cerraría al bicho en algún sitio.

—Supón que ya lo habías encerrado y entonces oyes a un perro ladrando —continuó Doc Savage— ¿Qué es lo que harías?

—Irme corriendo a ver si se me había escapado el perro.

Doc Savage asintió gravemente.

—La comedia que representé en el matorral de los espinos, es el perro que está ladrando —acabó Doc.

Renny observó a los periodistas. —Creo que ahora ya lo

entiendo. No tenemos más que esperar a que uno de los pluma—envenenadas de los periodistas se tome un descanso y se levante para ir a vigilar al perro que había encerrado.

—Algo muy parecido a lo que dices —admitió Doc.

—¿Y quién es el perro, en este caso?

—Pudiera ser Long Tom Roberts —anunció Doc.

CAPÍTULO III

SEGURO DE VIDA

LA noche del trópico era dulcemente suave, gracias a la brisa del mar. Sobre el vapor de línea anclado, la orquesta tocaba una música lenta que llegaba débilmente hasta la isla. Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido últimamente en el barco, era agradable volver a oír música de nuevo, a bordo.

—Ahí va nuestro hombre —advirtió finalmente Renny.

Una sombra se había separado casualmente del grupo junto al fuego y salió con paso tranquilo. Al principio no podía verse con claridad de quien se trataba. Renny revisó las caras de los que habían quedado junto a la fogata.

—¡Por la vaca sagrada! —murmuró— Creí que sería Bear Cub, pero no lo es.

Siguieron al hombre que había dejado su lugar junto al fuego. El individuo iba paseando normalmente y cuando ya se estaban preguntando si sería un tipo inocente, que simplemente había ido a estirar sus piernas, inopinadamente se introdujo entre la maleza. Pudieron escuchar cómo iba dejando su rastro, muy rápidamente.

Renny gruñó irritado en medio de la oscuridad —¡Por la vaca sagrada! Doc, tu tienes mejor oportunidad de seguirle la pista a este individuo. Es seguro que los tres juntos no podremos seguirle.

Doc asintió —Vosotros dos, volved atrás y vigilad a los otros periodistas. Renny y Johnny se sentían fastidiados pero era evidente que el seguimiento de un hombre a través de la jungla en medio de la absoluta oscuridad reinante, era tarea superior a sus capacidades. Vieron como Doc desaparecía en la negrura de la noche.

—¿Y qué es lo que ocurrió con la piedra, al final de cuentas? —murmuró Johnny— Doc no nos dijo nada sobre esto.

Johnny Littlejohn permaneció silencioso un instante, pero luego disparó —¿La cerúlea vitriscible, llegó actualmente a soliloquiar? —

—Dímelo otra vez, pero con palabras cortitas —dijo Renny.

—¿La piedra habló realmente?

—Puedes jurar que lo hizo.

Johnny Littlejohn le recordó —Todavía no has dicho lo que dijo la piedra. ¿Tiene alguna relación con todo esto?

—Total.

—¿Y cuál es?

—Jones dijo que había venido de América del Sur.

—Es cierto que lo dijo.

—Monk y Ham están en América del Sur. La voz de Monk provenía de la piedra.

—Lo de América del Sur es una coincidencia —aceptó Johnny— ¿Lo que dijo la piedra es un secreto?

—De ninguna manera —afirmó Johnny— Pero antes, déjame que te cuente otra coincidencia. ¿Te acuerdas de qué dijo Doc que parecía haber provocado la muerte de Jones?

—Mal de la estratosfera.

—La voz de Monk dijo: *Está a cinco millas en el cielo, Doc. Ven preparado*. —explicó Renny.

—¿Es eso todo lo que dijo?

—Me parece —le contestó Renny— que fue suficiente.

Doc Savage fue tras de Wilfair Wickard. El joven y fornido periodista —como él mismo se había presentado— era un experto en caminar por los bosques. Mostró una gran cautela y disimulo caminando por la jungla, que le proporcionó considerables problemas a Doc Savage. En una oportunidad, estuvo casi a punto de encontrarse con el hombre de bronce, cuando inesperadamente se detuvo en medio de la oscuridad y se quedó a la espera, sosteniendo una pistola en la mano. Doc anduvo tan cercano a la pistola que pudo oír el clic del seguro del tambor, que era un sonido inconfundible para el hombre de bronce. Aunque no podía ver el arma, sabía que el otro la tenía.

Doc, intrépidamente sacudió con fuerza un matorral e imitó los ruidos del gorjeo de unos pájaros tropicales que hubieran sido molestados por algo. Wilfair Wickard lanzó una maldición y estaba tan cerca de Doc que éste pudo percibir rastros de alcohol en su

aliento.

Engañado, Wickard siguió y se encontró con Bear Cub. Bear Cub estaba sentado a la luz de la luna, sobre un saliente de un trozo de lava, esperando.

Bear Cub preguntó irritado —¿Quién diablos se ha llevado la piedra?

—¿No la tienes tu? —explotó Wickard.

—¡No, diablos!

—¿Entonces quien lo ha podido hacer?

Se sentaron en silencio, mientras no se les ocurría ninguna respuesta a la pregunta clave. Entre los matorrales un pájaro silbó y de manera casual hizo los mismos sonidos que Doc había hecho un poco antes.

Wickard, renegó nuevamente, mientras decía —Ese maldito pájaro debe estar siguiéndome.

—¿Pájaro?

—Oh, olvídate. Estoy muy nervioso, imagino.

—Si quieres saber lo que pienso, deberíamos hacer algo más que ponernos nerviosos. Será preferible que nos pongamos de acuerdo.

—Comprendo tu punto de vista —dijo Wickard.

—Me refiero a Doc Savage. No había visto nunca antes a un tipo que me impresionara tanto como él lo ha hecho. Y es que, además, hay algo curioso en él. No habla mucho y no ha hecho nada como decir que va a pegarle una sacudida a la Tierra. Pero me quedo mirando al tipo, pensando en todo lo que se dice de él y en todo lo que he ido escuchando por aquí y por allá y empiezo a tener la sensación que —bueno— *podría* sacudir el mundo si quisiera.

—Te comprendo perfectamente —dijo Wickard.

—Pero aún hay otra cosa.

—¿Otra cosa?

—La que nos tiene rondando por estos lugares. ¿Aún no la ves? —

—A eso me quería referir. —le dijo Wickard.— Por fin nos deshicimos de Jones. ¿Por qué pues, seguir por aquí?

Bear Cub gruñó ásperamente —Nosotros no nos deshicimos de Jones. La Naturaleza se encargó de ello, por cuenta nuestra.

Wickard empezó a jurar —¿No crees que es una verdadera cochambre? Seguimos al tipo tropecientos miles de kilómetros,

intentando acabar de un golpe con él en cada escala y sin poder acabar el trabajo. Y llega la Naturaleza, se lo carga y nos da el trabajo hecho.

Bear Cub quiso saber algo —¿Por qué le contaste a Savage lo del botellín envenenado que te pasó Jones?

Wickard se rió entre dientes —Fue una argucia para confundirle, ¿a que sí? Pensé que Savage podría revisar mis cosas y encontrar el whisky envenenado. Así que le conté la verdad, con la salvedad de que no le dije que era yo el que le había mandado la bebida a Jones aquella noche en Tahití. ¿Un engaño perfecto, no crees?

—Puede que no sea tan inteligente como te parece a ti —dijo Bear Cub— el depender de argucias de este tipo, para apartarnos de las garras de este Doc Savage.

—Podemos coger el avión.

—Eso sí te digo que me parecería más inteligente —afirmó Bear Cub— ¿Y qué pasa con el jugo que hace que el trasto vuele?

—Los tanques están a tope. Había gasolina de aviación en el barco y han llenado los tanques esta mañana.

—¿Suficiente gasolina como para llevarnos tan lejos como queramos?

—Tendremos que hacer una escala. Podremos manejar la situación. Ya sé que tienen radios aquí, pero podremos manejarlo.

—Pues entonces, te sugiero que lo empieces a manejar.

—¿Y qué vamos a hacer con el tío malhumorado, cruce entre un renacuajo, gusano de pescar y gato montés —el Long Tom Roberts?

—Pues supongo que un cuchillo se le introducirá en el cuerpo, si empujas con fuerza suficiente. —dijo Bear Cub, haciendo una mueca desagradable.

Long Tom Roberts estaba amordazado y extendido como un águila rampante. Su sufrimiento debía ser terrible. Le habían atado las muñecas y los tobillos con cuerdas, en árboles separados de manera que su cuerpo estaba colgando a un metro del suelo, como una hamaca. Le habían amordazado, rellenándole la boca con musgo y cerrándole los labios, clavándole largas espinas, para dejarle la boca cosida. Había otras señales de malos tratos.

Bear Cub le pegó a Long Tom una ligera patada en sus posaderas y le dijo —Bueno, ha sido un placer conocerle— Bear Cub se sacó un largo cuchillo de entre sus ropas —Un gran placer… pero con un

sucio final.

No quedaba mucha capacidad de sufrimiento o incluso de preocupación por el futuro inmediato en Long Tom Roberts. Y por supuesto, tampoco le quedaba capacidad para moverse o para valerse por sí mismo. Si llegaba la muerte y al parecer, estaba llegando, no le quedaba más que echarse y esperar lo que tuviera que venir.

Wilfair Wickard miró su cuchillo, sobre el que se reflejaba un rayo de luz de luna y dijo —¿No hay algún tipo de formalidad o algo por el estilo? ¿Vas a clavárselo sin más?

Bear Cub rió —Échate hacia atrás, generalmente salpican cuando la hoja les penetra.

Esto fue lo mejor que salió de la boca de Bear Cub y no pudo evitar estremecerse de la cabeza a los pies. Sabía, por la forma en que se encontraba, que estaba poniéndose cada vez más pálido y que seguramente estaba a punto de perder el conocimiento.

Entonces, la piedra habló: *Está muy alto. Lo encontrarás a cinco millas de altura.*

Bear Cub no se dio cuenta enseguida de lo que había pasado, pero al fin, le entró en la cabeza que la piedra había dicho alguna cosa. Bear Cub pareció como si levantara los pies del suelo, como si alguien le hubiera agarrado por los pelos.

—¿Wicky? ¿Has oído algo? —preguntó.

—Como si fuera una voz —dijo Wilfair Wickard casi sin aliento.

Bear Cub se encontró la piedra. Era suave y oscura, no precisamente azul, aunque no podría decirse con exactitud cual era su color. Bear Cub la sujetó frenéticamente entre sus manos.

—¡Fíjate!, —graznó— ¡Por fin hemos conseguido una! ¡Tenemos una de las piedras habladoras!

Wickard miró la piedra atentamente, como un experto —Esta no es la piedra que tenía Jones.

—Pero ha hablado.

Parece una piedra vulgar y corriente. ¿Estás seguro que es una piedra habladora?

—Por el infierno, tú la has oído hablar, ¿o no?¡Habló!

Durante unos segundos, no abrieron la boca. La orquesta del barco, había acabado de tocar. No se oía ni el sonido de los pájaros intentando buscar cobijo entre los matorrales y el sonido del

rompiente de las olas en la playa lejana, llegaba amortiguado.

Bear Cub señaló excitado a Long Tom —Debe habérsele caído del bolsillo cuando le atrapamos. No entiendo cómo se nos pasó por alto, pero seguro que se le ha caído a él.

—Pero es que no es la piedra que llevaba Jones.

—No —reconoció Bear Cub— Y eso prueba que ese tipo debe saber cosas sobre las piedras habladoras.

Wickard lanzó una ristra de juramentos —Pero todo el mundo creía que Doc Savage y sus hombres no tenían ni la más ligera idea sobre las piedras. Ellos se creyeron que Jones fue en su busca, pidiéndoles ayuda.

—Todo el mundo puede estar equivocado —le advirtió Bear Cub — Y ahora, fíjate. Una piedra habladora. No la que tenía Jones. ¿Qué mas queremos? Por supuesto que sabía alguna cosa sobre las piedras parlantes. Aún más —¡*Tenía una*!

—¿Tú crees que será preferible que nos la llevemos con nosotros?

—Será lo mejor que podemos hacer, ¿o es que pensabas otra cosa?

Bear Cub, reaccionó y dijo —Espera un minuto...— Usó su cuchillo para cortar las ataduras que sujetaban a Long Tom a los cuatro arbolillos y el experto en electricidad cayó desmadejado en cuanto la última cuerda fue cortada. Su cuerpo sufrió una pequeña convulsión al tocar el suelo y no volvió a moverse. Con una voz muy débil, que apenas se podía oír, musitó —Esos idiotas se creen que no sabemos nada sobre las piedras que hablan. Al instante, cerró los ojos y siguió inmóvil.

—¡Por las campanas del Infierno! —ladró Bear Cub— Ya estamos al tanto de sus intenciones. Seguro que Savage y sus hombres lo saben todo sobre este asunto.

Wickard tosió muy nervioso —Hemos tenido un golpe de suerte. Están intentando engañarnos.

—Tendremos mucha suerte si conseguimos escaparnos de la isla —comentó Bear Cub. Se agachó cogió a Long Tom por los pies y lo levantó. Algo trabajosamente, se echó sobre sus hombros al experto en electrónica.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Wickard.

—Hay unas cuantas cosas que este tipejo nos va a tener que

explicar —afirmó Bear Cub— Nos lo llevaremos con nosotros.

—Y yo me llevaré la piedra —acabó Wickard.

Doc Savage estaba de pie en la oscuridad, junto a un enorme grupo de gruesos helechos sombrilla y estaba escuchando lo que decían los dos hombres, mientras se tambaleaban, llevándose a Long Tom Roberts.

Doc estaba sorprendido por los resultados de su ejercicio de ventriloquia. Siguiendo a Bear Cub y a Wickard hasta aquel lugar había intentado el truco de la débil —voz— que —salía— de —la— piedra como una medida desesperada en el último minuto, que podía o no, salirle bien. No tenía unas facultades excepcionales para la ventriloquia. Era bastante bueno, pero no había nadie en el mundo capaz de hacer ver que una piedra estaba hablando en medio de la oscuridad más absoluta. Simplemente había usado su voz haciendo que fuera bajita y parecida a la de Monk y que, además, pareciera provenir de donde estaba la piedra, tal y como había sucedido en realidad, con la piedra original.

Viendo que el engaño había dado resultado, lo llevó un poco más lejos, imitando la voz de Johnny cuando dijo aquello de... *esos idiotas se creen que no sabemos nada sobre las piedras que hablan...* Esto lo había hecho con la intención de hacer creer a aquel par de granujas que Long Tom tenía más información de la que en realidad tenía. Y funcionó de maravilla. Había funcionado, pero todo lo ocurrido no tenía mucho sentido... Los dos hombres, Bear Cub y Wickard, venían siguiendo a Jones desde América del Sur, para matarle. Y también querían apoderarse de la piedra que hablaba, como habían manifestado.

Doc Savage les adelantó en la playa, sin ser visto.

El hidroavión en el que habían llegado los periodistas estaba anclado en el mar, alejado de la costa, pero en aguas poco profundas. No había ningún vigilante, pues les pareció que no tenía ningún sentido tener el aparato bajo vigilancia.

Doc Savage vadeó por las aguas y se encaramó al hidroavión. Enredó brevemente en el ajuste del estabilizador y luego se arrastró hasta la parte posterior, por la abertura de inspección hasta llegar a la parte trasera del fuselaje. Sus manipulaciones en el estabilizador, cambiando la tensión de los muelles de los ajustes del mismo, se suponía que debería balancear y equilibrar el exceso de su propio

peso en la parte trasera del fuselaje, de forma que no fuera detectado el mismo, o por lo menos eso es lo que esperaba conseguir.

CAPÍTULO IV

LA RUTA SUDAMERICANA

ASESINARON a un pobre hombre en una de las Islas Galápagos. Bear Cub le disparó.

Doc Savage sufrió un terrible sentimiento de responsabilidad por su muerte, pues, indirectamente, pudo él ser el causante. Había atemorizado al Wickard y al hombre llamado Bear Cub. Sin el miedo que les había metido en el cuerpo, quizás no habrían asesinado al pobre hombre.

Lo mataron porque era el que manejaba la estación de aprovisionamiento de gasolina de aviación en la isla, instalada en una barcaza. Seguramente estaba conectado con la marina de Ecuador, país al que pertenecían aquellas islas, o por lo menos tenía el contrato de suministro de carburante para aquellos aviones de patrulla que sintieran la necesidad de suministrarse en aquellos lugares tan extraños científicamente, como las Galápagos, y tan alejados de las rutas normales.

Era un trabajo solitario. Seguramente, el hombre no había visto un aeroplano o a otra persona desde hacía un mes. Pero tenía un radiotransmisor y podría haberle contado a todo el mundo que el aparato que conducía a Bear Cub, Wilfair Wickard y el prisionero Long Tom Roberts —Doc Savage había procurado ocultarse cuidadosamente aunque ya en aquellos momentos el hambre que padecía era más que moderada— había hecho una escala en la isla. Y es por esta razón que Bear Cub le disparó.

Bear Cub le disparó con toda limpieza, entre las cejas, por tres veces. Con una, habría sido más que suficiente, pero a Bear Cub le encantaba adornar la muerte con este tipo de detalles exuberantes y de ahí los tres disparos. El hombre cayó en su barcaza y se quedó

con sus manos extendidas y las puntas de los pies vueltas hacia arriba. Tres líneas rojas se deslizaban por su frente, para convertirse en una ancha cinta roja, al juntarse y llegar a su barbilla.

Wilfair Wickard se sintió abatido.

Bear Cub no paraba de reír y reír.

Cuando Bear Cub acabó con sus risotadas, empezó a ocuparse de Long Tom durante un rato. Bear Cub quería sabe algo sobre el secreto de la piedra. Long Tom le explicó que ignoraba todo lo que pudiera referirse a la misma, lo cual era absolutamente cierto.

Bear Cub trajo la piedra que creía que le había hablado y se la mostró a Long Tom, el mago de la electricidad, para quien la piedra, por supuesto, no significaba absolutamente nada. Fue entonces cuando Long Tom tuvo la sensación que algo extraño había ocurrido y relacionó a Doc Savage con lo que fuera que había ocurrido. Puso a Bear Cub en un atolladero, dejándole que creyera que sabía algo sobre la piedra, pero que no se lo pensaba decir.

En un ataque de cólera, Bear Cub cogió un martillo y la partió, esperando encontrar algo más en su interior que la simple piedra, pero no encontró nada.

Al no encontrar nada los ojos y la boca de Bear Cub se abrieron y redondearon como platos, para pasar inmediatamente a cerrarse estrechamente y dirigirse hacia Wickard.

Este se puso pálido, de golpe.

—¡Espera, espera un minuto! —gimió— ¡No pienses en nada raro! ¡No he hecho nada ¡

Bear Cub, con la voz fría como la hoja de su cuchillo, musitó —¿No cogerías casualmente la piedra habladora? ¡Oh, no! No creo que tu hicieras una cosa semejante.

Los labios de Wickard temblaban —No, Bear Cub— dijo —No, por favor... Yo nunca... haría...

—Me están entrando unas ganas enormes de cortarte las tripas y sacártelas del cuerpo, elegante cerdo amarillo —le dijo Bear Cub.

—¡Yo no lo hice, Bear Cub! —

—Si le estás haciendo un juego doble al gran jefe, debería rajarte de arriba abajo —dijo Bear Cub.

—¡Te digo que yo no lo hice!

—Lo que más me fastidia —siguió diciendo Bear Cub— es que no hayas contado conmigo para hacerlo ¡Qué gran idea! ¡Intentando

escamotearla para ti solito! ¡Asqueroso canalla barato!

—¡No lo hice! —Wilfair Wickard estaba ya ronco y se había quedado blanco del todo.

Bear Cub dedicó un largo rato a meditar profundamente sobre la situación. Doc Savage estaba en la parte posterior del fuselaje y esperaba que no ocurriera lo peor, es decir, que aquella pareja no se enzarzara en una riña. Doc estaba intentando dejar que le condujeran hasta su cuartel general o hasta su jefe o al escenario del misterio o dondequiera que Monk Mayfair y Ham Brooks estuvieran. Ahora ya estaba plenamente convencido que ambos estaban metidos en algún tipo de dificultades. Si uno de aquellos hombres asesinaba al otro, podía acabar con su plan. El que matara al otro, podría asustarse y no seguir, abandonar el asunto completamente.

Pero al final Bear Cub decidió que podía estar equivocado.

Dirigiéndose a su compañero, le dijo —Si alguna vez quieres jugar al doble juego, déjame participar contigo— Abrió el cargador de su revólver y reemplazó los cartuchos que había usado para asesinar al infeliz empleado de la barcaza de suministro de combustible para los hidroaviones. —Prosigamos nuestro camino.

Depositaron suavemente el hidroavión, sobre un lago, muchas horas más tarde. Lo hicieron deslizarse hasta la orilla y mantuvieron una breve conversación entre ellos.

—Si a los nativos se les ocurre acercarse a curiosear… ¡qué diablos! —dijo Bear Cub— podemos cerrar el hidroavión con candado, o sea, que no tenemos por qué preocuparnos. Atamos bien a ese Long Tom donde nadie lo pueda ver a simple vista y ¿qué daño podrá hacer? Ataremos tan fuerte a este Long Tom que no pueda ni quejarse.

—Vale —dijo Wickard algo dudoso— es posible que eso valga. No debemos alejarnos mucho. Debe haber algún recado para nosotros en El Gorrión[4]. Si nos lo han dejado, tenemos que volver rápidamente.

—Seguro.

O sea, que ataron bien a Long Tom y se fueron.

Doc Savage se arrastró, saliendo de su escondite en la parte trasera del avión. No se crea que fue tan sencillo como parece, pues estaba agarrotado de la cabeza a los pies. Hasta tal punto estaba

entumecido, que cada movimiento era una pequeña agonía personal y algunos de ellos, imposibles de llevar a término. Habían atado a Long Tom en el lavabo y lo habían hecho de tal forma que sólo pudiera mover los ojos y no mucho más. Long Tom no ofrecía el aspecto de haber sido alimentado durante todo el tiempo y sus labios, que habían cosido con las espinas estaban inflamados, mostrando claras señales de infección. Doc lo pasó muy mal, desenredando los cordajes que le tenían sujeto, especialmente cuando llegó a las muñecas y los tobillos, brutalmente inflamados.

A Long Tom aún le quedaban fuerzas para jurar con toda su alma, cuando Doc lo depositó sobre el suelo de la cabina. Hasta aquel momento, Doc nunca se había percatado que Long Tom conociera tantas maldiciones y reniegos. No lo hizo en voz muy alta pero las soltó sin dejarse ninguna, con fiereza gutural.

—He visto gente ruin en mi vida —dijo Long Tom— pero Bear Cub, puede llevarse el premio grande.

Doc Savage miró el exterior del aeroplano. Pudo ver que el agua era extremadamente clara y poco profunda, una pequeña playa estrecha y negruzca, cubierta de piedras como si de un salpullido se tratara. Más arriba y algo apartadas, había unas colinas cubiertas por pequeños matorrales verdes. Las montañas, con una hermosura y grandeza indescriptibles, quedaban muy, muy lejos.

—Le arrancaré las piernas, si llega a caer en mis manos —dijo en voz muy baja, con el tono gutural que empleaba, cuando hacía referencia a cosas horrorosas.

Doc Savage ayudó a Long Tom a ponerse derecho, ayudándole cuidadosamente a salir del avión. El experto en electrónica no fue capaz de sostenerse sin ayuda, pero su problema parecía ser básicamente de entumecimiento, por lo que podía esperarse que desaparecería con prontitud.

El agua, que no pasaba de su cintura estaba absolutamente helada, cuando se introdujeron en ella, pero su efecto casi congelante y la carrera rápida hasta la áspera playa, avivaron su circulación sanguínea.

—Le arrancaré su pellejo a tiras y se lo enseñaré —añadió Long Tom.

Doc Savage se volvió hacia el avión y desmontó algunas piezas pequeñas, del sistema de ignición. Sin ellas, el aeroplano no podría

ponerse en marcha.

Luego, dejó el aparato a la deriva. Le desató la cuerda de anclaje y le dio un empujón. El viento fue arrastrando el avión hacia el interior del lago.

Le dijo a Long Tom —Puede que vean el aparato a la deriva y que vuelvan. Nosotros los vamos a esperar aquí. Si vuelven, nos pondrán sobre la pista.

Long Tom murmuró —Su pellejo es lo que yo quiero, el de Bear Cub para ser más concreto.

Se sentaron sobre unos matorrales durante largo rato. Estos tenían una corteza muy dura y un color verdoso como el de un huevo duro pasado de hervor, así como también gruesas espinas.

—¿Fue El Gorrión lo que dijeron, no es así? —preguntó Long Tom— No creo que vuelvan.

—Sí, eso fue lo que dijeron —replicó Doc.

—Eso es The Sparrow, en castellano —Long Tom gruñó— Tengo la impresión que debemos estar en algún lugar de América del Sur. ¿Qué crees tú?

—Es muy probable —Doc le ayudó a ponerse de pie— Será mejor que intentemos seguirles la pista.

Tuvo que caminar con más de medio cuerpo de Long Tom sobre sí. Durante un trecho, el esfuerzo y el camino fueron muy duros. Luego, se encontraron con un sendero.

—Estaban convencidos que sabía todo sobre la piedra que hablaba —dijo Long Tom— ¿Fuiste tú el que imitaste la voz de la piedra? Me imaginé que eras tú quien lo hizo. Me di cuenta que seguía vivo porque creyeron que estaba al tanto de todo lo de la piedra y que intentarían hacerme cantar lo que ellos no supieran. Por esto no los quise desengañar.

Doc Savage le explicó los detalles del engaño que les hizo en la Isla Jinx. Parecía algo muy rebuscado cuando se lo contó y así se lo hizo notar —Puede que parezca algo ridículo, pero se lo creyeron— prosiguió —También fue una suerte que usara el truco de hacer hablar a la piedra, mediante la ventriloquia. Fue una de esas cosas que te surgen con la inspiración del momento, y más tarde te parece increíble que se te ocurriera algo semejante y que en un proceso normal de razonamiento, nunca habrías conseguido alcanzar.

—Una piedra hablando, es cosa de locos —afirmó Long Tom.

—En cualquier caso, inusual.

—Doc.

—Sí.

—¿Dónde está ahora la piedra original, la que hablaba con la voz de Monk?

Doc Savage pareció no haber oído la pregunta de Long Tom y éste no la repitió, porque conocía las peculiaridades de Doc Savage, las cosas que hacían que el hombre de bronce, fuera diferente del resto de los demás. Una de estas era el pequeño trino silbante que emitía inconscientemente, otra era la extrema atención que dedicaba a sus ejercicios físicos y mentales, también esa pequeña mala costumbre de hacer ver que no oía las cosas sobre las que no quería hacer comentarios.

—Oye, mira. Me estás llevando contigo por que temes que vuelvan y me encuentren. Ya sé que no estoy en condiciones de pelear, debo admitirlo, pero esa no es razón para que tengas que ir cargando todo el camino conmigo. Sigue adelante y déjame aquí.

Doc Savage no abrió la boca para nada.

—Pueden escaparse si no lo haces.

Dio la impresión que Doc Savage no había escuchado nada de lo que Long Tom le había dicho.

Encontraron a un nativo, que conducía un par de llamas con unas campanillas de latón, que tintineaban alegremente. Las llamas tenían el pelaje muy negro. El nativo llevaba una manta brillante sobre sus hombros, una faja también muy brillante alrededor de su cintura y un reloj de pulsera americano, ceñido a su muñeca.

—*Buenos días señores* —dijo mientras miraba atentamente a Long Tom.

—¿Puede dirigirnos hacia El Gorrión? —le preguntó en español Doc Savage.

El nativo pestañeó plácidamente —Uds. no quieren ir allí. Es un lugar de pecado.

Long Tom murmuró, con energía sorprendente, teniendo en cuenta que parecía un hombre a punto de morirse —Cualquier lugar en el que pesque a Bear Cub, será un lugar de pecado. ¡Y menudo pecado!

Doc Savage le preguntó al nativo —¿Qué quiere decir?

—Malo —El nativo miró al suelo, como si esperara ver aparecer

el infierno— *Él es malo, The Sparrow es*. La cara redondeada y morena del nativo, se alargó y las comisuras de su boca se estrecharon.

—¿Qué es ese lugar?

—Un rancho —dijo el nativo— que lo único que produce son problemas para los demás.

—¿Dónde se encuentra?

El nativo mostró una actitud piadosa —No debería decírselo.

—¿Dónde está? —El tono de voz de Doc hizo que el nativo se sobresaltara.

El individuo señaló un lugar por encima de las llamas —Por allí arriba. No muy lejos. Un trecho de unos quince minutos andando.

El nativo pareció apenado por unos momentos. Entonces, sin decir ni una palabra más, se volvió, cogió un palo pequeño y arreó a cada una de las llamas, siguiendo el camino hacia abajo. No volvió la vista atrás. Siguió azuzando a las llamas y una de ellas, le soltó una coz, tras de lo cual, el nativo siguió, pero ahora cojeando.

Doc Savage continuó andando lentamente con Long Tom. Todavía tenía que sostener a Long Tom. Giraron por un recodo escarpado, en el que las enormes rocas les rodeaban.

De repente Doc Savage se salió del caminillo. Se echó a Long Tom sobre sus hombros y salió disparado con una velocidad increíble, si recordamos que no habían comido desde hacía un montón de tiempo.

—¡Rayos y centellas! —Long Tom estaba sorprendido.— ¿Qué estás maquinando?

Doc Savage le explicó —El nativo, no era tal nativo.

—¿Huh?

—Su español.

—A mí me sonó bien. Bueno. Mucho mejor que el mío. —Long Tom estaba desconcertado— ¿Cómo pudo su español descubrirte algo?

—Era de libro de texto. Con un acento como el tuyo y el mío. Yanqui. El tipo es un norteamericano.

—Pues ahora que lo dices, veo que tienes razón —reconoció Long Tom avergonzado.— Esto bien merece que investiguemos, ¿verdad?

CAPÍTULO V

LA ANCIANA

EL nativo había abandonado sus llamas. Corría por el sendero como alma que lleva el diablo. ¡Por el amor de las pequeñas bujías! —gritó Long Tom— Estaba ocultándonos alguna cosa.

Doc Savage se cargó a Long Tom y se fue tras el nativo que se había ido a toda velocidad y de forma desesperada a una especie de mansión construida con piedras y adobe, a la que seguramente llamaban *casa* y era tan suntuosa que bien podría haber estado en Sunset Boulevard, cerca de Hollywood. Bear Cub salió del interior de dicha casa.

—Bien, bien, aquí tenemos a El Gorrión —dijo Bear Cub— con los pelos de punta, alborotado por algo, como de costumbre.

El Gorrión, el nativo, dijo rápidamente —¡Hay dos hombres blancos en el camino del lago!

—¿Y por qué no iba a haberlos? —comentó sin gran preocupación, Bear Cub— según ha dicho alguien, hay novecientos once millones de hombres. Dos de ellos, bien podrían estar en el camino del lago.

—Uno de ellos está herido.

—Es posible que lo haya herido yo mismo —dijo Bear Cub que parecía inclinado a exagerar su humor— He herido a muchos durante mi vida.

El Gorrión respiró profundamente.

—Uno de ellos —comentó— era enorme y bronceado. El otro era muy delgado y pálido, daba la impresión que le hubieran atravesado los labios con agujas o algo parecido.

Bear Cub pegó un brinco que pareció suspenderlo en el aire. Su cara adoptó diversas expresiones, entre las cuales estaba la de un

hombre que hubiera sido alcanzado por un proyectil de gran tamaño.

Con gran satisfacción, El Gorrión le dijo —¿Y ahora quién es el que está alborotado y con los pelos de punta?

Bear Cub, golpeó sobre el suelo —¡Estúpido! ¿Es que no te enteras de lo que eso significa?

—*Pero lo entiendo bastante*, como dicen los de por aquí —dijo El Gorrión— Lo entiendo perfectamente.

Bear Cub lanzó un fuerte gruñido. Balanceó los brazos. Pareció haberse quedado mudo y sin reniegos.

El Gorrión le dijo —Cierra el pico, amigo. Sabía quienes eran desde el primer momento. La gente como tú y como yo conocemos a ese Savage, ¿no es así? Los mandé en dirección a las montañas, buscando una hacienda imaginaria.

—Pero volverán —berreó Bear Cub.

—Sí, volverán. No me cabe ninguna duda.

Bear Cub se agarró un mechón de su propio cabello —¡Lo que me gustaría saber es cómo ese Savage me ha podido seguir hasta aquí!— Extendió sus brazos hacia delante —¿Y ahora qué es lo que vamos a hacer?

—No estoy nada preocupado.

Bear Cub se le quedó mirando, sin decir una palabra y rojo de ira. El Gorrión se dirigió hacia una puerta y llamó. Como respuesta a su llamada, aparecieron cuatro hombres. Tres de ellos, eran claramente extranjeros y el cuarto era Wilfair Wickard.

—Nuestro amigo, el sediento de sangre —empezó El Gorrión, señalando a Bear Cub— ha vuelto con nosotros, trayéndose con él un “zumbido molesto”. Un hombre llamado Doc Savage, está aquí. Imagino que todos habréis oído hablar de él.

Hizo una pausa y les observó. El panorama de las expresiones que vio ante él, no parecieron gustarle mucho —Ahora, no nos pongamos nerviosos— rezongó —Es simple mala suerte, pero es todo. Nos desharemos de él.

—¡No sé cómo vamos a deshacernos de él! —respondió bruscamente Bear Cub.

El Gorrión se volvió hacia él —Deberías servir para algo más que para cortar cuellos, estúpido. Ve a por tu avión. Sube en el aparato y desaparece— Se giró mirando a Wickard —Tú ve con él, medusa

temblorosa.

—¿Y adónde iremos? —baló Bear Cub.

—En cualquier dirección, menos en la buena —le respondió irritado El Gorrión— Alejad de aquí a Doc Savage.

Bear Cub se humedeció los labios —Savage volverá hacia aquí. ¿Qué piensas hacer?

—No me verá. Verá a alguno de los otros que le dirá que estuviste aquí en una escala, para preguntar por el mensaje que debería haberte dejado un amigo. Y le diremos cual es ese mensaje —El Gorrión meditó unos instantes— El mensaje será que debías volar inmediatamente hasta Panamá. De paso te diré, que será preferible que vueles en esa dirección.

Bear Cub aceptó sin discutir —De acuerdo—. Sus ojos se estrecharon —Oye, por cierto ¿no te imaginarás ni por un momento, que me vas a soplar mi participación?

Una extraña expresión apareció en la cara de El Gorrión y un enorme pistolón negro, entre sus manos, todo ello simultáneamente. —Justo en este instante, va a ser un milagro que no desaparezcas rápidamente de esa porquería agusanada a la que tu llamas tu vida — le contestó.

Bear Cub se hizo atrás tan deprisa que tropezó y estuvo a punto de caer —De acuerdo, de acuerdo— sollozó —Vamos, Wickard.— Se dirigió hacia el lago.

Entonces, Bear Cub lanzó un berrido de horror —¡Mi aeroplano! —. Señaló exasperado —¡Está yendo a la deriva por el lago!

La mirada fija de la cara de El Gorrión y también la pistola desaparecieron, con la misma velocidad mágica que habían aparecido.

—Jake, ve a por el bote y recupérales el hidroavión —ordenó El Gorrión— Nuestro hermano Bear Cub, el lágrimas —de— sangre, seguramente se olvidó de anclarlo debidamente.

Jake era un hombre de baja estatura con ojos negros y sendas pistolas en cada cadera. Fue hacia el lago, junto con Bear Cub y Wilfair Wickard.

Doc Savage se apartó diligentemente hasta un lugar tras una piedra a unos diez metros de distancia.

Se fue haciendo hacia atrás cuidadosamente, por una zanja que pasaba al lado y volvió hasta donde se encontraba Long Tom, al que

había dejado en la colina que había sobre la casa tan suntuosa.

Long Tom le preguntó —¿Ese individuo, El Gorrión, es norteamericano, verdad?

—Todos ellos parecen serlo.

—Pues no es para que estén orgullosos de serlo —suspiró Long Tom— ¿Averiguaste alguna cosa sobre las piedras parlantes?

—No.

Long Tom, prosiguió con inquietud —Monk y Ham estaban por América del Sur, la última vez que tuvimos noticias suyas. La piedra que habló, estaba en uno de los bolsillos de Monk, según afirmó Renny. No puedo quitarme de encima la sensación que tanto Monk como Ham están en medio de un gran lío.

Doc Savage asintió brevemente, pero sin decir una palabra. Un motor fuera borda petardeó ruidosamente, abajo en el lago y una balsa flotante hecha de cañas surgió para recuperar el avión. Bear Cub, Wickard y Jake iban dentro. Jake era el que manejaba el motor fuera borda.

Long Tom observó cómo Doc se sacaba de entre las ropas media docena de pequeñas granadas de gas y tres explosivas, depositándolas en el suelo. No eran mayores que huevos de pájaro, pero cualquiera de ellas podía provocarle un disgusto al más pintado. Long Tom vio lo que Doc pretendía.

—¡Te vas a ir allí abajo!

—No hace falta que te cuente la clase de sujetos que son, no es que sean precisamente unos pastelitos de crema. Es preferible que no tome ningún riesgo.

Long Tom sopesó una de las granadas —Me gustaría poderte ayudar, pero no soy capaz casi ni de sostenerme solo.

Doc Savage bajó en dirección a la casa. En realidad era bastante más que una simple hacienda, pero la habían construido con más restos de lava, que con buen gusto.

Era un lugar bien extraño y difícil de encontrar, apartado de cualquier lugar transitado. No había indicios de que por los alrededores hubiera otras viviendas, ni había más barcas en el lago, ni se veía ninguna señal de humo que pudiera dar indicio que hubiera otras casas por el entorno. Y las montañas que se levantaban a lo lejos, hacia el norte y hacia el este, eran impresionantes. Estas montañas, según calculó Doc, debían estar a

casi doscientos kilómetros de donde se encontraba y sus picachos se perdían entre las nubes. Su altura debía ser impresionante.

Doc se dirigió hacia una edificación que imaginó debía ser el establo. Efectivamente había en su interior burros y llamas, separados en dos sectores diferentes y había bastantes ejemplares. Vio que había una especie de altillo, lleno de restos de heno y un apartado en el que había varios atados de maíz hechos a mano.

Sacó fuera del establo a todos los animales y le prendió fuego al edificio.

Doc abandonó el establo con rapidez, mientras las llamaradas aun no eran demasiado grandes y siguió su plan, que consistía en dar la vuelta, para entrar por la parte trasera del edificio principal y quedar a la espera. El fuego fue haciéndose cada vez mayor, tal y como había previsto.

Finalmente, un hombre que se había acercado a la puerta y estaba mirando como Wickard, Bear y Jake, estaban intentando recuperar el avión en el lago, se dio cuenta del fuego.

—¡Hey! —gritó el hombre.— ¡Fuego! ¡Los establos se están incendiando! ¡Los malditos burros se van a freír!

Alguien dijo —Deja que se quemen. No me importaría no tener que volver a montar en burro.

A pesar de lo cual, todo el grupo bajó hasta el establo, para intentar dominar el fuego. Todo el grupo, excepto El Gorrión, que no dio señales de vida.

Doc Savage descubrió una ventana, protegida por completo con unas barras de acero, suficientes para tener encerrado a un elefante. No se entretuvo mucho con las barras. Intentó encontrar alguna puerta lateral. La encontró aunque estaba bien cerrada con un candado, pero no había ninguna otra puerta a la vista, por lo que empezó a manipularlo con un pequeño artilugio que llevaba siempre encima y como era un experto en cerraduras y candados y como, además, aquél no ofrecía demasiadas dificultades, no le tomó más de medio minuto resolver el problema. Se introdujo por una especie de corredor empedrado con gruesas losas, talladas a mano y colocadas allí, más para darle solidez al conjunto que belleza.

El pasillo estaba muy oscuro. Extremadamente sombrío, teniendo en cuenta que en el exterior, lucía un día claro y radiante. Doc se movió cuidadosa y silenciosamente, tanteando con su mano

izquierda y sujetando el resto de las bombas de gas lacrimógeno, cuya reserva era mínima.

Cuando una voz se oyó a través de la puerta, se paró y escuchó que alguien comentaba —Nunca me preocuparon mucho Monk Mayfair y Ham Brooks, pero no dejan de ser cachorros del Doc Savage de marras y ese sí que es un perro viejo. Y tiene un color como el del fuego del infierno, por decir algo desagradable.

Hubo una pausa. El Gorrión debía estar mirando el fuego del establo a través de la ventana, pues prosiguió —Me pregunto cómo debió prenderse fuego el establo. Y ahora que pienso, será mejor que les diga a los muchachos que no le cuenten a Doc Savage que Bear Cub, Wickard y yo somos compinches. No se me había ocurrido antes. Debo estar volviéndome estúpido.

De nuevo se hizo el silencio y duró tanto que Doc decidió intentar pasar por aquella puerta. No estaba cerrada y la fue abriendo con lentitud y cuidadosamente. La habitación estaba a oscuras.

¡Ps —s— t, El Gorrión! —susurró Doc Savage en voz baja.

No llegó ninguna respuesta.

Convencido que El Gorrión había salido del cuarto, Doc Savage se introdujo en el mismo, rápidamente, ¡cuando alguien lo agarró por el cuello!

Primero fue por el cuello, luego por los pelos y, además, intentaba meterle los dedos en los ojos, haciendo verdaderos esfuerzos por arrancárselos. Y dándole también patadas en las espinillas de forma que Doc se dio cuenta que no era un hombre el que le estaba atacando, pues no era una forma de luchar masculina. Sabedor de que no se enfrentaba a un hombre, intentó reaccionar con menos fuerza, para evitar causar el menor daño posible a su oponente. Pero no pareció hallar la forma, pues acabaron rodando por el suelo al tropezar con algo y cayeron.

Doc Savage creyó que habían tropezado con un cuerpo humano, posiblemente inconsciente, pues no se movía. La lucha, ahora se dio cuenta, se había desarrollado en absoluto silencio, lo cual no dejó de extrañarle.

Cuando por fin, el hombre de bronce tuvo a su contrincante abatida en el suelo y finalizada la pelea, de alguna manera estaba preparado para descubrir que la fláccida forma que había tumbada

en el suelo, correspondía a El Gorrión.

La persona con la que había estado luchando, era una mujer, de acuerdo, pero una mujer que, a juzgar por su aspecto, debía tener por lo menos, doscientos años. Unos gozosos doscientos años, sin embargo. Había alguna cosa absolutamente alegre en su vieja cara, con unas arrugas tan grandes en las que cabrían lápices de escribir. Una sorprendente anciana.

¡Tan sorprendente como su chaleco rojo!

CAPÍTULO VI

CHALECOS ROJOS

LA anciana señora, con sus enormes arrugas y su chaleco rojo, del mismo estilo que el chaleco rojo que Jones llevaba puesto, quedaron en segundo plano, cuando un hombre con los pies descalzos, entró casi sin que se le oyera, en la habitación.

Los pies desnudos del hombre y las gruesas piedras planas del suelo que no producían ninguna vibración al ser pisadas, contribuyeron a que pudiera entrar en la habitación antes que Doc se diera cuenta que lo tenía tan cerca. El hombre poseía la facultad de chillar con gran rapidez. Tan pronto se abrió la puerta y apareció en el interior del cuarto, pareció que se hubiera abierto la válvula de una sirena de alarma aérea. Sus voces de terror consiguieron alcanzar las cimas más altas.

También era un tipo de despedidas rápidas. Estaba todavía lanzando su espantoso grito —grito que habría podido levantar a un muerto de su tumba— cuando se dobló como una bisagra, dio media vuelta y se largó a toda prisa por la puerta por la que había entrado.

Si hubiera sido de alguna parte de América del Sur o de España, de su garganta habría surgido su lengua materna en un momento como éste. Pero fue inglés de América lo que salió de su boca. Un sólido inglés de Brooklin, lleno de temor en cada matiz.

—¡Mirad aquí! —aulló. Aquí añadió una palabrota irrepetible y prosiguió— ¡Savage está aquí!

La anciana de las grandes arrugas y el chaleco rojo le había agarrado por una de las piernas con sus dos brazos por lo que Doc ya se estaba preguntando si tendría que darle un golpe para dejarla sin sentido y que lo soltara de una vez. Pero en cuanto oyó aullar al

tipo aquél, lo dejó en el acto.

Y le dijo algo que Doc Savage no pudo entender.

Lo que le dijo, sonaba como algo muy sencillo. Las sílabas parecían increíblemente fáciles de pronunciar. Hasta un niño lo haría. Las palabras —debían ser palabras— tenían una cualidad musical, con un ritmo cadencioso encantador.

Doc Savage era capaz de hablar con fluidez más de cincuenta lenguas, tenía un conocimiento general de más del doble, entre idiomas y dialectos y podríamos apostar sobre seguro, si afirmamos que sería capaz de identificar cualquier lenguaje hablado sobre la tierra, simplemente escuchando algunas palabras del mismo.

Este no lo había oído jamás. Además, le resultó imposible identificarlo.

En cuanto la anciana le soltó, Doc se puso de pie.

El hombre de los pies descalzos atravesó la casa como si fuera uno de esos trenecitos de los circos, que van tocando un órgano de pitos y silbidos para llamar la atención y salió en dirección a los establos donde el resto estaba luchando contra el fuego que Doc había iniciado para distraer la atención y colarse en la casa.

Se formó un enorme revuelo hasta que el hombre se hubo explicado con claridad. Se hizo el silencio. Un solitario disparo restalló y luego, como un rebaño de cabras siguiendo a su guía, siguieron cantidad de tiros, dirigidos hacia la casa la mayoría y que se estrellaban contra los sólidos muros de la misma. Algunos, fueron a dar contra los cristales de las ventanas y los restos de los cristales astillados, parecían al caer, pequeñas campanillas de acero.

Doc Savage no estaba seguro de cuanta gente se le enfrentaba. Se encontraba solo y no precisamente en muy buenas condiciones físicas.

O sea, que se puso junto a la ventana y gritó —¡A ver, vosotros, dad la vuelta al establo! ¡Cortadles el paso! ¡Traed las ametralladoras! ¡Usad de una santa vez los gases!

Uno de aquellos hombres, gritó —¡Gorrión! ¿Qué hacemos?

—¡Tienen al Gorrión! Dijo el hombre que había iniciado el jaleo —¡Será mejor que nos esfumemos de aquí!

Alguien dijo amargamente —¡Yo ya me estoy largando!— Y echó a correr hacia el lago. Los demás, le siguieron.

Doc Savage volvió junta a la anciana del chaleco rojo, diciéndole

—Vigile a El Gorrión, mientras voy a atender a mi compañero, que está herido.

La vieja se le quedó mirando. Sus ojos eran como un fuego negro en su vieja cara, llena de ironía. Si entendió algo, no dio la menor muestra de ello.

—*Tengo que marcharme* —dijo Doc intentándolo con el castellano.

Ella hizo un mohín. No lo había entendido tampoco, aparentemente.

Para no seguir perdiendo el tiempo, Doc se fue junto a El Gorrión y le atizó un puñetazo en la mandíbula para asegurarse que siguiera estando quieto por un rato más. Entonces, viendo una recia lazada de cuero colgando de una clavija, el hombre de bronce la tomó y ató a la anciana a una de las fuertes barras de la ventana. La ató con un lazo, simple en apariencia, pero realmente difícil de desanudar. Posiblemente la tendría sujeta bastante rato. La anciana no pareció alegrarse mucho de que la ataran, pero no intentó resistirse excepto cuando Doc se levantó, después de haberla atado y le soltó una patada en una de las partes más vulnerables de la anatomía de Doc. A la vista de la cara que se le quedó al hombre de bronce, la anciana resopló con alegría manifiesta.

El hombre de bronce, subió la empinada cuesta y encontró a Long Tom, entre las piedras, con sus granadas.

Long Tom, algo sorprendido, le comentó —Esa pelea ha durado menos que lo que va a durar la permanencia en el cielo de Bear Cub. ¿Has conseguido algo interesante?

—Dos prisioneros.

—¿Ah, sí?

—El Gorrión.

—Eso está muy bien. Parece ser que era alguna especie de jefe del grupo.

—Y también a una anciana, una anciana verdaderamente increíble, con un chaleco rojo —añadió Doc.

Los ojos de Long Tom se abrieron de sorpresa y parpadearon, como si no lo hubiera comprendido bien y deseara que se lo volvieran a repetir. —¿Un chaleco rojo, eh? ¿No querrás decir uno como el que llevaba Jones?

—Muy parecido.

Long Tom reflexionó un momento —¿Supongo que no llevaría también una piedra habladora?

Doc Savage le dijo que le podrían preguntar sobre esto. Le dio un empujoncito a Long Tom con el pie. El descanso y los excitantes acontecimientos le habían ayudado mucho. Hizo el camino hacia la casa, prácticamente sin necesidad de ayuda. Se había recuperado lo suficiente como para murmurar entre dientes, cuando pasaron cerca de unas gordas gallinas en el patio, lo bien que le vendría un poco de comida, para poder volver a “navegar” en completa forma.

Pasaron al cuarto en el que Doc había dejado a la anciana.

Long Tom se quedó parado en el acto.

—Pues a mí no me parece tan vieja como me decías, —comentó Doc Savage, mirando a la chica que tenía enfrente, sufrió una rara sensación. La chica, era una jovencita, tendría cerca de los veinte años. Y también, por un momento, le pareció que era la anciana, lo cual, por supuesto, no era posible.

Durante unos momentos de duda, Doc Savage recordó las piedras habladoras y una anciana convertida en una joven, no le pareció algo tan descabellado o imposible, como las propias piedras. La muchacha gozaba de las mismas características familiares que la vieja, el mismo ovalo de su cara, la misma mandíbula firme, aquella indescriptible arruga deliciosa alrededor de sus ojos, la expresión irónica en su boca. No una expresión estúpida, sino agradable.

Permaneció quieta y con aspecto inocente en su semblante hasta que entraron en la habitación, tras lo cual, apartó sus manos de los costados y mostró las tres pequeñas bolas metálicas enlazadas entre sí que estaba sujetando. Lo que tenía, no era exactamente una *bola*[5]. Las pesas redondas eran demasiado pequeñas. Pero no había duda que se trataba de algo muy parecido y la muchacha lo sujetaba con fuerza, como si tuviera total confianza en su artefacto.

Fascinado, el hombre de bronce no podía pensar en otra cosa que no fuera, —¿Y esa es la anciana que estaba aquí hace unos minutos?— Y esa impresión era demasiado fantástica para que su mente la aceptara.

—¿Quién es Ud.? —Preguntó.

Ella balanceó un poco las manos, preparando las bolas para ser usadas.

—¿Dónde está la anciana? —siguió preguntando Doc.

Siguió sin contestarle y Long Tom gruñó de mal humor —Aquí hay algo raro. O no sabe o no quiere hablar.

El experto mago de la electricidad, la miró.

La muchacha lanzó su artefacto, pero no hacia Long Tom, sino contra Doc Savage. Posiblemente imaginaba que podría dominar por sí misma a Long Tom, que en aquellos momentos parecía poca cosa más que un niño.

A Doc Savage esta acción, le cogió de sorpresa. Las pesas del artilugio parecido a la boleadora, que no eran mayores que los huevos de una gallina, eran asombrosamente pesadas y las tiras que los unían, capaces de cortar la carne. Por si fuera poco, la muchacha demostró en su manejo, una habilidad semejante a la del mago que hubiera estado ensayando un truco, durante mucho tiempo.

Hubo una especie de silbido cuando la bola le alcanzó y de repente, Doc se encontró luchando con la cosa que se le había enlazado en el cuello y que intentaba sacarse de encima, en un intento de evitar su estrangulamiento y con la sensación de haber estado muy cerca de que le cortara la cabeza.

Si Doc estaba sorprendido, también la muchacha. Long Tom la había engañado. Long Tom era capaz de engañar a muchísima gente, con su aspecto de aguantarse a duras penas sobre sus piernas —era ese tipo de individuos que hace que sus contrincantes se froten las manos de contento, pensando que les ha tocado un flojo contrincante. Pero gozaba de esa mala salud consistente en gozar de huesos y cartílagos más resistentes que los de una ballena.

Long Tom derribó a la muchacha sobre el suelo, de la forma más gentil que fue capaz y acto seguido, se sentó encima de él. Por fin, Doc Savage pudo deshacerse del artilugio que tenía enredado en el cuello, mientras sentía un profundo respeto por la chica.

—Vigílala —le ordenó a Long Tom.

Doc inició una búsqueda por la casa. En la primera habitación en la que buscó, se encontró con la anciana. Aún tenía atado a su cuerpo un extremo de la cuerda, que estaba intentando precisamente desatar, cuando él entró. Evidentemente la chica había cortado el extremo que estaba atado a las barras de la ventana. Doc se dio cuenta que se había olvidado totalmente de las ataduras, cuando vio a la chica por primera vez.

La chica, pensó, era una preciosidad.

Doc no encontró a nadie más en la casa —El Gorrión, seguía tumbado en la habitación en la que estaban Long Tom y la chica— pero hubo algunas cosas que convirtieron su búsqueda en algo bastante interesante.

Interesante fue el hallazgo de un almacén de armas ligeras, rifles y ametralladoras en aquel lugar. También encontró máscaras antigás. Y gas, gas venenoso de producción casera, perfectamente etiquetado con formulación química incluida e información adicional innecesaria para un experto en temas químicos, dando razón de su condición mortífera.

Y una docena de paracaídas.

Todos los equipos parecían estar por docenas, doce pares de esquís, una docena de bultos conteniendo raciones concentradas de emergencia, una docena de trajes especiales para vuelos de gran altura y equipados de forma que se pudieran calentar por medios químicos… Doce equipos, para cualquier cosa.

Y el estoque de Ham Brooks, que estaba sobre una mesa en un cuarto de al lado. Al verlo, a Doc se le heló la sangre en las venas. Uno de sus estoques, es la última cosa que Ham Brooks dejaría al irse a cualquier sitio. El estoque era de fino acero de Damasco y Ham mantenía en la punta del mismo, una tintura de un producto químico, que producía, en contacto con la piel, la inmediata inconsciencia de quien entrara en contacto con el mismo. El bastón, en sí, era oscuro y de aspecto inocente, haciendo juego con las perfectas prendas elegantísimas, que acostumbraba a llevar Ham.

Doc Savage sopesó pensativo el estoque. Lo llevó consigo, al volver con Long Tom. Este no tardó nada en decirle, mientras señalaba a la chica —También ella lleva puesto un chaleco rojo. ¿Lo sabías?

Long Tom parecía un poco más arañado que cuando Doc había salido, prueba evidente que había tenido problemas con la hermosa muchacha. La chica no parecía haber perdido el humor, pero su mirada no era muy amistosa que digamos.

—¿Has intentado hablar con ella? —preguntó Doc.

—Seguro, pero sin ninguna fortuna.

—¿Lo has probado en diferentes idiomas?

—Ciertamente, la chica no *chamulla inglés*, no *habla Español*,

tampoco *gavaryoo Parooskee*, ni *parler Français*. Ni tan siquiera *taler de Norge.*

Entonces, Long Tom vio el estoque. Apretó los labios con fuerza y sus pestañas se entrecerraron.— ¡Mala cosa! —comentó en voz baja,— ¿dónde lo has encontrado? —

—En una de las habitaciones —le explicó Doc. Le mostró el estoque a la chica— ¿Lo había visto Ud. con anterioridad? Su propietario es un gran amigo mío, es uno de mis socios.

La chica se le quedó mirando con una ligera sonrisa, permaneciendo en silencio.

Long Tom comentó —El hallazgo del bastón, prueba que Monk y Ham están metidos en esto, sea lo que sea. Vinieron aquí como expertos consultores en temas industriales balleneros. Tal y como me lo estoy imaginando se metieron en un montón de problemas, tuvieron diferencias con sus antagonistas y nos mandaron al pobre Jones, en busca de ayuda. La cuestión es si las diferencias de Monk y Ham, subsisten o si las han cortado de cuajo.

Doc Savage metió en la habitación a la anciana que tenía puesta la chaquetilla roja. Esta se resistió lo suficiente para dar a entender que no le agradaba que la empujaran.

Long Tom preguntó —¿Habla algo, esta mujer?

—Algo —dijo Doc.

Long Tom lo miró sin entenderle bien. —No te comprendo.

—Habla una lengua que no puedo identificar.

Long Tom se humedeció los labios con lentitud. —¿Me estás diciendo que habla algo que nunca antes has oído y que no sabes cual es su origen? ¿Me estás diciendo que habla un idioma que es nuevo para ti?

—Sí.

Sorprendido, Long Tom dijo —Como habría dicho Renny en una circunstancia como esta ¡por la vaca sagrada!

Doc Savage se dirigió a la mujer mayor —¿Le importa si examino la chaquetilla roja?—. No obtuvo ninguna respuesta, que es lo que estaba esperando. Manoseó el tejido de la prenda roja, pensativo.

Excepto por un detalle obvio, el corte femenino de la prenda, era idéntica a la que había llevado él pequeño Jones. Una prenda de vestir que lo era, pero no lo era exactamente, fabricada con un

tejido de un material desconocido para el hombre de bronce.

Long Tom también examinó la chaquetilla. —Es como si viniera de otro mundo— dijo —nunca había visto un género de un material parecido.

Doc Savage observó con atención a la anciana y le dijo —Ud. entiende el inglés. Hace un rato, cuando aquél hombre gritó mi nombre, Ud. me miró.

La anciana lo miró un instante y permaneció muda.

Long Tom observó a la chica y luego a la mujer mayor, diciendo —Son madre e hija— se corrigió —O mejor dicho, posiblemente, tatatatatarabuela e hija. Este vejestorio debe tener más de cien años, sino más.

Esperó un momento, después de haberlo dicho y luego sonrió con mala uva —Seguro que la vieja no chamulla el inglés— dijo —o habría tenido que comentar algo a mis observaciones. Ninguna mujer deja pasar un comentario despectivo sobre su edad.

La anciana se le acercó calmosamente sin mostrar apresuramiento alguno, por lo que cogió a Long Tom, completamente desprevenido. Y le pegó una patada. Primero le pegó en la espinilla y cuando Long Tom se quedó sobre una pierna, le pegó otra patada, en esta ocasión justo detrás de la rodilla de la pierna que le aguantaba. Long Tom, cayó al suelo como un rayo, asombrado y lleno de indignación. Era evidente que la anciana le había entendido perfectamente lo que había dicho en inglés.

Doc Savage se aproximó a la ventana y observó los alrededores. No había ninguna señal de que los hombres de El Gorrión, volvieran. A lo lejos, en el lago, Bear Cub, Wickard y Jake, habían por fin alcanzado el hidroavión y parecía que estuvieran trasteando en el motor, intentando ponerlo en marcha. Doc se volvió hacia la anciana y empezó a hablarle. Hablaba muy despacio y pronunciando perfectamente todas las palabras, empleando palabras sencillas y utilizando frases cortas y sin ninguna complicación, de manera que una persona que no supiera mucho inglés, pudiera entenderle rápida y perfectamente.

Le narró todos los hechos. Le habló del misterioso hombrecito del chaleco rojo, Jones, que había ido con ellos hasta los lejanos Mares del Sur y que había muerto aparentemente de una enfermedad de la estratosfera. No fue fácil explicarle lo de esa

enfermedad en palabras cortas, pero en opinión de Long Tom, Doc se manejó a la perfección.

Doc le habló de la piedra parlante y de los dos hombres, Bear Cub y Wilfair Wickard que habían estado siguiendo al pequeño Jones, con intención de asesinarlo. Le explicó cómo se había escondido en el interior del hidroavión, cuando Long Tom fue capturado.

El resultado neto de toda esta conversación se resume en una palabra: Nada.

Tampoco fue exactamente eso, pues apareció en escena un hombre joven y alto de cara agradable, pero con una pistola que no tenía nada de amigable, se inclinó sobre el marco de la ventana y comentó —Una historia maravillosa, si alguien se la pudiera creer. Caballeros, ¿tendrían la bondad de intentar tocar el techo con las puntas de sus dedos?

Doc y Long Tom, miraron confundidos al intruso. Este les dijo —Ya sé que el techo está muy alto, pero así y todo, les aconsejo que intenten alcanzarlo—. De la forma en que lo decía, no parecía estar bromeando.

Era evidente que no solo era muy alto, sino que también gozaba de una constitución atlética. La sonrisa que lucía en su cara no era precisamente amistosa, no era el tipo de sonrisas que mostraban la alegría de vivir, como por ejemplo, las que lucían en sus caras la anciana y la muchacha. El tipo sonreía porque estaba orgulloso de sí mismo y porque quería dejarle claro al resto de la gente, que no le temía a nada.

Doc le dijo a Long Tom —Podría disparar,— y levantó los brazos, obediente. Long Tom hizo otro tanto.

—Es muy amable por su parte —les dijo el joven. Se volvió hacia las dos mujeres y les dijo algo.

Estaba hablando en la extraña lengua de cadencia tan musical y que sonaba tan fácil, aunque en realidad fuera ininteligible. La anciana le contestó alguna cosa y luego se encogió de hombros. Se mostró mucho más interesado cuando habló con la muchacha. Ella le dijo algo, brevemente.

El joven se volvió hacia Doc —¿Quién es Ud.?

—Mi nombre es Savage, Clark Savage. Jr.

—Doc Savage —añadió Long Tom.

El joven miró por un momento, burlonamente, hacia donde se encontraba Long Tom. —Habla Ud. como si creyera que este nombre tuviera que decirme algo especial. Hizo balancear su pistola ligeramente.— Quédense donde están. No se muevan. Le voy a pasar la pistola a la muchacha y ella les va a vigilar. Maneja la pistola igual o mejor que el artilugio que le lanzó. Mientras ella les esté vigilando, yo aprovecharé para dar la vuelta y entrar por la puerta. La chica sostuvo el arma casi con torpeza, podría decirse, pero no se atrevieron a jugársela. Una torpe empuñadura, por desmañada que pueda parecer, no le resta peligrosidad al arma o la convierte en algo menos peligroso.

El joven entró, aparentando estar muy orgulloso de sí mismo —Soy Terrence Wire.— Se lo decía directamente a Doc Savage, mientras cogía la pistola de las manos de la chica —Tengo la impresión de haber oído hablar de Ud., señor Savage, tiene un nombre famoso, pero puede estar bien seguro que no me impresiona en absoluto. Ni tan siquiera me acabo de creer que sea Ud. un ejemplo de virtudes.

—Pues vaya con el arrogante engreído, ese —dijo para sí Long Tom, sin que le pudiera escuchar el joven.

Doc le preguntó —¿Escuchó Ud. todo lo que les conté a las dos mujeres, antes de que le viéramos?

—Todo.

—¿Y dice Ud. que no se lo cree?

—Puede que haya retazos de verdad, aquí y allá, pero en conjunto, no me puedo tragar ese cuento —dijo Terrence Wire. Movió amenazador el arma— Sigan quietos.

Se acercó a Doc Savage y le registró inexperta pero cuidadosamente, de arriba abajo. En su búsqueda no omitió nada, ni las monedas de los bolsillos del hombre de bronce.

Cuando sacó del bolsillo de Doc Savage, la piedra que hablaba, de Jones, gritó con gran excitación.

CAPÍTULO VII

LA VERDAD INESPERADA

TERRENCE Wire, conocía la piedra. Baló de sorpresa en cuanto la vio.

Y las dos mujeres, sufrieron un cambio, además. Ambas dieron un brinco hacia delante, para observar la piedra —la mayor, la de las grandes arrugas, saltó casi con igual rapidez que la jovencita. No dijeron más que unas pocas palabras, explosivas, en la extraña lengua que hablaban entre los tres, la que sonaba tan fácil.

Por su parte, Long Tom Roberts, sufrió la misma sorpresa que los demás. Sin ninguna base para ello, ahora lo comprendía, había dado por supuesto que Doc no tenía la piedra en su poder, pensó que se la habían quedado Renny y Johnny en la isla Jinx. Pensó, sin que tuviera ninguna importancia en aquel momento, que debían estar enormemente enojados, pues les encantaban los enredos y las aventuras y se estaban perdiendo algo interesante. Por lo menos los indicios que tenía, así lo probaban. Pero no obstante todo esto, la presencia de la piedra habladora en el bolsillo de Doc Savage, no dejaba de ser una sorpresa para él.

Terrence se giró en dirección a Doc, preguntándole —¿Dónde consiguió esto?

El hombre de bronce, pacientemente le contestó —La tenía en su poder Jones, el hombrecillo que fue en busca de Renny Renwick. Es la piedra que habló con la voz de Monk Mayfair, uno de mis socios.

Wire se mordía el labio, mientras fruncía el entrecejo, pero no dijo nada. Miró a las dos mujeres, de tal forma que dio la impresión que estas habían comprendido lo que se había dicho en inglés.

Doc aprovechó para añadir —Quizás Ud. me podría explicar lo que significa esta piedra.

—¿Lo que significa? —Wire lo miró irritado.

—Por qué hablaba y cómo pudo hacerlo.

Wire lo reconsideró con calma. Con lentitud, se estiró los labios —¿No pensará que le voy a contestar a semejante cosa, no?

—¿Y por qué no?

—Espero que no creerá que estoy tan loco —dijo Wire furioso.— Ud. es un hombre llamado Savage, ¿Bueno y qué? Tiene a dos amigos que se han mezclado en este asunto y quiero que sepa que me da la impresión que ambos son los únicos responsables de haberse metido en líos. Y como yo digo, ¿bueno, y qué?

Doc Savage y Long Tom, habían estado con las manos en alto, durante todo el rato y ahora, como si estuviera cansado, Doc bajó un brazo y se frotó la nariz, con el puño. Ante el inmediato aviso de Terrence Wire —¡No baje las manos!—, las volvió a subir prontamente. Pero vio que Long Tom había captado su señal, dándose cuenta de lo que había hecho y asintiendo.

Long Tom le dijo —Wire, esta vez ha mordido más de lo que puede digerir.

Wire le miró sombríamente y le aconsejó —¡No haga más bromas!

—Imagino —le dijo Long Tom— que se debe creer que hemos venido hasta aquí los dos solos. ¿Qué tipo de primos se cree que somos? No de los de este tipo, espero.

Wire le miró burlonamente, pero no dijo nada. Sus ojos miraban inquietos.

Long Tom dijo —Debería dar un vistazo a la puerta.

Wire le encañonó con su pistola al tiempo que le decía —Este truco es muy viejo, es tan viejo, que es infantil. No creerá que miraré hacia atrás para que se aprovechen y salten sobre mí en ese momento.

Doc Savage aprovechó para escupir el botón del puño de la camisa que había arrancado con los dientes, cuando fingió que se frotaba la nariz, dirigiéndolo hacia la puerta. Wire estaba mirando a Long Tom y no pudo ver lo que Doc estaba haciendo. Este se las había arreglado para escupir el botón, sin hacer ningún ruido, pero con la fuerza suficiente como para que alcanzara la puerta e hiciera un ligero tintineo al dar contra la misma.

Long Tom se rió en el momento psicológico.

Wire, dio media vuelta. Doc se le echó encima y le puso las manos sobre la espalda. Wire cayó al suelo. Hubo algo de lucha y pataleo pero no demasiado, antes que Wire quedara tendido en el suelo, indefenso. Doc Savage le había agarrado por el cuello y le hizo unos toques en determinados puntos del sistema nervioso espinal, que le dejaron paralizado en el acto.

La muchacha de la chaquetilla roja, dijo —Esto… es… lo… que… me… estaba… esperando… que… iba… a… pasar.— Lo dijo de una forma lenta y cuidadosa, en un inglés que se notaba le costaba pronunciar.

Inmediatamente la anciana le cayó encima con una trifulca verbal, no en inglés, pero sí en la lengua musical, cadenciosa y fácil, pero extraña, increpándola por haber descubierto su conocimiento del inglés, lo cual se había hecho evidente.

Una vez acabó la regañina con la muchacha, la increíble anciana se volvió a Doc y le dijo en un inglés comprensible aunque pronunciado de forma extraña —Puede que haya habido una equivocación.

Doc Savage manteniendo sujeto a Wire le trabajó en los puntos nerviosos del cuello, hasta que dejó de patalear y soltar graznidos, dejándolo inmovilizado y con los ojos algo vidriosos, pero respirando regularmente.

La muchacha le dijo —Ud. es el hombre que Monk Mayfair me describió como Doc Savage.

Al oír nombrar a Monk, Doc sufrió un fuerte impacto. Se levantó del suelo, preguntando —¿Dónde está Monk?

La chica le contestó —Metido en grandes dificultades.

—¿Dónde?

La anciana habló rápidamente en la lengua cadenciosa. La muchacha perdió el color y dejó caer la cabeza, abatida.

—¿Dónde está Monk? —insistió Doc.

Pareció que la chica no contestaría a su pregunta, pero por fin, le dijo —Lo siento muchísimo, pero su alteza no me permite decir nada más.

Doc señaló a la anciana —¿Su alteza?

La muchacha asintió —Es la reina madre de la *Sabiduría*.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Doc— ¿Puede decirme exactamente dónde puedo encontrar a Monk Mayfair?

—Se me ha prohibido hablar.

—¿Y qué ocurre con Ham Brooks? ¿Le conoce?

Un ligero movimiento en los ojos de la chica, le indicó que efectivamente sabía quién era Ham Brooks, pero movió ligeramente su cabeza insistiendo —Se me ha dicho que no debo hablar.

Doc se dirigió a la anciana —Hemos venido desde muy lejos para prestar ayuda a Monk y a Ham. Naturalmente, sus amigos son nuestros amigos y sus enemigos lo son nuestros.

La mujer dio un resoplido despreciativo.

—¿Podrá decirnos dónde podemos encontrar a Monk y a Ham?

—No les voy a decir nada a Uds. —chilló la vieja— No les diremos nada, ni esa estúpida chica ni yo. Ya ha dicho más de lo que debía.

—¿Y por qué no?

—Está prohibido.

—¿Prohibido?

Las innumerables arrugas de su cara mostraban determinación. —Ud. no lo entiende, pero hay una buena razón detrás de todo esto. Una razón más que suficiente. Completamente suficiente.

El hombre de bronce la miró fijamente —Si no la he comprendido mal, Monk y Ham están metidos en problemas...

La vieja se encogió de hombros —Sí que lo están. Incluso quizá ni estén vivos.

—Entonces no hay ninguna razón que me valga —Había una fuerza poderosa en su bajo tono de voz.

La vieja no le dijo nada.

Tras unos momentos, Doc jugueteó con la piedra azul, entre sus dedos. —Esta es una piedra que habla. ¿Le importaría hablarme sobre esto?

La anciana lo miró a la cara diciéndole —Joven o me está tomando el pelo o a su cerebro le falta algún tornillo. Las piedras no dicen palabras.

Lo único que Terrence Wire había podido hacer hasta el momento, era soltar pequeños gruñidos. Pero ahora, tras haberse sentado y haberse aplicado cuidadosos masajes a su cuello y garganta —se aplicó los masajes de tal manera, que dio a entender que en cierta manera tenía conocimientos médicos o conocía los principios de la osteopatía— fue ya capaz de hablar en forma

coherente.

—¿Les importaría escuchar unas palabras llenas de verdad? —pidió furioso.

Long Tom le replicó —Con la verdad, puedes llegar a llenar un libro, pero una sola mentira, te hará perder toda la dentadura.

Terrence Wire le miró irónico —Estas dos mujeres y yo estábamos presos aquí.

—Ninguno de Uds. estaba preso cuando entré en la casa. —le recordó Doc.

—Nos acabábamos de fugar —dijo Wire— Nada más llegar Uds. nos habíamos acabado de liberar. Había dominado a uno de los hombres y le había quitado su pistola. Señaló a El Gorrión, —Ese es el hombre al que le quité el arma.

Doc observó a El Gorrión, que no daba señales de recuperar el conocimiento y luego estudió la expresión de la anciana —¿Es verdad esto? ¿O está prohibido que me conteste?

—La verdad nunca está prohibida —dijo ella.

—Entonces ¿lo que ha dicho, es cierto?

—Sí.

—Espero que así sea —murmuró Long Tom— Se está comportando como un niño delante de un secreto enigmático. —Miró enfurruñado hacia Terrence Wire.— ¿Está de acuerdo conmigo?

Por una razón u otra, a Terrence Wire esto le irritó profundamente. Se enfadó tanto, que empezó a golpear con las palmas de sus manos sobre el suelo, mientras gritaba desaforadamente.

—Aquellos hombres, Bear Cub, Wilfair Wickard y todos los demás, se han ido al hangar que está en la orilla del lago a unos dos kilómetros de aquí —gritó— Allí guardan otros aviones. Podrán levantar el vuelo.

Long Tom, que lo estaba mirando con sospecha, le preguntó —¿Y a qué viene tanta indignación?

—Por que si Uds. no son unos granujas también, deberían seguirles corriendo, intentando detenerles.

Long Tom dio un bufido —Los mayores mentirosos, tiene las voces más fuertes. Y Ud. la tiene muy potente. Y, además, no está siendo muy amable con nosotros.

Doc Savage se dirigió hacia El Gorrión. Le atizó una patada en las costillas, nada cariñosamente por cierto. El Gorrión dejó ir un silbante sonido de rabia y con los ojos abiertos del todo, giró sobre sí mismo, poniéndose de pie. Por lo que se estaba viendo, estaba consciente desde hacía un buen rato.

Long Tom le dijo malhumorado —En vez de llamarle El Gorrión, deberían llamarle— ¿cómo se dirá en castellano? —Opossum. [6]

El Gorrión lo miró fríamente, sin decir palabra.

Después de estar arriba y abajo durante más de veinte minutos, saltando sobre inmensas rocas tan desnudas como el día en que salieron del volcán que las había escupido, pudieron arrastrarse hasta el borde de un pequeño riachuelo, que había cortado una profunda hondonada en dirección al lago, formando allí una especie de cueva. Cuidadosamente y con Terrence Wire dando continuas advertencias, pudieron ver a través de la linde, más abajo, un inmenso voladizo natural de piedra. No es que fuera un hangar, en el estricto sentido de la palabra, pero podía hacer las veces y de forma excelente, si los aviones se guardaban allí, convenientemente amarrados, bajo la inmensa mole de piedra que parecía abalanzarse sobre ellos.

Había allí dos aviones, en aquellos momentos.

Alrededor de los dos aparatos, estaban los hombres que habían salido huyendo de la casa, ocupados en torno a los mismos y cargando los depósitos de gasolina.

Long Tom le tocó el brazo a Doc, musitando en voz baja —¿Me he puesto colorado de vergüenza? Ese chaval, Wire, estaba diciendo la verdad.

Doc Savage se apartó unos pocos metros, dejando a los otros tras de sí.

—¿Crees que podrás vigilar a esta gente? —le preguntó.

Long Tom le hizo una mueca de complicidad —No sé si los podré vigilar, pero si me prestas la pistola, le pegaré un tiro a lo primero que se mueva.

Doc le pasó a Long Tom el revólver que previamente había estado en poder de Terrence Wire. Este, se mostró inquieto —Hay un grupo numeroso de pillos ahí abajo, Doc. Y no son boy scouts, precisamente. El hombre de bronce no hizo ningún comentario. Empezó su descenso hacia los aviones.

Arrastrarse hasta quedar cerca de los aparatos no era posible, pues el terreno pedregoso no ofrecía posibilidades de disimulo. Pero lo que sí podía hacer, era acercarse hasta la boca de la cueva y desde allí intentar algo. Cuando estaba muy cerca de la boca de la cueva, llegó un hombre corriendo, se subió sobre una roca y se quitó la americana, haciéndola ondear, para llamar la atención de los que estaban alrededor del avión.

—¿A qué viene tanto movimiento por allí abajo? —gritó.

—Estamos comprobando los motores —le contestó, también gritando Bear Cub.— Creemos que Savage pudo haberlos manipulado.

—¿Habéis encontrado alguna cosa mal?

—¡Aún no!

—Pues entrad e id cargando gasolina a bordo. Nos vamos todos a una expedición.

—¿Y qué pasa con El Gorrión?

—Lo dejaremos aquí —intervino Bear Cub.

El tipo que estaba en la orilla, agitó sus brazos y gritó —El Gorrión acaba de reunirse con nosotros. Estaba prisionero, pero se pudo escapar hace poco.

CAPÍTULO VIII

EL MUNDO ELEVADO

ERA una trampa...

Cuando el hombre de bronce vio de qué se trataba, su primer pensamiento fue “ Me estoy atontando. Está muy claro que me han engañado”. En realidad no le habían engañado del todo. Pero casi.

Pues, cuando se dio cuenta que le habían tendido una trampa,— o mejor dicho lo sospechó —

estaba en lo alto de la cresta donde había dejado a los otros y los podía ver perfectamente, bajó disparado hacia ellos. Tan pronto se hizo cargo de la situación, se deslizó hasta encontrar la protección de un laberinto de rocas, entre las que se metió.

En el mismo instante, un hombre saltó a unos pocos metros delante de él y se le echó encima, intentando pegarle un tiro a bocajarro. Llevaba un rifle automático en las manos y el violento sonido que salió del mismo, fue retumbando en cascada a través de todas las colinas que les rodeaban.

Pero Doc ya había saltado sobre otros dos sujetos que estaban estirados, escondidos, esperándole. Se quedaron enormemente sorprendidos. Sabían que Doc estaba allá por lo que habían intentado ocultarse de su vista y la súbita aparición sobre ellos, en el lugar exacto en el que estaban escondidos los desconcertó. Uno de ellos intentó abrirle la cabeza con una piedra. El otro intentó usar su fusil.

Era casi imposible, poder eludir la piedra. Sin embargo, Doc se revolvió y levantó sus manos, agarró la piedra como si fuera un balón de fútbol americano, violentamente, como si temiera que se la fueran a hacer caer. La lanzó contra el hombre del rifle de tal forma que, con el tremendo impulso que le había dado, le partió el

brazo al individuo. Este empezó a berrear y a berrear, de agudos dolores.

El enemigo había descubierto que el grupo de Doc estaba bastante cerca y que éste no estaba con ellos. Debieron suponer que el hombre de bronce estaba más abajo, investigando en la cueva.

Y así fue que uno de los hombres, se fue tranquilamente hasta un punto determinado desde el que empezó a gritar que El Gorrión se había escapado. La huida de El Gorrión —intuyó Doc— hizo que el hombre de bronce creyera que Long Tom o los otros, estaban en peligro o los habían herido. Y es que si no hubieran estado heridos, no habrían dejado escapar a El Gorrión. Por esto Doc había sido atraído hasta lo alto de la colina, en su apresuramiento para saber que les había ocurrido a los de su grupo y estuvo a punto de caer de lleno en la emboscada que le habían preparado.

¡Y entonces El Gorrión se escapó realmente!

En lo alto del borde de la ensenada, entre las piedras en las que estaban estirados Long Tom, Terrence Wire, las dos mujeres con los extraños chalecos rojos y El Gorrión, hubo un movimiento repentino. Long Tom se pegó una carrera, intentando ocultarse mejor, pero Terrence Wire le agarró. Long Tom creyó que Wire le estaba atacando y le golpeó violentamente. Mientras tanto, El Gorrión, se puso de pie y echó a correr.

Corrió entre las piedras, sorteando todos los obstáculos, casi volando, como un auténtico gorrión.

Uno de los hombres le gritó —¡Ponte a cubierto, Gorrión! ¡Los tenemos rodeados!

—¡Y un demonio me pondré a cubierto —gritó El Gorrión— ¡Vamos muchachos, todos a los aviones! ¡Larguémonos de aquí!

—¡Pero si es que los tenemos rodeados…!

—¡A los aviones! ¡No me discutas! —vociferó El Gorrión.

Hubo un éxodo general. Pero de forma bien ruidosa. Iniciaron un fuerte tiroteo. Disparaban hacia la ensenada.

Abajo, ya en el agua, uno de los granujas intentó volver a decirle a El Gorrión, que Savage estaba rodeado y que no había más que agarrarlo por la cola.

El Gorrión maldijo brevemente. —Cuando tu tienes rodeado a ese Savage, lo único que tienes es a un oso por la cola—. Corrió hacia uno de los aviones —Vamos. Saquemos estos trastos fuera del

agua.

—¿Y qué pasará con las dos mujeres? —dijo otro de los hombres — Le contarán toda la historia a Savage.

—Las dos mujeres —ladró El Gorrión— estarán muertas antes de que pasen veinticuatro horas. Savage no podrá conseguir equipos de gran altura en tan poco tiempo.

Arriba, en la cresta de la ensenada, sobre el lago, Long Tom Roberts le estaba pegando puñetazos a Terrence Wire. Este, confundido por la enorme fuerza que mostraba el macilento experto en electricidad, estaba encajando la paliza como buenamente podía. Doc Savage llegó junto a ellos y le agarró los puños a Long Tom, deteniendo su ataque.

—¡El idiota de Wire dejó que El Gorrión se escapara! —le regañó — ¡Suéltame Doc, que le voy a arrancar una de sus ruedas[7]!

Wire jadeó —¡Sólo estaba intentando agarrarle para que no se cayera! ¡No era mi intención dejar que El Gorrión se escapara!

Doc les interrumpió —Están intentando largarse con los aviones. Vamos a por ellos.

El tono autoritario de la voz del hombre de bronce, los hizo volver a la realidad. Fueron corriendo hacia la ensenada del lago. Allí abajo, sobre el agua, los motores ya estaban rugiendo. Vieron que las naves se empezaban a deslizar por la superficie, hacia el interior del lago. Los dos aviones alcanzaron pronto al tercero, el que Bear Cub, Wickard y Jake habían estado intentando poner en marcha. Daba la impresión que había un griterío, pero las palabras eran tapadas por el ruido de los motores. Al fin parecieron entenderse y trataron de remolcar el avión cuyos motores no se habían puesto en marcha, hasta un punto al que las balas de un rifle no pudieran llegar. Sin embargo, no quisieron arriesgarse demasiado acercándolos entre sí, para evitar una colisión entre las naves. Bear Cub, Wickard y Jake se subieron a un bote con motor fuera borda, con una cuerda, uno de cuyos extremos ataron al hidroavión. Empezaron a remar ansiosamente, sosteniendo en alto el cabo y acercándolo a uno de los aviones.

—¡Malditos sean! —masculló Terrence Wire, que los estaba observando de lejos.

Dio media vuelta y se fue corriendo hacia abajo. Long Tom le gritó —¡Hey, Ud., deténgase!— y se agachó para coger una piedra.

Terrence Wire no fue mucho más allá. Vio que había entre las piedras, uno de los rifles que se le había caído a alguno de los hombres de El Gorrión. Lo recogió, se tiró detrás de una roca y apuntó cuidadosamente hacia el bote que llevaba el cabo de remolque.

Doc Savage le advirtió con voz aguda —¡No debe haber muertos, Wire!

Terrence Wire apretó sus labios contra los dientes ligeramente. El rifle resonó y pegó un golpe de retroceso contra su hombro.

Long Tom estaba mirando hacia el lago. Vio que uno de los hombres del bote —era Jake— se puso de pie y de repente se cayó, agarrándose la pierna con sus dos brazos.

—¡Muchacho, ese tiro bien merece un pavo de premio! —dijo Long Tom con admiración— ¡A ver si le das a ese Bear Cub, Terrence! ¡No, espera un momento! ¡Déjame disparar a mí!

El rifle de Terrence Wire, resonó de nuevo. No ocurrió nada en el bote y Long Tom empezó a mascullar maldiciones. Volvió a disparar de nuevo.

Bear Cub y Wilfair Wickard agarraron a Jake como pudieron y lo echaron fuera del bote, por la borda. Luego, se zambulleron en el lago detrás de él, arrastrándolo hacia el avión más cercano, que tenía los motores en marcha.

Doc Savage se dirigió hacia donde estaba Wire y le quitó el arma de las manos. No lo hizo con suavidad precisamente, luego se volvió y empezó a disparar.

El primer disparo que hizo, no lo dirigió contra los aviones o contra los hombres que estaban en el agua ni contra cualquier otra cosa próxima. Le disparó a un montón de restos flotantes, fue un tiro de prueba para conocer la condición del arma.

Terrence Wire se quedó mirando, boquiabierto cómo el hombre de bronce empezó a disparar. Y es que éste, hizo lo que parecía imposible en aquellas circunstancias y fue conseguir que los dos aviones se separaran del que tenía el motor estropeado. Y lo consiguió tan solo, con media docena de disparos. El rifle era un arma semiautomática de las que acogen un cargador con veinticuatro cartuchos.

Cuando los dos aviones alzaron el vuelo, le traspasó el rifle a Long Tom. —Evita que bombardeen el avión del lago— le instruyó

—Voy a intentar llegar a la casa antes de que la bombardeen.

Doc se fue a todo correr en dirección a la estancia.

Terrence Wire se frotó la mandíbula —¿Cual era su intención? Con una puntería como la suya podría haber evitado fácilmente que los dos aeroplanos despegasen del lago.

Long Tom le preguntó —¿Ud. no conoce mucho a Doc, verdad?

—Había oído hablar de él —admitió Wire— De hecho, ahora estoy totalmente convencido que *él es* Doc Savage.

—¿Quién se había creído que era?

—Un falsario que trataba de introducirse entre nosotros, para... —Wire enmudeció repentinamente, apretándose los labios fuertemente.

—¿Para qué? —le apremió Long Tom.

—Para... bueno, para sonsacarnos información.

—¿Qué tipo de información?

Terrence Wire miró a la chica, luego a la anciana y ésta movió la cabeza casi imperceptiblemente. Wire le dijo a Long Tom —Tengo prohibido decir nada más.

Long Tom empezó a resoplar irritado, luego agarró con fuerza el rifle. —¡Esos malditos aviones van a intentar bombardear el avión amarrado sobre el lago!

Doc Savage empezó a darse cuenta de lo debilitado que estaba. También pudo percibir algo más de lo que no se había enterado hasta entonces y es que el lago alrededor del cual se venían desarrollando los acontecimientos, debía estar a una gran altura. Se hacía difícil respirar. Sentía debilidad en sus piernas. La distancia hasta la casa le pareció que era de kilómetros y no de metros.

Se volvió atrás para mirar y vio que los aviones estaban girando en círculo, con mucha cautela, sobre el lago. Pudo oír los estampidos secos del rifle de Long Tom, varias veces. Incluso, en una ocasión, uno de los aviones empezó a dar tumbos salvajemente. Era evidente que el piloto había sido alcanzado por algún proyectil.

Repentinamente, los dos aparatos se alejaron de allí. El uno encaró la casa, iba disparado.

El motor del avión sonaba cada vez fuerte y más cercano cuando se lanzó en picado sobre la hacienda. Doc perdió unos segundos agónicos, al encontrarse con una puerta, cerrada con llave y tuvo que volver atrás buscando otra forma de entrar en la vivienda.

Por fin consiguió entrar en la habitación en la que se guardaban los equipos. Se interesó por las raciones concentradas, los equipos de vuelo y los trajes para grandes alturas, estos últimos dotados de equipos portátiles de oxígeno.

Tomo cinco de cada uno de ellos. Equipos y alimentos.

El avión volvió a hacer una pasada. El motor se convirtió en un gran explosión de potencia y luego fue disminuyendo el horrible estruendo de los motores, superado por el rugir del aire sobre las alas del avión, que acabó rebasando incluso el fragor de la combustión de los potentes motores.

Repentinamente, la sombra del avión fue engrandeciéndose cada vez más.

Súbitamente, la casa saltó sobre sus cimientos. La puerta se hundió, el vidrio de las ventanas se rompió con estrépito, violentamente. Y una gruesa polvareda lo inundó todo. Una sorprendente y enorme cantidad de espeso polvo. El techo se combó, lenta y perezosamente.

Doc se acercó a una puerta, esperó lo suficiente para asegurarse que el avión estaba por lo menos a unos quinientos metros de distancia e inclinándose para virar y volver de nuevo sobre el objetivo. Salió corriendo, recorrió algo así como una docena de metros y se aplastó contra las piedras cuando las balas empezaron a salpicar cerca de él... se quedó absolutamente inmóvil, pues es muy difícil desde un avión, localizar un objetivo estático del tamaño de una persona. El avión se balanceaba sobre su cabeza. Hubo más disparos, ninguno de ellos efectivo. Los hombres del avión, vieron una roca marrón que confundieron con el hombre de bronce y la acribillaron de plomo. Luego, el avión pasó de largo.

Doc se levantó y siguió corriendo. Ahora, procurando ir siempre a cubierto y se volvió hacia la cala.

Long Tom estaba de pie, junto a una gran roca, acariciando la empuñadura del rifle y apretándoselo contra su mejilla, con sus labios torcidos en una fiera mueca. Miró incómodo a Doc Savage —Debo estar más tembloroso de lo que me creía— afirmó —Me temo que le di a uno de los pilotos. Fue cuando intentaba meterles una bala a través de la cabina del piloto.

—¿Dónde le diste?

—En el hombro izquierdo.

—Pues —le dijo secamente Doc— no estarás tan tembloroso cuando te dedicas a apuntar a tan gran distancia y le das.

Terrence Wire, se permitió una ligera sonrisa mordaz.

Doc Savage se lanzó al lago y fue nadando hasta el avión. Long Tom y los otros se quedaron en tierra esperándole.

Long Tom disparó dos veces mientras Doc se subía al avión. Uno de los aviones, que aún estaba sobre sus cabezas, viró hacia ellos. Un pistolero intentó algunos disparos a larga distancia pero sin ningún resultado efectivo.

Doc volvió a colocar rápidamente las piezas del motor que había sustraído anteriormente del sistema de ignición. Bear Cub, Wilfair Wickard Jake, no se habían puesto a enredar en los motores ya que en realidad no llegó a darles tiempo a hacerlo, pero los intentos que llevaron a cabo probando a poner los motores en marcha, habían consumido la mezcla en los cilindros o habían anegado de aceite sucio las bujías, por lo que le estaba costando bastante ponerlo en marcha. Por fin, consiguió que empezarán a resoplar alborozadamente.

Tan pronto como el aparato empezó a deslizarse sobre el agua, los otros dos aviones, dieron la vuelta y se largaron a toda velocidad, en dirección oeste.

Doc condujo el aparato hacia la orilla, llamó a gritos a los demás para que subieran a bordo y trajeran el equipo. El agua era bastante profunda en aquella zona y tuvieron algunas dificultades para acceder al avión.

La anciana y la muchacha parecían no haber estado con anterioridad en un avión, se veía claramente, y parecían estar bastante azoradas.

Doc les preguntó —¿Pudisteis ver qué dirección tomaban?

Terrence Wire miró de soslayo a la anciana, que movió la cabeza negativamente. Wire comentó —Lo siento mucho, pero he dado mi palabra y no puedo decirle nada.

Sin decir una palabra, el hombre de bronce despegó. —Los seguiremos— dijo al cabo de unos minutos —Pero no queda mucha gasolina… para unas cinco o seis horas de vuelo. Si con esto no es suficiente, puede que las cosas se pongan mal.

Terrence Wire se miró las manos. Se estremeció —No habrá suficiente,— comentó —para poder volver.

Doc observó el cielo buscando a los otros dos aparatos hasta que los pudo localizar. Long Tom, bizqueando y entrecerrando los ojos, no consiguió verlos. Estuvo revolviendo por la cabina hasta que encontró unos prismáticos. Miró a través de ellos y gruñó satisfecho.

—¿Puedes seguirlos? —preguntó Doc.

—No lo dudes —le dijo Long Tom— Puedo verlos perfectamente con los binoculares.

Doc le traspasó los mandos al mago de la electricidad y se metió en la cabina. La chica daba la impresión de estar avergonzada por su silencio. La anciana aguantó su mirada fríamente y de repente, gruñó asombrada cuando Doc la sujetó.

—¡Quíteme las manos de encima! —le dijo en un inglés mucho mejor que el que había venido hablando hasta aquel momento.

—Se trata tan sólo de un reconocimiento superficial —le explicó Doc— No sufrirá ningún daño.

La anciana dijo algo sobre si no quería ser examinada y alguna otra cosa más, en un tono indignado, usando su propia lengua. El hombre de bronce la ignoró por completo.

Cuando al cabo de unos quince minutos, acabó su revisión, empezó a emitir un extraño silbido en forma inconsciente. No era lo suficientemente fuerte para que lo pudiera oír nadie más a no ser que estuviera muy cerca de él. Era de un tono bajo y tenía algo de un trino exótico en su sonido, era la expresión de la gran sorpresa que le había embargado.

Se dirigió hacia la muchacha. Esta se echó hacia atrás con firmeza, estrechándose las manos, cuando, repentinamente, se desmoronó confesándole —Estoy igual que ella.

—¿Cuánto tiempo cree que le queda de vida? —preguntó Doc Savage.

Sus ojos relampaguearon atemorizados. Tuvo que relajar sus labios para poder decir —No es posible decirlo con exactitud... Sabemos... por anteriores experiencias cuanto es posible sobrevivir... después de dejar Arriba. Quizá un día o dos.

—¿Arriba? ¿Es de ahí de donde vienen?

—Sí.

La anciana le dio un silbido de aviso. Doc se volvió hacia ella diciéndole —No puede ya mantenernos alejados de allí. De ese

Arriba al que se refieren. Parece como si hubiera dado su vida para mantenerlo en secreto. Cuánto habría tardado en morir, es algo que Ud. me parece que sabe perfectamente.

Se le quedó mirando sin apartar la vista de sus ojos, hasta que la derrota fue adueñándose lentamente de ella —Esta noche— bajó los ojos, inclinando su cabeza, como ocultándose —Esta noche, o lo mas tardar mañana, es cuando nos habría llegado la muerte.

El ruido del motor no se oía muy fuerte en el interior de la cabina y Long Tom tenía sus orejas como antenas. —¿Qué es lo que dijo sobre la muerte?

—¿Te acuerdas qué es lo que mató al hombrecillo del chaleco rojo, al pobre Jones?

—Naturalmente. La enfermedad de la estratosfera.

—Pues las dos mujeres están muy cerca del mismo fin. En realidad, ya sufren los síntomas, pero en una fase previa, sin haber alcanzado todavía un estado crítico. Hay evidencias que prueban su presencia. Se trata de unos exámenes que para la mayoría de los médicos de la marina de guerra y del ejército del aire son muy conocidos —. Long Tom quedó confundido por unos momentos— ¿Quieres decir que ambas mujeres han estado en la estratosfera a una altura tan grande, que están ahora a punto de morir? ¿Hay algo que podamos hacer para ayudarlas?

—Lo estamos haciendo.

—¿Qué estamos haciendo?

—Volviendo a este Arriba.

—¿Arriba? Eso en castellano significa algo así como alto o hacia arriba ¿no?

—Sí.

Long Tom, de repente, le pegó un puñetazo a la rueda de control. —¡Arriba!— exclamó —¡Estamos yendo hacia arriba! No lo acabo de entender. ¿Hacia dónde de arriba?

—Hacia Monk y Ham, espero —le contestó Doc haciendo un gesto serio.— Y hacia una sorpresa, si los indicios no me engañan.

Long Tom conducía el avión bastante bien. La excitación y quizá también el ejercicio, le habían ido curando de su anterior incapacidad física. Doc Savage abrió las raciones de alimentos concentrados, le dio una a Long Tom y se quedó una para él. El producto, habitualmente insípido y poco apetitoso, les supo a

medallones de filete y patatas fritas. Y es que no habían probado bocado, desde que salieron de la isla Jinx, en el Sur del Pacífico.

Satisfecho de la forma en que Long Tom manejaba el avión, Doc se fue a la parte de atrás, con Terrence Wire. Wire le miró, seguro de sí mismo.

—¿Ud. no la tiene, verdad? —La pregunta de Doc fue directa.

Wire se lo estuvo pensando bastante antes de contestarle. Al final, se decidió —¿Se refiere a la enfermedad de la estratosfera? Pues bien, no, no la padezco.

—¿Por qué no?

Wire sonrió malhumoradamente —La respuesta es tan obvia, como sencilla. Nunca he estado en Arriba.

Doc lo miró de tal manera, que hizo que los labios del joven se quedaran sin color. —Ya puede empezar a prepararme una respuesta que tenga más sentido— El hombre de bronce hablaba con toda seriedad.

—No he estado en Arriba.

—Esto no es lo que yo entiendo que sea una respuesta con sentido.

Wire miró a la anciana y retiró la mirada de ella con toda rapidez. —¿Me creerá?

—Posiblemente, de entrada, no. Quizá más adelante, si es que dice toda la verdad.

Wire se puso muy serio —De acuerdo. Ahí va todo. De todos modos hay suficiente para contar, incluida mi intervención en el asunto, sin por ello tener que romper mi palabra a la anciana.— Señaló con la barbilla a la mujer —Le hice una promesa y yo mantengo siempre mi palabra. Créame que siempre lo hago. No es que sea un dechado de virtudes, pero mantengo mi palabra.

Doc le interrumpió —No intente explicarme los detalles de su personalidad. Los hechos son los que hablarán, a partir de ahora.

Wire se encogió de hombros.

—De acuerdo. La vieja, la muchacha y el pequeño Jones, provienen todos de Arriba. Vinieron para contratar a El Gorrión, para que les intentara comercializar alguna cosa. No me pregunte lo que esa cosa era, pues no se la voy a decir. El caso es que vinieron. Yo trabajaba para El Gorrión y ya estaba empezando a olerme la clase de sinvergüenza que era. El Gorrión decidió hacerles el doble

juego y yo no quise intervenir, es por eso que le dejé. Todo estuvo perfecto. Llegamos a un acuerdo. Nos costó bastantes dolores de cabeza, pero al final nos pusimos de acuerdo y me fui.

Doc Savage mostró una mueca escéptica en su cara. Wire paró de hablar y se le quedó mirando.

Wire le dijo irritado —Ya sé que estaba prisionero hoy, cuando Ud. llegó aquí. Pero es que lo que le he contado hasta ahora, es sólo la primera parte de todo. Es lo que ocurrió hace aproximadamente un mes y medio.

—¿Hace un mes y medio?

—Seguro. Ya hace bastante tiempo que empezó. Como la serpiente verde del irlandés, que empezó siendo pequeñita y simpática y luego se hizo grande hasta convertirse en una horrorosa Serpiente de Mar.

—Empiece a explicarme cómo "se fue haciendo grande".

—Ya le cuento. El Gorrión hizo el doble juego, sólo que en esta ocasión, no tuvo la buena suerte que siempre le acompaña. Sólo fue hábil a medias y mostró bastante menos inteligencia de lo que es habitual en él. No se dio cuenta de lo que venía detrás. Y no hizo más que conseguir una buena ración de problemas. Pero así y todo, creyó que conseguiría su objetivo.

Wire se paró por un momento y se quedó mirando lo que tenía frente al aeroplano. Las altas montañas, que ahora aparecían tan altas, heladas y formidables que empobrecerían cualquier descripción, se mostraban frente a ellos. Pero a pesar de la impresionante imagen, aún estaban realmente a gran distancia.

Prosiguió —Los dos tipos llamados Monk Mayfair y Ham Brooks, fueron el problema que le surgió a El Gorrión. Habían llamado a Monk y a Ham para que ayudaran.— Señaló con la cabeza hacia la anciana —Fue ella, la reina, quien los hizo llamar.

Doc intervino ahora —Si fue ella quien los hizo llamar ¿por qué me tiene tanta antipatía? Monk y Ham son amigos íntimos y miembros de mi organización.

Wire hizo una mueca de disgusto.

—La reina, —aclaró— está enfadada con su organización. Lo único que consiguieron Monk y Ham, fue meterse en más problemas.

La capa de aire por la que estaban navegando, sufrió

repentinamente un cambio, transformándose durante unos momentos en una fuerte turbulencia. Fuertes corrientes arrastraron a la nave hacia arriba y la zarandearon con violencia; otras, en dirección contraria, arrastraron el aparato hacia tierra. Long Tom le dio al interruptor de la señal de aviso" Abróchense los cinturones de seguridad, por favor", que estaban en el interior de la cabina, pero apenas fue necesario, los motores dieron un tirón y la cola del avión quedó hacia abajo con el morro mirando al cielo, trepando con esfuerzo para alcanzar lo antes posible las laderas de las montañas que se elevaban bruscamente debajo de él.

Doc afirmó con sequedad —Siempre he estado convencido que Monk y Ham eran muy eficientes.

Terrence Wire admitió —Yo también lo diría, pero es que en Arriba la eficiencia no es como la conocemos nosotros. Un tipo puede ser muy bueno en Podunk o en Kansas City o incluso en Nueva York. Pero en Arriba, puede ser completamente diferente, aún más inútil que el cachorro de un perro callejero. Ni más ni menos.

—¿Así que Monk y Ham se vieron envueltos en líos?

—Hasta la coronilla —reconoció Wire— Pero sí que hicieron una cosa buena. La única que estoy convencido es la que les puede salvar el cuello y el de todos los de Arriba. Hace un par de horas, quizás habría dicho que no había nada que pudiera resolver la situación. Ahora y después de haberle visto actuar durante el último para de horas, ya no estoy tan seguro. Parece que tenga Ud. una mano especial para este tipo de cosas.

—¿A quién mandaron Monk y Ham en busca de ayuda?

—A las dos mujeres y al tipo pequeño, al que Uds. llaman Jones.

—¿Y..?

—El Gorrión capturó a las dos mujeres, pero Jones, como le llama Ud., pudo escapar. De alguna manera, pudo averiguar que Ud. estaba en un lugar llamado Isla de Jinx en los Mares del Sur. Salió para el largo viaje, con el fin de encontrarse con Ud.

—¿Y Bear Cub y Wilfair Wickard?

—Un par de pajarracos enviados por El Gorrión para acabar con el pequeño Jones en el caso que la enfermedad de la estratosfera no acabara antes con él, dicho sea de paso ¿quién acabó con Jones?

—Fue la enfermedad de la estratosfera —le explicó Doc.— ¿Por

aquellas fechas, Ud. estaba fuera del asunto, como nos explica, verdad? ¿Cómo es que volvió a meterse en todo este negocio?

Wire sonrió maliciosamente. De golpe, adoptó un aire de orgullo —Un condenado héroe, eso es en lo que me convertí. Vi que tenían prisioneras a las dos mujeres así que me fui hasta El Gorrión y le dije “Querido ex— hermano, déjalas en libertad. Suéltalas” Ya se puedes imaginar lo que obtuve, una bala en el pecho, sólo que fui demasiado rápido revolviéndome, y no me dio.

Wire hizo una pausa y luego hizo un mohín —Lamentablemente, no era tan rápido como creí y me pescaron. Me encerraron junto a las dos mujeres y empezaron a intentar hacerme decir lo que sabía sobre el asunto...— Aquí dejó de hablar.

—¿Sobre qué?

—Una vez más debo insistir en que he llegado a un punto, a partir del cual ya no diré nada más —se justificó Wire.

La anciana se había ido inclinando hacia delante, y cada una de sus innumerables arrugas, se movía ansiosamente. Pero cuando vio que Wire no iba a decir ni una palabra más, se quedó aliviada. Se volvió a sentar y pareció francamente contenta.

Las facciones de Doc, de apariencia metálica y de destacada perfección, no mostraron ninguna expresión. Si estaba disgustado, no lo demostró.

Comentó —Fue una historia muy completa... hasta donde llegó.

—Pues no seguirá más lejos de lo que le he contado —le soltó Wire.

Doc Savage le interrogó escéptico —¿Y a qué viene este súbito cambio de actitud por su parte? ¿A qué se debe que volviera, tras haber abandonado la banda de El Gorrión, según nos contó, para ayudar a las dos mujeres?

Wire miró a la chica. La miró lenta y admirativamente, de tal forma, que Doc comprendió el significado de aquella mirada.

—Me pareció que valía la pena. Incluso si no pudiera ir más allá de lo que he podido llegar, que no es mucho en realidad.

La explicación fue más que suficiente. La muchacha era una exquisitez y Wire se había enamorado de ella.

CAPÍTULO IX

SINGULAR ARRIBA

EL sol ya estaba ocultándose cuando se estrellaron.

Se habían puesto todos, los trajes especiales para las grandes alturas. Hacía un frío terrible en el interior del aparato, pues había sido construido para trabajar en zonas tropicales y su sistema de climatización no era el adecuado. Habían tenido que empezar a utilizar el sistema químico de calentamiento que estaba instalado en sus trajes y también a servirse del oxígeno.

¡Y ocurrió repentinamente!

Doc Savage y Long Tom, en aquel momento, estaban en la cabina del piloto. Como había ido oscureciendo paulatinamente uno de los dos seguía vigilando el rastro de los otros dos aviones que iban por delante suyo mientras el otro iba conduciendo el aparato. Tal y como lo explicaba Long Tom, manejar aquel aparato era trabajo para un pulpo. La enorme aeronave se comportaba como si fuera un cacharro de coche que fuera saltando de un lado a otro por un campo arado.

No sospechaban que algo así les pudiera ocurrir en aquel momento. Por lo menos, nada desagradable teniendo en cuenta de dónde provino.

Long Tom estaba rezongando mientras intentaba por todos los medios levantar el enorme aparato y evitar un picado no deseado. Dijo —¡Diantre! ¡Parece que estemos en un Rodeo!

Terrence Wire entró en la cabina y se inclinó sobre sus hombros, preguntándole —¿A qué altura estamos?

—Estamos un poco por encima de los siete mil metros —Long Tom prosiguió— La altitud de las montañas que tenemos debajo nuestro es poco menos la misma y no me gusta nada, ni por asomo.

—¿Cuánto más podemos elevarnos? —preguntó Wire.

—Lo que me tiene atónito —le contestó Long Tom— es que con este viejo cacharro enorme, hayamos podido subir a esta altura.

La voz de Wire sonó disgustada —¿Quiere decir que no espera poder ascender mucho más?

Doc Savage se volvió de repente y le espetó —¿A qué altura está Arriba?

Wire se le quedó mirando como si deseara poderle contestar, pero sólo dijo —Las montañas que tenemos enfrente, son mucho más altas, como puede ver. El Gorrión tiene preparados sus aviones con baterías especiales, de las que se emplean en los bombarderos gigantes que vuelan a grandes alturas. ¿Cómo piensa seguirles?

Long Tom soltó un gruñido de irritación —¿Es que no ha oído la pregunta que le ha hecho Doc, referida a la altitud de Arriba?

Wire era un hombre con una gran determinación. —No obtendrán de mí más información sobre Arriba. Ya les dije todo lo que podía decirles. Recuerden que hice una promesa. Y, además, malditas las pocas cosas que les pueda contar de un lugar en el que no he estado nunca.

Long Tom se lo quedó mirando y vio que era inútil intentar sacarle más información a Wire. —¿De dónde diablos han salido estas montañas? ¡Por el infierno que se supone que no hay nada parecido en América del Sur! Quiero decir que estas son mucho más altas. Estamos muy altos ahora, pero por lo que se puede ver delante de nosotros, no parece que estas montañas tengan ninguna limitación.

Entonces, la cabina se inundó con una luz blanquiazul, de fuego. Doc Savage se levantó al tiempo que se volvía a mirar. Había sido cogido por sorpresa. No se había imaginado que pudiera haber algo en la parte de atrás de la cabina que fuera susceptible de incendiar el aparato. Sabía, por supuesto, que estaban los pequeños cilindros metálicos de oxígeno para los trajes de altura y sabía también que el oxígeno podía inflamarse.

La anciana, aquella a la que llamaban la Reina Madre de la Sabiduría, había tomado dos de los pequeños cilindros de oxígeno, el suyo y el de la chica joven, los había abierto y los había encendido. Había conseguido reventar una de las ventanas del aparato y sacar a medias uno de los cilindros. También se había

agenciado un revólver de no se sabe dónde. Con este, empezó a agujerear a tiros los depósitos de gasolina y luego incendió el chorro de combustible que salía de los mismos.

¡Y de repente, envuelto en llamas, el aparato se convirtió en una ruina!

A continuación, ya no hubo más palabras, sólo acción. Long Tom sabía perfectamente lo que debía hacer: Era un buen piloto, pero no ignoraba sus propias limitaciones. El trabajo de conducir una pequeña avioneta con capacidad para cinco pasajeros, no podía compararse con los problemas que ofrecía la conducción de uno de estos gigantescos aeroplanos bimotores. Long Tom se lanzó disparado detrás del tablero de los mandos. Doc tomó el control del aparato. Long Tom se hizo con un extintor y le ordenó a Terrence Wire —¡Consiga los paracaídas!

Wire asintió. Estaba blanco como el papel pero se introdujo en la cabina. La anciana se le enfrentó desafiante, con un gruñido amenazador.

Wire vio como gruñía y entonces perdió los nervios. Le pegó un puñetazo, tan fuerte que la mandó estrepitosamente sobre uno de los asientos —¡Cuando haya vivido tanto como ha vivido Ud., seguramente también me querré morir!— aulló —¡Maldita decrépita!

La única posibilidad que le quedaba al avión, era ir hacia abajo. Doc lo condujo hacia los dientes de sierra de los pedregales de las montañas en un deslizamiento que, hasta cierto punto, evitaba que el fuego se extendiera totalmente. Con algo más de suerte habría conseguido deslizarse lo suficientemente veloz como para extinguir el fuego del aparato. Pero el incendio era ya demasiado violento.

Los picos montañosos ofrecían poco lugar para tomar tierra. De no haber sido por el fuego, podría haberse ido deslizando durante varios kilómetros hasta la parte baja de las montañas y haber podido escoger un lugar decente. Las llamaradas que envolvían rápidamente el avión, impidieron esta acción.

Había un cañón ancho y no muy profundo. Intentó dejar que el aparato se deslizara hacia allí.

Casi sin darse cuenta, salieron de la mortecina luz del sol y se adentraron en una lóbrega oscuridad que ya empezaba a invadirlo todo.

La luz del fuego que se desprendía del avión era rojiza al reflejarse en las laderas del cañón, roja y vacilante como un espécimen horroroso, mientras el avión se iba hacia abajo.

Doc colocó los alerones de las alas a la máxima retención, intentando aminorar la velocidad de aterrizaje, al máximo posible.

No cabía esperar mucho más, observó, que un aterrizaje con choque. No había ningún lugar lo bastante llano. Por si fuera poco, la nieve sobre el terreno, lo uniformaba engañosamente, pues lo cubría con una capa igualadora, que no obstante, podía tener varios metros de espesor.

Dio una orden —¡Romped las ventanas del avión, para poder salir fuera cuando nos estrellemos!

Se hizo con el nivelador del avión. El calor era ya cauterizante. No había mucho humo, pues los bamboleos del aparato, lo habían ido desplazando hasta el fondo.

Las rocas que estaban debajo del aeroplano, parecían enormes animales dormidos bajo la nieve. Algunas eran mayores que una casa.

Doc hizo una buena faena al tomar tierra. Tan buena, que hasta él mismo quedó satisfecho de su actuación. Habiendo reducido casi toda la velocidad que llevaban, estaba en la mejor situación posible antes de la colisión.

Fue como si una gigantesca lata de cerveza hubiera sido pateada con violencia. Y de nuevo chutada y vuelta a chutar. Y después, pisoteada. Hubo un quejido escalofriante, como el de una mujer, un sonido estremecedor, que parecía provenir de la muerte. Doc Savage intentó volverse, temerosamente, pero había sido el quejido del metal y no el de las dos mujeres. El aparato empezó a ir de un lado para el otro. Lo hizo dos veces, lentamente, perdiendo un ala y parte de la cola. El otro tanque de gasolina, el que quedaba intacto, se había partido en dos y el combustible iba fluyendo del depósito, quemándose y parecía un gran paquete de Navidad, envuelto en papel de color rojo.

Después de la colisión, se formó un maremagno de sonidos: El sonido discordante y de rasgón del metal, su desgarramiento y triturado, apenas disminuido por el rugido del fuego y los gritos excitados de Terrence Wire, que estaba intentando localizar a las dos mujeres y sacarlas de la hoguera en que se había convertido

aquello.

A decir verdad no era difícil escapar de la cabina. No había sido necesario ni siquiera reventar los cristales de las ventanas. El esqueleto de la estructura de un costado del fuselaje, había sido limpiamente *despellejado* —lo cual era bastante inexplicable— de su recubrimiento interior y del exterior. Había más de una docena de salidas por las que el grupo podía salir, por la parte superior.

Doc salió junto con los demás y pudo comprobar que estaban ilesos. Entonces, se volvió a meter en el interior de la cabina, cuyo interior estaba lleno de rugientes llamaradas. Recogió todo el material que fue capaz y volvió a salir fuera de aquel infierno. Sus ropas ya estaban ardiendo por algún extremo, en vista de lo cual se echó rodando sobre la nieve.

Terrence Wire estaba tendido sobre la nieve. Parecía estar inconsciente. Long Tom estaba arrodillado a su lado. —Parece que simplemente está desmayado— comentó Long Tom. —Ven aquí, voy a mirar de quitarle los arreos del paracaídas. Doc se le aproximó e introdujo el tubo de suministro de oxígeno, entre los labios de Wire— A semejante altura —afirmó— vamos a necesitar el oxígeno.

La anciana le dijo algo a la muchacha en su lenguaje musical.

Entonces, las dos echaron a correr.

La anciana, teniendo en cuenta que su edad aparente parecía sobrepasar el centenar de años, estaba notablemente ágil. Conocía bien la nieve. Iba pisando con cuidado sobre los lugares donde el hielo había formado dura costra con un criterio admirable y, a medida que iba corriendo, lanzaba gritos que evidentemente eran instrucciones para la muchacha que la seguía de cerca.

Casi a la vez, sin embargo, la mujer joven inició una discusión con la otra. Las palabras estaban pronunciadas en su ininteligible lengua, pero por el tono se podía adivinar que en efecto, se trataba de una discusión.

Long Tom y Doc Savage se habían puesto tras de ellas, inmediatamente. El hombre de bronce se tiró sobre el crujiente hielo en diversas ocasiones, retrasando así su carrera para poder seguir en contacto con Long Tom, que le seguía, llevando puesto a medias aún, el paracaídas.

La discusión entre las dos mujeres estaba llegando a su clímax.

La muchacha se paró. No iba a seguir acompañando a la anciana. Doc y Long Tom, la alcanzaron.

Hablando como si estuviera leyendo un libro de párvulos, les dijo —Ella... les... quiere... abandonar... aquí. Uds..., se... morirán... Pero... yo... no... les... abandonaré.

Long Tom, que se había parado al llegar junto a la chica, tenía la boca todo lo abierta que sus mandíbulas le permitían y sus pulmones estaban bombeando aire convulsivamente. Pero es que su parada no había sido voluntaria, había sido forzada por el esfuerzo. Por fin se cayó a gatas con sus ojos girando en sus órbitas. La altura había podido con él.

Doc Savage prosiguió, con el paquete del paracaídas golpeándole los muslos.

La anciana miró atrás, con aspecto triunfador, al principio. Pero en cuanto se dio cuenta que el hombre de bronce seguía tras ella, la perplejidad la atenazó. Buscó el camino más duro, por donde más difícil era subir. El camino en el que soplara el viento más fuerte de cara a su perseguidor.

Por fin, Doc la pudo atrapar. No le fue nada fácil. Empezaba a sentir la altura. No había nada de extraño en su constitución física, sólo un entrenamiento muy cuidadoso y un ejercicio regular. Se alegró cuando pudo poner su mano sobre los huesudos hombros de la mujer. Tiró de ella, se dejó caer sobre una roca y dejó que sus pulmones bombearan y sus oídos silbaran.

La anciana dama, parecía muy preocupada.

—Les habría mandado comida y guías —decía— Les habrían acompañado hasta las tierras bajas. No habrían muerto.

Estaba claro que la discusión con la muchacha la estaba molestando. Doc Savage se abstuvo de hacer cualquier tipo de comentario. El hecho de que les hubiera mandado guías indicaba que Arriba no podía estar ya muy lejos. Una anciana como aquella, no habría podido viajar una distancia relativamente grande, sin disponer de alimentos y lugar donde guarecerse. Puede que fuera inmune a la altura, pero lo que sí es cierto es que no estaba a prueba de congelación.

Ahora empezaba Doc a darse cuenta verdaderamente del frío que reinaba. Su respiración era como una pluma saltarina y las puntas de sus dedos estaban empezando a sentir un gran escozor.

Dirigiéndose a la anciana, le ordenó —Volvamos,— y la anciana dama, se fue tras él.

Long Tom se puso de pie y se arrastró hacia el avión en llamas. La muchacha le siguió.

Terrence Wire se había repuesto lo suficiente como para sentarse. Pero no se le veía muy alegre. —¡No me habléis del mal de las montañas![8] ¡Yo lo he tenido y no es nada comparado con esto!

Llegó un rugido a través del paso entre las montañas, rugido que se convirtió en un trueno y luego fue disminuyendo. Uno de los aviones, había vuelto. Dio otra pasada, ahora volando más bajo y el piloto, evidentemente localizó al grupo de Doc Savage por las llamas del avión estrellado. Unos pocos disparos de rifle, cayeron a su alrededor y sin más, el avión dio media vuelta y se alejó.

—¡Inmensa desgracia! —se lamentó Long Tom— Ahora ya saben que no estamos en condiciones para seguirles. —Reflexionó un momento— Ahora que lo pienso, ya debían saber que les estábamos siguiendo.

—Es muy posible que así fuera —comentó Wire.

—Pues no lo acabo de entender. ¿Cómo es que no tomaron ninguna medida?

—Muy sencillo.

—¿Eh?

—Dieron por supuesto que el aparato no podría alcanzar el techo suficiente para llegar hasta Arriba —le aclaró Wire— Sin duda sabían cuanta gasolina había en nuestro aparato. Sabían, por tanto, que no tendríamos suficiente para dirigirnos a cualquier punto donde poder repostar —Se encogió de hombros— ¿Por qué debían preocuparse por nosotros?

—¡Buenos chicos! —comentó Long Tom con amargura— En particular, ese Bear Cub.

Doc Savage se acercó a los restos del aparato buscando objetos que les pudieran ser de utilidad. El aparato aún estaba caliente y humeante. Estaban bastante alejados de la línea del bosque y como consecuencia de ello, no había matorrales, sin embargo, no había mucho que se pudiera aprovechar entremedio de aquellas brasas. Pero el hombre de bronce se hizo con un trozo de cable muy largo de los controles y que no se había fundido con el fuego y también pudo enlazar con éxito un rifle y sacarlo de entre las brasas. Estaba

inservible. Se sacó el paracaídas para trabajar con más libertad.

Se hizo con una buena cantidad de hojas metálicas de la aleación especialmente ligera que recubría el avión. Podrían usarlas como rústicos deslizadores con los que, en lugar de esquís, podrían desplazarse mejor montañas abajo, donde abundaban la nieve y el hielo, en el caso que por alguna razón, decidieran ir en dirección descendente.

Fue precisamente mientras el hombre de bronce estaba preparando los deslizadores, cuando decidió que Long Tom y Terrence Wire se sentaran a su lado, acercándosele parea que no le oyeran las dos mujeres.

—Vamos a dejar que las mujeres se escapen —les pidió.

Wire se mostró molesto —Me desagrada la idea de que la chica nos deje. Estas montañas no son una broma. Yendo solas las dos mujeres, pueden verse metidas en problemas. El Gorrión podría estarlas acechando. No me gusta el plan.

—La anciana —le dijo Doc— es más que capaz y no es tonta. Además, Arriba puede que esté muy cerca.

—Ignoro lo cerca que pueda estar Arriba —admitió Wire— Estaba pensando lo mismo —Adoptó un aire grave— ¿Cómo vamos a conseguir que la vieja se crea que tiene una ocasión para huir y largarse?

—Enfermedad de la montaña —le dijo— Fingiremos que estamos muy cansados. Adormilados. Llegaremos a la conclusión que debemos acampar antes de proseguir.

—Uh —huh— dijo Wire —Eso podría funcionar.

Y efectivamente, funcionó, sí, pero no. A medias. Doc Savage y los otros dos fingieron efectivamente, una gran fatiga —y no fue necesario esforzarse mucho por parte de Doc y mucho menos por parte de Long Tom— por lo que anunciaron su necesidad de tomarse un descanso, antes de proseguir. Montaron un refugio, una especie de tienda, con los restos de la medio requemada cubierta de protección que envolvía el enorme aparato. Dos tiendas, realmente, una era para las mujeres.

Guardaron sus tres paracaídas.

El plan estuvo a punto de malograrse, cuando la muchacha se negó a huir con la mujer mayor. Se fue al lado de Terrence Wire y le habló sobre ello.

Wire se acercó a Doc Savage y le explicó —Ella tiene metida en la cabeza la idea que debe cuidar de nosotros.

Doc le dijo —Ya me he cansado de que se refiera a la chica como ella, la muchacha... ¿Es que no tiene un nombre?

—Tara —explicó Wire.

—¿Tara qué?

—Tara es lo que he oído siempre.

—Bien, pues dígale a Tara que se vaya y se escape. Ya procuraremos cuidarnos de nosotros mismos.

Wire asintió y se acercó junto a la muchacha como por casualidad. Mantuvieron una conversación de cierta duración y durante la misma, pareció que se le caía la mandíbula, quedando boquiabierto. Se quedó como si alguien le hubiera gastado una broma sucia y de mal gusto.

Volvió con Doc, completamente abatido. —De acuerdo, lo hará.

Long Tom, extrañado le comentó —¿Entonces a qué viene esa cara más larga que un día sin pan?

A Terrence Wire se le quedaron blancos los labios, por un momento. —Tara me ha contado por qué no quería irse. Creí que era por temor a que algo me ocurriera. ¡Estúpido de mí! ¡No era yo el que la preocupaba!— Miró de soslayo a Doc Savage —¡Es Ud. maldito sea!

Doc Savage, se quedó azarado y silencioso hasta después que la anciana —a la que según les contó Terrence Wire, ya no llamaban "reina", pero a la que llamaban el equivalente de "la Reina Madre" en la extraña lengua musical— se escapó. Tara y la vieja dama se fueron del campamento en silencio. Sus chalecos rojos podían verse contra la blanca nieve a la luz de la luna —la noche que había venido, gozaba de una luminosidad parecida a la de un día algo nuboso— y al final, desaparecieron de la vista.

—Andando —dijo Doc Savage.

Siguieron sus huellas en la nieve, sin grandes dificultades. El hombre de bronce seguía las marcas de sus pies, muy de cerca. El ritmo de las pisadas fue cambiando y dirigió una mirada a Terrence Wire y a Long Tom. Ambos se mostraban muy cansados. Los paquetes con los que cargaban y los paracaídas, eran de bastante peso.

—Están corriendo —remarcó Doc— Pretenden dejarnos

exhaustos, si las seguimos.

—Esa colección de arrugas —dijo Long Tom con esfuerzo— no es nada estúpida.

Doc les comentó —Creo que si me adelanto podré alcanzar aquel promontorio con más facilidad que si os voy esperando. Vosotros dos seguid como podáis.

Los dos estuvieron de acuerdo. Terrence Wire murmuró —Como esto dure mucho más, alguien va a tener que convertirse en caballo para poder cargar conmigo.

El hombre de bronce se les adelantó, dejando que Long Tom y Terrence Wire se las fueran arreglando como pudieran. Doc recorrió tanto camino como pudo, teniendo cuidado, sin embargo, de no sobre esforzarse en exceso. En un asunto como aquél cualquiera de las dos mujeres podía tener más resistencia incluso que él mismo. Aquellas mujeres estaban habituadas a las alturas. Cada vez veía con mayor claridad, que habían pasado la mayor parte de su vida a gran altitud. La altura tan extrema por la que se estaban moviendo, parecía no ser ninguna molestia para ellas. Aún más, parecían ir sintiéndose mejor a medida que las pendientes iban subiendo cada vez más, hacia montañas más altas. Era como para asustarse, pero desde el punto de vista físico, era posible. Si se analiza hasta las últimas consecuencias, no tiene nada de particular que un habitante de las regiones polares se acostumbre a los fríos extremos o que un hombre de color de la selva africana se habitúe a aquellas temperaturas tórridas. Traslade, sin embargo, a un habitante desnudo del África tropical a las regiones del norte de Groenlandia, tierra de esquimales y éste pensará que lo han llevado a un lugar infernal y a decir verdad no estará lejos de acertar. Por lo tanto, ya no resultaba tan dudosa la posibilidad de que pudiera haber adaptación a las grandes alturas.

Lo que sí resultaba más difícil de creer, es que en aquellas altas montañas, pudiera existir un lugar en el que se pudiera vivir.

Doc echó una mirada a su alrededor. Jamás había podido observar un aislamiento semejante, aquella fantástica desolación y tan enorme soledad. La forma grotesca de la roca gigantesca que, desnuda, sobresalía por encima de la nieve era fabulosa. Pero había algo en todo aquel entorno, que helaba el alma. Tenía algo del resplandeciente espectáculo de Suiza y algo de la estupenda

grandiosidad del Tibet, pero había algo glacial, algo sobre su inmensidad, que superaba cualquier otra cosa.

Doc Savage cada vez estaba más convencido que su plan estaba funcionando, o sea, que las dos mujeres a las que había dejado escapar, les estaban llevando hasta Arriba. Conocían el país. Habían escogido el camino hacia él, de tal manera que evitaban los accesos imposibles, lo que cualquier persona no conocedora de aquellas montañas, no habría sabido reconocer y habría fracasado en el intento. Habían escogido el camino directo que las condujo hasta encontrar el escondrijo.

Cuando Doc llegó hasta él, ya estaba vacío. Pero `pudo darse cuenta de lo que había contenido. Esquís. Esquís con amplios patines, más cortos que unos esquís normales. En los lugares en los que habían dejado su huella sobre la nieve, le dieron la impresión de ser algo chapuceros. Pero no había nada de chapuza en la forma en que ambas mujeres los estaban empleando. Habían seguido ascendiendo, pero al llegar a una curva, se dirigieron hacia una cañada muy estrecha, que las llevó hacia abajo a gran velocidad.

Conocían su país a la perfección.

Doc Savage se dio cuenta que estaba ya muy cerca de Arriba.

Y estaba aquel sendero. Las dos mujeres ya lo estaban siguiendo. Era un camino perfectamente diseñado, un producto de una ingeniería maravillosa.

El hombre de bronce avanzó unas decenas de metros y cada vez sentía un mayor asombro. El camino estaba recortado sobre la dura roca siendo todo él de piedra sólida. En algunos lugares, había unos túneles En ningún punto del trazado, éste estaba totalmente expuesto a la nieve. Había sido diseñado inteligentemente, para que la nieve nunca pudiera dejarlo bloqueado del todo. Le recordó al hombre de bronce, la ingeniería de los maravillosos túneles de hielo y pasos montañosos en Pilatus y Jungfrau, en Suiza. No había trazas de que se hubiera empleado maquinaria moderna en su construcción. Doc se detuvo a examinar la piedra. Tenía considerables conocimientos de geología. Era una piedra muy dura y el paso debía estar hecho desde hacía muchos años. Generaciones, quizás. Probablemente, siglos.

Fue caminando, completamente absorbido por la creciente impresión de estar aproximándose a algo asombroso. Algo tan

fantástico como para estar fuera del mundo.

Estaba, posiblemente, excesivamente distraído.

Y de pronto, el sendero sobre el que caminaba, en medio de un ruido como de algo muy grande que se rasgara, se plegó hacia delante. La piedra era un gran pivote, tan hábilmente balanceado que su peso lo hizo inclinar. No había ninguna oportunidad de saltar hacia un lugar seguro. El diseño de aquella cosa, lo impedía.

Como si fuera vaciado de una copa, fue lanzado fuera del paso, a la abrupta pendiente de la montaña, en medio de la nieve. Y cayó dando vueltas sobre sí mismo, rodando y rodando. La nieve llenó su boca y sus ojos, arrastrado por una especie de nube volante que lo envolvía por completo. Fue una sensación horrorosa, pues unos momentos antes, había visto un escarpado precipicio que tenía una caída de cerca de trescientos metros y tan agreste y empinado, que una piedra lanzada desde arriba, habría caído casi perpendicularmente hasta el fondo, sin haber siquiera rozado la cara del mismo. Tan escarpado, que incluso parecía inclinarse hacia fuera.

Cayó indefenso, hecho una maraña con su carga, chocando contra el peso del equipo que iba transportando.

El saliente no era muy grande, escasamente llegaría a los tres metros de ancho. Pero las estacas —eran tan grandes como postes de protección y mucho más altas, estaban clavadas en agujeros hechos a lo largo del borde exterior, para que actuaran como una verdadera valla de protección. Fueron realmente las estacas las que evitaron que la avalancha de nieve arrastrara al hombre de bronce al abismo.

Se liberó por sí mismo, sacándose de paso la nieve de la boca, de las orejas y de los ojos. Había conservado su carga, pero casi no había podido recuperar su aliento. Se agazapó allí mismo, exhausto.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se aproximó al escarpado precipicio que estaba más allá de las estacas protectoras. Por lo menos había un centenar de metros hasta abajo, pues pasó un buen rato antes que pudiera oír los débiles sonidos que hizo la nieve en su caída chocando contra el fondo. Se había desplomado al vacío, a una gran distancia.

Fascinado por la proximidad del precipicio, hizo una bola de nieve y la lanzó hacia fuera. Fue contando los segundos, mientras

caía. No fue tanto como había pensado al principio, aproximadamente unos ciento cincuenta a doscientos metros. Así y todo, era un buen trecho como para caerse por él.

—¡Señor Savage —oyó que le llamaba una voz.

Era la chica, Tara. Y no estaba arriba, como hubiera podido pensarse, sino a la derecha, un poco más adelante en el camino. Doc miró más arriba aún, en los riscos iluminados por la luz de la luna.

—¿Dónde está Ud.? —llamó, aunque sin levantar demasiado la voz pues no ignoraba que algo tan pequeño como la vibración de una voz algo fuerte, podría desencadenar una avalancha de nieve.

Ella le contestó —No fuimos nosotras las que le preparamos la trampa. Alguna otra persona ha debido hacerlo.

—¿Trampa?

—Es que Ud. está en el camino de Arriba —le explicó— y hay muchas trampas preparadas por el pueblo antiguo. Ud. se ha caído por una de ellas. Un enemigo que se aproximara por el camino, sería arrojado por encima del borde, para quedar atrapado en el saliente en el que se encuentra ahora. Los antiguos guerreros habrían ido a observar y, de ser enemigos, los habrían dejado donde está, hasta que murieran, o les habrían enviado con una avalancha de nieve, hasta el fondo del precipicio, para que murieran en la caída.

Doc Savage, que también tenía sus momentos humanos, estuvo a punto de hacer algún comentario sobre la bondadosa naturaleza de los antiguos moradores, pero comprendió que sería estúpido por su parte decir nada en las actuales circunstancias. Aún estaba poniendo sus pensamientos en orden, cuando sonó el primer disparo.

El disparo llegó con una explosión repentina. Tara empezó a gritar vivamente. Los ecos del disparo, retumbaron y fueron yendo y viniendo, pareciendo ser cada vez más fuertes sin saberse al final su procedencia, hasta que por fin, parecieron juntarse todos para ir cayendo al abismo y dejaron de oírse.

Doc llamó a la chica —¿Se ha hecho daño?

—No —respondió Tara.— Pero, ¿sabe quién ha disparado?

Sonó otro disparo. Y a continuación, la voz de Bear Cub que decía —¡Ya te agarraremos, hermanita ¡

Doc Savage se zambulló entre la nieve, escondiéndose. Y no fue

muy lejos de donde estaba fueron a estrellarse los proyectiles, que le estaban buscando. Al parecer no le podían ver desde la parte superior pues una voz empezó a lanzar palabrotas. Era la voz de El Gorrión.

—¿Quién lleva la dinamita? —estaba preguntando El Gorrión. Y poco después se le oía decir— Venga, tráemela aquí, desgraciado.

Tras un corto silencio, la voz de El Gorrión, sonó alta y dirigiéndose a Doc Savage. Berreó —¡Savage, vete al infierno, hermano! Y hablando con alguien que debía estar a su lado, le ordenó— ¡Pollino estúpido, usa toda la dinamita que tengas! ¡Seguro que nunca volveremos a disponer de una ocasión como esta!

Doc miró hacia arriba. Había una ingente masa de nieve, con pedriza suelta colocada cuidadosamente detrás, para servir de contrapeso y sirviendo de muro de contención, para otras piedras, que estaban detrás. Una avalancha totalmente dispuesta y equilibrada por la mano del hombre, a punto de ser utilizada. Incluso un trocito del cartucho de dinamita bastaría para que todos los cascotes se vinieran para abajo. Y cayendo por la pendiente del precipicio, habrían podido destruir hasta un rascacielos.

Y por último, Doc pudo ver, muy débil frente al negro muro de piedras, el rojizo resplandor de un fósforo que se acababa de prender para encender la mecha del cartucho de dinamita.

CAPÍTULO X

LA MUERTE PASEA MUY ALTA

LONG Tom Roberts y Terrence Wire se pusieron derechos sobre la nieve y sostuvieron su respiración.

Los feos ecos del disparo que retumbaban habían llegado hasta donde se encontraban, a través de la distancia y de la irreal luminosidad plateada de la noche. Luego, se hizo un extraño silencio en las inmensas alturas de las montañas. No era un silencio absoluto, tampoco, pues era rota por extraños murmullos, que eran posiblemente restos de ecos algunos y otros, desconocidos.

—¿Llevaba Doc un arma consigo? —preguntó finalmente Wire.

Long Tom, antes de poder articular palabra alguna, tuvo que deshacerse de la tensión que le embargaba y luego pudo contestar —No lo creo. Me dio a mí la que llevaba. Doc procura ir siempre desarmado, toda la vida ha hecho lo mismo.

—Cualquiera pensaría que necesitaría un arma —murmuró Wire — Un hombre que hace del riesgo su oficio, debería llevarla.

—Una vez me explicó el por qué —dijo Long Tom— Me dijo que quien lleva un arma, acaba por depender de la misma. Viene a ser como una muleta. Si te cogen sin ella en alguna ocasión, estás indefenso.

Terrence Wire, carraspeó preocupado, para acabar diciendo —Estamos locos, discutiendo tonterías aquí, mientras algo está ocurriendo más arriba.

—¿Está ya en condiciones de proseguir?

—Lo esté o no, seguiré —afirmó Wire apretando los dientes—¡Vamos ya! Parece que a partir de ahora, el camino es algo más llano —. A medida que fueron siguiendo hacia delante, con sus pulmones hambrientos de aire, vieron que el hombre de bronce

había dejado señales evidentes de su paso, para que le pudieran seguir.

Por fin llegaron al escondrijo que había contenido los esquís Era un rinconcito pequeño que a primera vista daba la impresión de ser una pequeña cavidad natural en la roca. Pero Long Tom, pasó su mano por el interior y dijo —Este lugar parece haber sido tallado a mano sobre la misma piedra. Mire Ud. a ver qué le parece.

Wire examinó el escondrijo. —Seguro que es lo que Ud. dice. Por lo menos así me lo parece, quiero decir. ¿Quién cree Ud. que puede haberse tomado el trabajo de tallar sobre la roca viva, una cosa como esta?

Long Tom movió su cabeza —No lo sé. Hay un montón de cosas alrededor de todo esto, que no sé. En realidad, no sé nada sobre el asunto.

Siguieron adelante.

¡Y entonces sobrevino la explosión! No tuvieron la menor duda que era una explosión real. Incluso llegaron a ver la llamarada. Y oyeron el estruendo impresionante, como de algo que se hubiera destrozado. Pareció que todo ocurría junto a sus oídos.

Wire afirmó con rotundidad —¡Dinamita!

—¿Cómo puede afirmarlo?

—Por el sonido. Es muy diferente al que produce la pólvora negra, o el TNT, Estoy acostumbrado a trabajar con dinamita. Soy minero, bueno, ingeniero de minas, realmente esta es mi profesión. ¿No se lo había dicho antes? No, creo que no se lo había dicho nunca.

Se quedaron allí mismo, de pie, pero inmóviles y no es que se hubieran quedado deslumbrados por la explosión, sino porque materialmente no tenían fuerzas suficientes para seguir. La enfermedad de la fatiga de la montaña, les estaba abrumando. No importaba las ganas que tuvieran de seguir adelante, es que, simplemente, estaban exhaustos. Es como si estuvieran hipnotizados. Su fuerza de voluntad, su inmensa preocupación, no podían superar ese estado.

Finalmente, Long Tom se abalanzó hacia delante, con gran esfuerzo, jadeando —Este mal se está apoderando de nosotros. ¡Vamos, vamos!

Pronto volvieron a tomar el camino, después de esta corta

conversación.

Repentinamente cauteloso, Wire dijo —Tengo un presentimiento. Algo puede haberle ocurrido a Savage. ¿Verdad que me dijo que Ud. tenía su arma?

Long Tom, exhibió un revólver. —No es la suya— es una que recogimos allí abajo, cuando la riña en la casa de El Gorrión. Puso su helado dedo entumecido sobre la guarda del gatillo. —¡Sigamos!

Continuaron por el sendero sobre la piedra viva y quedaron tan asombrados como Doc. Long Tom estaba absolutamente atónito. Se quedó mirando embobado el increíblemente elaborado trabajo científico y de ingeniería, necesarios para construir el camino, hecho de tal forma que no podía nunca quedar inutilizado por la nieve.

Terrence Wire estaba igual de impresionado como Long Tom, pero, de alguna forma, no estaba tan sorprendido. Parecía como si esperara encontrarse con algo de esta naturaleza.

Long Tom le insistió —¿Seguro que nunca antes, había estado aquí arriba?

—¡No, no! —le aseguró Wire— Simplemente que sabía que nos encontraríamos con algo sorprendente, eso es todo. Y no es más que el principio.

—¿Conque el principio, eh? —Long Tom estaba impresionado.

Dos o tres minutos más tarde, Long Tom se paró de repente y agarró fuertemente por el brazo a Wire —¿No huele nada?

—Han hecho explosionar dinamita por aquí cerca —le explicó Wire— Demos un vistazo.

Encontraron la trampa rotativa especial, en el camino. Vieron su finalidad y también, por el polvo de nieve que había a su alrededor, que había funcionado recientemente.

Long Tom gimió. Miró por encima del borde —Doc se fue rodando hacia abajo— dijo roncamente. Puedo ver dónde había un saliente. ¡Emplearon dinamita para provocar una avalancha y arrastrarlo hacia el precipicio!

Ya había luz diurna antes que abandonaran aquel lugar. Hacía bastante que era de día. Se quedaron esperando allí, en una especie de empresa desesperada. Eso no significa que permanecieran inactivos. Fueron rasgando sus paracaídas y con el tejido de los mismos, hicieron como una mortaja hasta llegar a preparar una

cuerda muy larga. Gracias a esta, Long Tom pudo bajar hasta el borde del precipicio. En lo que había sido el saliente, encontró tres de las altas estacas que aún permanecían clavadas y que bastaron para explicarle como funcionaba todo el sistema. También le indicaron que Doc Savage había muerto, pues enredada en uno de los palos, había una de las hojas metálicas de la cobertura del armazón del avión, que Doc transportaba para usarla y poderse deslizar por la nieve, cuando llegara la ocasión.

Long Tom se sentó un largo rato, como hechizado por un horror frío. Su cuerpo parecía lleno de un sentimiento de muerte, que era más físico que intelectual. No sentía nada, ni siquiera sopor, casi ni percibía la baja temperatura.

Su cerebro estaba golpeado, atormentado salvajemente y aterrorizado, como un fantasma doliente que vuelve al pasado, pasando revista a su larga amistad con Doc Savage. Recordaba las mil y una pequeñas cosas que el hombre de bronce había hecho, pequeñas y humanas, sí. No recordó los grandes hechos importantes —y le pareció extraño que así fuera, en aquel momento— ni los grandes descubrimientos conocidos mundialmente y por los cuales Doc se había ganado una enorme fama. No, sólo recordaba las cosas pequeñas.

Las pequeñas cosas del pasado. Por ejemplo, cuando todos ellos habían creído siempre que Doc era incapaz de tener el más mínimo sentido del humor, hasta el día en el que Monk Mayfair que tenía una mascota, un cerdito llamado Habeas Corpus, se encontró con otro idéntico en el apartamento —laboratorio en el que residía, cercano a Wall Street. El cerdo era exactamente igual que Habeas, excepto que tenía las orejas algo menos gigantescas y una cola sospechosa.

Creyendo que alguien le había mutilado su mascota preferida, Habeas —y en el convencimiento que había sido Ham Brooks, que siempre le había estado amenazando con hacerle algo semejante— Monk se había ido a la carga hasta el eminente y suntuoso Club Tycoon, donde Ham estaba desarrollando una conferencia sobre algunos extremos legales poco conocidos, referidos a la declaración de renta. Monk se puso a hacer el asno ante la audiencia, con grandes rebuznos, ridiculizando a Ham, que se enfureció terriblemente.

La ocurrencia, ya de por sí, era cómica. Una broma perfecta, la de sustituir un cerdito por el otro. Pero, cuando para su asombro, descubrieron que el autor de la misma, había sido el propio Doc, el regocijo fue inmensamente superior al que habrían tenido si la broma la hubiera hecho cualquier otro.

Antes de este hecho, y aunque sólo fuera en su inconsciente, no dejaban de considerar al hombre de bronce un poco como lo hacía la gente en general, es decir, alguien superior, con una combinación de características de genio de la mente, mezcladas con cualidades físicas maravillosas, rozando lo inhumano en todos los aspectos.

Sin lugar a dudas, Doc Savage era un individuo al que todos tenían por singular. No podía ser de otra forma, en vista de su educación. Había estado desde su infancia bajo el cuidado de científicos, que lo fueron adiestrando y también había estado bajo un programa de desarrollo mental y físico tan riguroso, que posiblemente ninguna otra persona en el mundo lo igualaría. Desde cualquier punto de vista, era comprensible que con esta preparación, se diferenciara del resto de los demás. Por lo menos, visto desde fuera.

Long Tom se quedó un largo rato sentado allí, con los ojos resecos por el dolor. Más tarde, se levantó y se acercó hasta el mismo borde del precipicio, dando una mirada hacia abajo. Penetraba luz suficiente como para mostrar la profundidad abismal de la grieta, y el montón inmenso de piedras, cascotes y nieve que habían sido arrastrados por la avalancha provocada por la dinamita.

Long Tom utilizó un poco del valioso oxígeno del pequeño cilindro del equipamiento para gran altura. Con la energía que le proporcionó, trepó hasta donde se encontraba Terrence Wire.

Wire le miró y le dijo —Creí que no iba a volver a subir nunca.

—No crea que me faltaban ganas de quedarme allí —repuso Long Tom con voz enronquecida.

Prosiguieron su camino por el sendero, que transcurría por entre túneles y más túneles, excavados en la pared que bordeaba el precipicio. Iban avanzando con precaución. Convirtieron sus paquetes en un atado —sólo los artículos que no era fácil que se pudieran romper— y fueron cargando con algunas piedras de peso. De cuando en cuando, las iban tirando delante de él sobre el camino, a modo de prueba. Esta medida de precaución demostró ser

muy útil. Inesperadamente, grandes piezas de madera, disimuladas de manera que parecían ser parte de la pared, cayeron estrepitosamente y de haber estado debajo, los habría aprisionado y aplastado contra el muro protector del precipicio.

—Hábleme de lugares peligrosos —gruñó Long Tom— Todas estas trampas parecen haber sido preparadas hace siglos.

Terrence Wire afirmó —Y así es.

—¿Huh?

—Me gustaría de verdad poderle contar toda la historia, por lo menos todo lo que yo sé, pero no me es posible, prometí no decir nada.

Disgustados y a la vez irritados por tantas contrariedades, prosiguieron su camino. No obstante, Long Tom no pudo reprimirse —Para ser un antiguo malhechor salido de la banda de El Gorrión, su sentido de la moral es condenadamente muy alto.

Wire contuvo su mal genio —Puede que así sea. Pero como le dije anteriormente, tengo mis propias razones. Esta gente— los *Arribanos* —le dan importancia a las promesas. Una gran importancia. Imagino que le dan más importancia que a su propia vida. Por lo que he podido observar en Tara y en la Reina Madre, son un pueblo sorprendente.

—Me tendría que explicar por qué eso puede afectarle a Ud. de alguna forma —quiso saber Long Tom.

Wire lo miró satíricamente —Amor— Prosiguió, —amor es lo que hace girar las ruedas. Y en ocasiones, estas te hacen ir marcha atrás.

—¿Quiere decir que sus ruedas han ido hacia atrás?

—Ud. mismo parece pensarlo. Quizá para mí sea ir marcha atrás, comportarme honestamente. Pero es que, ¿sabe Ud.?, aspiro a convertirme en un *Arribano.*

—¿Quiere decir, ser el marido de Tara?

—Tal cual lo acaba de decir —le anunció Wire con gran entusiasmo.

Long Tom le puso la mano encima repentinamente y le dio un tirón a Terrence Wire, lanzándolo tras un montón de piedras. Wire gruñó con irritación —¿Es que debe Ud. maltratarme sólo porque estoy enamorado, especie de pescado reseco...?

Este le acalló —¡Sh— h —h! ¡Cállese! ¡Fíjese allí ¡

Wire miró y pudo ver una silueta de alguien que iba paseando tranquilamente por el paso, un poco por delante de ellos. La persona en cuestión, no se había apercibido de su presencia. Al reconocer a la persona, Wire lanzó un resoplido. —El tipo que se cree que una vida está hecha para ser eliminada— musitó en voz baja.

—Sí, Bear Cub en persona —añadió Long Tom— Vamos. Las cuentas que tengo que saldar con él, son muchas y ninguna buena.

Corrieron hacia delante, todavía con precaución, aunque ya no acarrearon consigo durante el camino, el atado de piedras y equipo. Se habían deshecho de los pedruscos que llevaban en el paquete, para aligerarlo. Entonces, pudieron ver las pisadas de Bear Cub sobre la débil capa de nieve que había ido arremolinándose en el sendero, durante la noche. Fueron siguiendo sus huellas, pisando encima de las mismas, para sentirse así seguros de no caer en ninguna trampa, como Doc.

—Parece ser que estaba ojo avizor —cuchicheó Long Tom— O eso o es que...

—¡Joroba! —dijo entrecortado Wire— ¡Nos hemos dado cuenta demasiado tarde!

Bear Cub no estaba en realidad vigilando. Simplemente había ido a comprobar si el centinela que había dejado apostado, estaba cumpliendo con su trabajo. Y de repente, el sujeto de marras, se plantó ante ellos apuntándoles con una pistola, una automática.

Les hubiera disparado, pero no pudo hacerlo, pues se olvidó del intenso frío que reinaba en aquellas alturas. El aceite del arma se había quedado congelado debido al intenso frío y el arma, por si fuera poco, debía estar aceitada en demasía. El seguro se quedó atascado. El tipo estuvo hurgando frenéticamente con sus dedos y se distrajo lo suficiente como para que Long Tom le alcanzara. Long Tom le pegó un guantazo que hizo que Terrence Wire se le quedara mirando asombrado. —¡Lo has matado!

Long Tom le dijo —¡No, rayos y centellas! ¡Pero si le llego a dar con un poco más de fuerza...!

Registró a su víctima rápidamente y volvió con otro par de pistolas, con un rifle que estaba recostado sobre una roca, unos metros más allá y con una máscara de gas. Guardaron las pistolas dentro de su vestimenta, muy cerca de su piel, para que el calor de

su cuerpo las mantuviera útiles en caso de necesitarlas.

Se quedaron a la escucha con ansiedad. Pero el silbido del viento a través de los picos montañosos, era lo suficientemente intenso como para disimular los ruidos de la corta pelea que acababan de tener.

Long Tom, mirando a su víctima, comentó —Por menos de cuatro cuartos lo habría echado a rodar por el borde, hasta abajo.

—Posiblemente habría sido benévolo —comentó Wire— Si lo dejamos aquí, se quedará congelado.

Long Tom resopló —Dicen que la congelación, es la forma más suave de morir. Portémonos amablemente con él—. Se fueron, dejando atrás al centinela. Desmintiendo su anunciada intención de dejarlo morir, volvieron para cubrir al sujeto con los restos de un paracaídas y con una de las hojas metálicas del recubrimiento del fuselaje del avión, que llevaban con ellos para usarlo como a modo de trineos si en alguna ocasión, se presentaba la ocasión de deslizarse montaña abajo.

Se acercaron furtivamente y con todo el cuidado posible a Bear Cub.

No era nada fácil seguir al individuo. Y es que súbitamente el sendero llegaba a un espacio abierto o si se prefiere, a un gran escenario con un diabólico fondo de grandes rocas, que parecían la parte más alta del paso y a medida que fueron avanzando, comprobaron que así era.

Cuando imprevistamente, perdieron a Bear Cub. No estaba en ninguna parte en la que pudieran verle. Exasperados y preocupados, tuvieron que volver hacia atrás, reencontrar sus huellas y seguirlas de nuevo.

Sus pisadas les llevaron hasta una cueva. Había infinidad de pisadas en la boca de la misma, que sin lugar a dudas se habían producido el día anterior. Pero solamente algunas, las de Bear Cub, habían sido hechas, desde el momento en que la nieve había volado hasta allí, a partir del amanecer.

Seguros de que la cueva debía ser el escondite de la banda y que tenían un campo de aterrizaje próximo para sus aeroplanos, Long Tom y Wire se arrastraron hacia allí, cautelosamente. También fue entonces cuando se dieron cuenta que no tenían fósforos. Era un sucio asunto arrastrarse dentro de la cueva. Tan pronto como les fue

posible, se arrimaron a las paredes de piedra, alejándose de la luz reflejada desde la entrada.

Long Tom no se sorprendió cuando fueron atacados. Le agarraron las piernas. Tuvo un momento de espanto, cuando comprendió que en ninguna circunstancia debían haberse metido precipitadamente en la caverna, y más sabiendo perfectamente, que debido a la enfermedad de la altura, no estaban en condiciones de enzarzarse en una pelea. Se fue para abajo y agarró a su aprehensor por el cuello. Era un cuello muy grueso y de alguna manera, le pareció conocido. Conocida también le resultó la vocecilla chillona e irritada, que bien podría haber sido la de un niño.

—¡Monk! —musitó Long Tom con asombro.

Se hizo un silencio absoluto.

Terrence Wire le cuchicheó —¡Apártese de ahí, Long Tom, voy a usar la pistola!

—¡Ni hablar del peluquín! ¡Es Monk Mayfair! —afirmó rotundamente Long Tom— Es precisamente uno de los sujetos a los que hemos venido a buscar, desde los Mares del Sur.

Otro largo silencio se produjo, durante el cual nadie parecía saber qué decir. Entonces, Monk, con su vocecilla infantil, que tan ridículamente sonaba en un hombre de sus características físicas, muy próximas a las de un mono juguetón, dijo —¿Cuántos sois?

—Un tipo llamado Terrence Wire y yo —

—¡Ah, ese! —Monk soltó un bufido— Bien, vosotros dos no sois suficientes para zurrarle a nadie. Por lo menos no a esta altitud. Será mejor que tengáis la boca cerrada y recéis para que nadie nos haya oído por casualidad.

Durante el silencio que se produjo a continuación, todos aguzaron el oído para saber si habían sido oídos, pero no fue así.

A Long Tom no dejó de extrañarle que nadie les oyera, hasta que exploró los tobillos de Monk con sus manos, hallándolos encadenados con una cadena que habría dejado indefenso hasta a un elefante y que estaba unida por un lado a sus tobillos y por el otro a una hendidura en forma de U tallada sobre la propia roca del túnel.

—¿Dónde está Ham? —le preguntó Long Tom.

—Un poco más hacia abajo —susurró Monk— Nos tienen separados. Cuando intentamos hablar el uno con el otro, vienen y

hacen todo lo posible para darnos patadas en los dientes. Es su distracción favorita.

—¿Ham se encuentra bien?

—No está lo que se dice muy feliz —comentó Monk, con un ligero tono de complacencia en su voz— Le quitaron su precioso traje y le dieron una vestimenta de restos de sacos de yute. Ya sabes cómo adora sus trajes. En estos momentos está de un humor que podría comerse cruda una serpiente.

Long Tom consideró la situación.

—Wire —ordenó— Ud. libere a Monk. Mientras lo va soltando, yo iré abajo y liberaré a Ham. A partir de ese momento, prepararemos un plan de acción.

Monk replicó —Si Wire me quiere soltar, será mejor que tenga dientes de sierra. Algún tipo fabricó esta cadena hace mil años o algo por el estilo y no tenía idea de la cantidad de metal que se necesita para retener a un hombre, o algo así.

Long Tom rezongó —¿Quieres decir que no te vamos a poder liberar?

—¿Lleváis dientes de sierra de acero o hachas muy cortantes?

—No.

—Pues entonces tenéis entre manos un buen problema —. Long Tom le dijo— Voy a por Ham. Quizá podamos pescar al tipo que tiene las llaves.

Terrence Wire intervino —Adelante con ello, yo voy a hacer una prueba con el candado.

Long Tom se arrastró hacia delante. Aún no tenía ninguna luz y aunque su ánimo estaba mucho más alto, no por ello había disminuido el peligro. Además, descubrir a Ham en medio de la oscuridad no iba a ser tarea fácil. Se habían encontrado a Monk por pura casualidad. Sabía que Ham estaba “ en algún lugar allí abajo”, lo cual podía cubrir una gran cantidad de terreno en aquella oscuridad estigia, que sería una pesadilla hasta para un murciélago.

Pero a Long Tom se le ocurrió una idea. Un viejo truco. Ya antes lo habían hecho servir en alguna oportunidad.

Tomó dos piedras pequeñas y empezó a restregarlas la una contra la otra. El sonido era como una especie de mordisqueo de algún animalillo o un ruido que a Ham, si estaba encadenado por allí cerca, podría llamarle lógicamente la atención. El ruido seco del

entrechocar de unas piedras. Long Tom empezó a usar el sistema internacional de rayas y puntos, que todos los del grupo de Doc sabían leer.

Recibió la respuesta casi inmediata de Ham.

¿Q-D-A-P-A? —transmitió Ham también por el mismo sistema de las dos piedras.

Que no era más que una forma abreviada de preguntar ¿**Quién demonios anda por ahí**?

CAPÍTULO XI

FANTASIA DE LA MONTAÑA

LONG Tom estuvo intentando librar a Ham durante más de veinte minutos, éste no tenía otro daño que no fuera el de la gran impaciencia y, como astutamente había comentado Monk, de la indignación de tener que vestir con unos trozos viejos de saco. Long Tom no fue capaz de liberar a Ham. Volvió donde se encontraban Monk y Wire.

Monk ya estaba libre, sentado sobre el suelo de roca y frotándose los tobillos, para restablecer su circulación.

—¿Cómo lo ha podido liberar? —preguntó atónito Long Tom.

—¿Recuerda que le dije que era ingeniero? —su voz sonaba como avergonzada.— En mis buenos tiempos, había trabajado con cerraduras. ¿Dónde está Ham?

Se acercaron hasta donde se encontraba Ham y Wire forzó el candado que mantenía al abogado —Ham era el experto legal del grupo de Doc Savage— encadenado al suelo de piedra.

—Había oído hablar de Ud. —le dijo Ham a Wire— No imaginé que sería capaz de volver aquí.

—¿Qué quiere Ud. decir? —preguntó Wire.

Ham le replicó. —Los *Arribanos*,— insistió —Los *Arribanos* creen que Ud. está enamorado de Tara. Y créame, no están dando saltos de alegría por ello.

—No veo por qué tienen que meter sus narices en esto. —dijo Wire.

—Pues esos jovencitos —puntualizó Ham— sí creen que hay muchas razones para meter sus narices.

—¡H —m— m —m! Rivalidad—. Luego, Wire se quedó callado.

La oscuridad de la cueva era absoluta. Una débil llama de

encendedor, se reflejó sombría contra las paredes negras, señalando la distante boca de la entrada por donde habían accedido a la caverna. A Long Tom le pareció distinguir en el fondo, en la dirección opuesta por la que habían entrado, la señal de una estrecha fisura, pero no estaba muy seguro de ello…

Preguntó —¿Hay otra boca en este agujero?

—Sí —le informó Monk.— Hay un pasaje que atraviesa la montaña. La entrada principal de Arriba.

Ham resopló —La entrada lateral, deberías decir.

—La perrera —le corrigió Monk.

—¿Eh?

—La caseta del perro. Llevamos ahí dentro varias semanas.

Long Tom no salía de su asombro. —¿Te refieres a que están guardando perros aquí?

—No, es una forma de expresarme —le corrigió Monk— Los *Arribanos* decidieron que éramos un par de incompetentes y nos metieron aquí. Cada vez más sorprendido, Long Tom les preguntó —Encerrados aquí… ¿me estáis diciendo que los *Arribanos* os mantenían prisioneros?

—No fue mi Tío Abner [9] el que me encerró. —respondió Monk con hastío.

—Pues yo creía que había sido El Gorrión quien os retuvo.

—No —dijo Monk— Un grupo de tipos pasó por aquí un par de veces durante la noche. Hubo un tiroteo más arriba, en el lado del túnel que corresponde a Arriba. Como es natural, Ham y yo procuramos no armar ningún alboroto. Pensamos que El Gorrión había venido equipado adecuadamente para conquistar el lugar, por la fuerza. ¿Fue así?

Terrence Wire asintió amargamente —Acertaron.

Su respiración sonaba fuertemente en la quietud de la caverna. Eso y el chirriante sonido metálico del trozo de cable que Wire estaba usando para forzar la antigua cerradura en un esfuerzo final para abrirla. Se trataba de un candado bastante moderno, como el de los utensilios que había alrededor y que posiblemente no tenían más de treinta o cuarenta años.

Long Tom dijo —Monk.

—¿Sí?

—Había una piedra.

—¿Huh?

—Hablaba con tu voz.

—Naturalmente —respondió Monk— ¿Y qué?

Long Tom se quedó callado tanto rato, que al final, Monk estalló —¿Qué es lo que te pasa, voltios y amperios?

—No me puedo quitar de encima la sensación que alguno de los presentes está totalmente loco —comentó Long Tom ácidamente— Las piedras no hablan.

—¿Era una piedra pequeña —dijo Monk— redondita, y de un color azul pálido?

—Sí.

—Esa hablaba —afirmó Monk— Le dije lo que tenía que decir.

Monk Mayfair, a quién le entusiasmaban las actuaciones dramáticas, disfrutó pícaramente con el desconcierto de Long Tom durante unos segundos. Luego, deliberadamente y para aumentar el efecto de confusión, empezó a hablar, pero no precisamente de la piedra.

—No sé —empezó diciendo— si alguien os ha contado cómo llegamos hasta aquí o de qué manera vinimos a parar a este lugar, donde tan necesitados de ayuda estamos.

Long Tom, con la voz ronca murmuró —Sobre esta piedra… ¿cómo…?

—Los *Arribanos*, contrataron a El Gorrión para que les arreglara la cuestión de la explotación crematística de la piedra, y poder sacarle un buen provecho —prosiguió Monk— Los *Arribanos* necesitaban algo de dinero *civilizado* y pensaban obtenerlo de esta forma. Sólo que El Gorrión no era el ejemplo de honestidad que ellos se creían. Les hizo el doble juego. Lo único que les salvó fue que no le habían entregado todavía el secreto al Gorrión. Este necesitaba apoderarse del mismo y cuando lo intentó, descubrieron sus intenciones.

Monk se tomó un respiro y luego hizo una reflexión —Fue una sorpresa que El Gorrión no se hiciera con el secreto. Les había dicho que necesitaba que le entregaran aquella cosa, pues la necesitaba presentar ante los registradores, para patentarla y hasta ahí, todo les pareció lógico. Creo que fue en el momento en que habían de jugársela y entregarle el secreto, que la Reina Madre, demostró lo lista que era. Se lo quiso sacar de encima. Por lo menos lo intentó.

Sacarse de encima a El Gorrión, es más difícil que quitarse las pulgas y es que no hay forma de conseguirlo, a no ser que dispongas de los polvos anti— pulgas adecuados.

Ham, que aún estaba sujeto al suelo de piedra, dejó ir un quejido amargo —Y nosotros éramos el polvo para esas pulgas.

Monk asintió con un gruñido —Nunca adivinaríais de qué manera nos vimos envueltos en este enredo.

Ham protestó indignado —Como *tú* te viste envuelto, especie de cabra desagradable.

Monk, que ni se había inmutado por el comentario sarcástico del leguleyo, prosiguió —Veréis, fue esta piedra habladora. La llevé en el bolsillo, durante varias semanas sin saber de qué se trataba. Creía que era una piedrecilla hermosa, simplemente.

—¿Cómo la conseguiste? —quiso saber Long Tom— Me refiero, a la primera vez.

—Fue gracias a mi reputación como científico —se rió entre dientes Monk— Un científico de toda confianza, asociado con Doc Savage.

—No lo entiendo.

—No puedo imaginar que alguien creyera que es un científico. —Intervino Ham— Más bien, que alguien *no creyera* que lo es.

Monk refunfuñó en broma y luego prosiguió —Me enviaron la piedra, acompañada de una carta. La carta contenía una serie de instrucciones. Querían que desmenuzara la piedra y les presentara un informe con mi opinión científica sobre las cualidades prácticas de la misma y su posible valor para el mundo. La carta con las instrucciones se perdió por el camino. Sólo recibí la piedra.

Hizo una pausa en su relato para preguntarle a Terrence Wire si le podía echar una mano, con el candado de Ham. Wire le dijo que por el momento no era posible, que era cuestión de tiempo y paciencia.

Monk volvió al hilo de su narración —Me enviaron la piedra con las instrucciones y el mensajero perdió las instrucciones. Ahora me doy cuenta, que los hombres de El Gorrión le robaron las instrucciones al mensajero, pero no pudieron conseguir la piedra. Y así, recibí la piedra pensando que era una pieza sin importancia, de una relativa belleza que podía llevar en el bolsillo y que alguien me había regalado. Aunque a decir verdad, si hubiera sabido quién me

la había mandado, nunca la habría llevado de la forma descuidada que lo hice.

—Tu narración se va de un extremo al otro demasiado rápidamente, parece la cola de un perro —comentó Ham— ¿Podrías centrarte un poco?

—Por supuesto —tuvo que reconocer Monk— Nos llamaron porque nos habían mandado la piedra. Y fue porque tenían un alto concepto de mis talentos.

—Opinión —añadió sardónico Ham— que en la actualidad ha variado y es tan baja que necesitaría unos zancos para poder andar a la altura de un gusano.

Terrence Wire respiró profundamente con alivio. Se oyó un ruido metálico en el interior del candado, como el de un resorte que hubiera girado en el cierre.— Ya está. Lo conseguí —comentó Wire.

Entonces Long Tom les contó que Doc Savage había muerto. Había estado reteniendo esta información, pues pensó que una vez Monk y Ham estuvieran liberados de sus cadenas, estarían en mejores condiciones para resistir el impacto de la noticia.

Le escucharon en medio de un gran silencio, horrorizados y después, ya no supieron qué decir, pues en realidad, ya estaba todo dicho. Es como si la Parca les rondara y les parecía que era tan real como si la tuvieran junto a ellos, con su calavera y su guadaña, allí, en medio de la oscuridad. A su lado.

Tras un largo silencio, Terrence Wire, en voz baja, llena de ansiedad, preguntó —¿Bueno, cuál es la diferencia? Me refiero a que Doc Savage vino hasta aquí para rescatarles y ahora ya están libres. Quiero decir que, bien en cierta manera, Uds. han conseguido su objetivo. ¿No es así? ¿O acaso, no?

Monk Mayfair le respondió casi en el acto, hablando por él y por los demás.

—Eso no lo vamos a ver hasta el final —comentó— El Gorrión ha matado a Doc Savage. ¿En serio Ud. se cree que nos vamos a volver mansamente y dejar que se largue sin que pague por ello?

Wire, con toda sinceridad, le contestó —No, tiene Ud. razón, no lo puedo creer.

Tendieron a Ham sobre el duro suelo de piedra de la caverna y empezaron a trabajárselo, amasándole sus músculos y estirándole sus articulaciones, como estudiantes de osteopatía que estuvieran

haciendo prácticas sobre un paciente de la caridad pública. Ham gimió y se lamentó, además de llamarlos por todos los nombres desagradables que le pasaron por la cabeza, pero para cuando hubieron acabado con él, estaba flexible y ya era capaz, no sólo de caminar, sino incluso correr.

—Por el tiroteo que escuchamos ayer noche —dijo Monk— deduzco que El Gorrión estaba atacando Arriba. Será mejor que nos concentremos en nosotros mismos.

Terrence Wire tuvo que hacer un comentario y lo hizo en forma desconsolada. —Necesitaríamos una gran cantidad de equipo para enfrentarnos a estos pajarracos. Han venido muy pertrechados, pueden Uds. creerme. Se estaban preparando desde hacía varios meses.

La luz del sol, en el exterior, era muy brillante. Se quedaron esperando en la boca de la cueva, en la media oscuridad de las proximidades de la entrada. Estaban acostumbrando su vista a la luz natural. Long Tom y Terrence Wire esperaban impacientes, pues estaban ansiosos por conocer cómo era aquél misterioso lugar llamado Arriba y todos ellos empezaron a poder ver, a través de la entrada de la cueva, una montaña con un cielo tan azul como una hoja de afeitar[10] y, sin duda, con un frío más cortante que el filo de la misma.

Empezaron a caminar hacia delante.

—De acuerdo, camaradas —dijo Monk— Preparados para el espectáculo.

No era lo que se esperaban. En algunos aspectos, Arriba era mucho más de lo esperado. Era algo diferente. Todos ellos habían estado esperando encontrar, influidos por su subconsciente, algo así como el cráter de un volcán, calentado por corrientes subterráneas, algo que fuera tan extraño que pudiera justificar que los *Arribanos* pudieran incluso conseguir alimentos a tal altura. Pero allí, no había nada parecido ante ellos. En su lugar había una inmensa obra pétrea, una ingente obra sobre las rocas, una fortaleza de piedra, construida para defenderse de los elementos, del amargo frío y de las ululantes tempestades.

El estilo era Inca o quizá incluso, pre —incaico. Por lo menos en ninguna parte se había usado el tipo de arco de piedra que utiliza una piedra angular. Todas las aberturas estaban sostenidas por

grandes losas planas de piedra obsidiana, obtenidas de la propia montaña. En líneas generales, Arriba era como un grupo formado por una gran cantidad de cajas de fósforos, de color absolutamente negro, pero de tamaño gigantesco y puestas en el jardín de piedra de un cuento de hadas. Un lugar maravilloso de montañas de piedra con grotescas formas, en ocasiones bellamente liadas y retorcidas. Y todo ello cubierto por el hielo y la blanca nieve, en la que no se veía ninguna señal de haber sido hollada por el hombre.

—Mirad allí —señaló Long Tom— Invernaderos.

—Algo muy parecido —admitió Monk— Tienen un sistema ultrasónico para calentar el agua con lentes solares. Se podría pensar que no es práctico, en un principio. Pero el sol siempre luce aquí y el individuo que ideó el sistema, era un brujo al mezclar el sonido y el calor. Calienta toda la colonia y, además, proporciona calor a sus invernaderos.

Long Tom dirigió una mirada hacia abajo, pues estaban un poco por sobre de Arriba y era posible observar los techos de las casas. Se podía comprobar que, mientras las paredes de las casas eran de piedra, las techumbres eran de un material transparente, parecido al vidrio. Señalando hacia allí, Long Tom preguntó —¿Vidrio? ¿Tienen vidrio aquí?

Monk asintió —Un producto de cuarzo. Parecido al cristal doméstico que permite tanto el paso de los rayos visibles como el de los invisibles.— El peludo químico miró al experto eléctrico, de forma extraña —Este vidrio ha sido fabricado hace unos mil o mil quinientos años.

Long Tom estaba pensativo cuando le dijo —Sigues hablando en término de cientos de años. ¿Insinúas que estamos ante una raza perdida o algo por el estilo?

—Eremitas, es a lo que más se parecen.

—¿Eh?

—Este lugar —afirmó Monk— fue seguramente una de las ciudades altas de los Incas, en sus orígenes. No te puedo decir cual de las tribus Incas pudo construirla, pero posiblemente tenía una finalidad religiosa. Eran adoradores del sol. El sol lo hace todo aquí. Puedes comprobar cómo las casas están abiertas por el tejado y tan sólo protegidas por esta delgada techumbre. El sol calienta todo, como te decía y hace casi todo lo demás.

Tomaron el camino que parecía ofrecer menos posibilidades para que les descubrieran y empezaron a descender por él.

Monk añadió —Estos *Arribanos* no son Incas de pura cepa.

—¿Y porqué es así?

—Una expedición de exploradores de otro pueblo, llegó a este lugar, hará cosa de doscientos o más años. Imagino que el tipo que dirigía la expedición era una especie de pensador avanzado a su tiempo. Debió determinar quedarse aquí y aprovechar la cultura Inca, le añadió la suya propia, evitando, además, inmiscuirse en guerras, peleas, políticas y todas las otras funestas invenciones del cerebro humano y consiguió algo extraordinario desde el punto de vista de la economía humana. Me atrevería a decir que tuvo un éxito clamoroso, sí señor.

Reinaba un frío rabioso. No un frío de cero grados o algo así, sino por lo menos de veinte bajo cero. Monk y Ham que apenas llevaban vestimenta suficiente para mantenerse vivos en la cueva, empezaron a ponerse morados de frío.

—Tengo una idea —dijo Terrence Wire.

—¿Ah, sí?

—Tenemos una amiga a medias aquí. —Terrence Wire siguió— Tara. Sugiero que la busquemos y a ser posible la encontremos y a partir de ahí, empecemos a actuar.

Monk quedó muy interesado —Tara, ¿su amiga, no? Créame, no me importaría tener unas cuantas amistades como ella.

CAPÍTULO XII

EL SITIO DE ARRIBA

SE oyeron dos disparos y un grito que igual podía ser de júbilo que de agonía. Los sonidos venían de algún lugar de la imponente formación de edificios y sonaban bastante debilitados por la distancia.

Long Tom hizo que los demás se detuvieran.

—Vamos directamente al punto en el que tendremos que coger al toro por los cuernos y no creo que sea lo más inteligente —comentó.

—Cogerle por los cuernos... es mi método —dijo con fiereza Monk. A éste le encantaba pelear y en estos momentos estaba lo bastante frío como para necesitar una pelea, intensamente.

—Agarrarle por la cola, —comentó Long Tom— sería mucho mejor.

—¿Eh?

—Podríamos retorcerle la cola mucho más fácilmente que los cuernos. Y mucho más, si resulta que tenemos entre manos un toro enorme.

—¿A qué te refieres?

—Sus dos aviones. ¿Dónde deben estar?

Monk hizo chasquear sus dedos tan fuerte como pudo, que no era mucho, la verdad sea dicha, entumecidos como los tenía por el frío. —Un poco más allá, algo por encima de donde estamos, hay un lugar nivelado y plano. Apuesto lo que sea a que aterrizan allí.

No fueron necesarios más comentarios. Se dirigieron hacia la izquierda. Monk y Ham tenían una idea general de la orientación del territorio. Long Tom y Terrence Wire les prestaron algunas de sus propias prendas de vestir, que compartieron y pudieron así

defenderse mejor del intenso frío.

Pasaron junto a varias de las negras cajas, que eran los extraños edificios de la no menos extraña Arriba. La piedra, como pudieron ver, era brillante. Era muy parecida al vidrio. Los edificios, no resultaron ser tan grandes como les había parecido al principio.

Súbitamente, Ham se echó de bruces sobre la nieve, respirando con agitación —¡Allí están! ¡Ambos aparatos! ¡O, si lo preferís, dos aviones sean cuales sean!

—Son los aparatos de El Gorrión —afirmó Long Tom.

Se mantuvieron tumbados e inmóviles sobre la nieve durante un rato, el suficiente como para descubrir que parecía haber dos centinelas armados, junto a los aparatos.

—¿Cómo nos las vamos a arreglar? —La voz de Wire era un murmullo.

Monk lo miró enfurruñado —No nos van a permitir llegar hasta allí, como si fuéramos dando un paseo, podéis jurarlo.— Estaba tiritando. —Un rato más en estas condiciones y me voy a quedar a prueba de balas, es decir, congelado totalmente como un carámbano.

Tara habló con suavidad detrás de él —Dejaros ver.— dijo —Y luego empezad a disparar.

Un gato salvaje que les hubiera saltado a la espalda, clavándoles las garras, no habría conseguido un resultado más extraordinario. Long Tom se lanzó sobre la nieve impulsivamente hundiéndose entre la misma, mientras Terrence Wire y Ham se echaron a reír. Monk, que podría haber recibido un disparo sin mostrar ninguna emoción, se quedó inmóvil sobre la nieve por unos momentos, luego, rodando sobre sí mismo con lentitud, miró a la chica.

Monk hizo el comentario típico en este tipo de situaciones —Por fin nos ha ocurrido algo maravilloso.

Con su inglés, tan escrupulosa y lentamente pronunciado, la muchacha pidió —¡Empiecen a dispararles! ¡Por favor!

Lo dijo con un tono tan imperativo que Monk y los demás se miraron entre sí.

Long Tom refunfuñó —¡De acuerdo! ¡No vamos a preguntar nada!

Apuntó con su revólver con mucho cuidado e hizo fuego. La distancia era demasiado grande para un disparo hecho con un

revólver, pero Long Tom hizo un ruido de desagrado al ver que había errado el tiro.

Instantáneamente, los vigilantes de los dos aviones salieron de los dos aparatos, quitándole los seguros a sus rifles, buscando con la vista el origen del disparo.

—El resto de vosotros, está desarmado —les dijo Long Tom— Más vale que os volváis. Poneros a cubierto. No acabo de entender de qué se trata, pero lo haré lo mejor posible con los proyectiles que me quedan.

Tara le insistió —¡Dejaros ver!

—¿Cómo dice? ¿Quiere que disparen sobre nosotros? —se sorprendió Long Tom.

La chica pareció que estaba buscando las palabras adecuadas para explicarle lo que les quería decir.

—¡Cebo! —pudo decir finalmente.

Entonces la entendieron.

Monk, Ham y Wire, brincaron y empezaron a lanzar gritos para llamar la atención de los dos vigilantes y, además, se lanzaron hacia delante. Tuvieron, sin embargo, la precaución de hacerlo amparándose entre los peñascos, que les protegerían de las balas.

Los dos hombres armados, empezaron a disparar. Las rabiosas detonaciones de sus armas, botaron y rebotaron entre los picachos montañosos. El revólver de Long Tom se transformó en sus manos, en una serie de desgarradores estallidos. Por unos minutos, el lugar se convirtió en un pequeño campo de batalla.

Los dos tiradores, parecían muy ansiosos por alejarse de la proximidad de su avión.

—Debe ser porque tienen dinamita o bombas o algún tipo de explosivos en los aparatos —mascullό Monk.

—¡Que os puedan ver! —insistió Tara.

Ella misma intentó dar ejemplo, dando unos pasos adelante, temerariamente. Monk la pudo agarrar a tiempo y la tumbó en el suelo. Se mantuvieron a cubierto. Ham no dejaba de vigilar los aviones.

—¡Allí está! —soltó de repente.

—¡Al suelo, idiota! —le regañó Monk,— Quien quiera que sea, no le descubras.

Long Tom, que aprovechaba sus cartuchos al máximo y no

disparaba más que después de apuntar cuidadosamente, también vio la silueta de alguien. Estaba tan bien disfrazado, que casi no se podía ver. La silueta, un hombre, iba totalmente de blanco, cubierta de nieve y se dirigía hacia los aparatos.

El hombre de blanco, alcanzó el primero de los mismos y se desvaneció en su interior. No fue más que por un momento, pues pronto reapareció, dirigiéndose hacia el otro aparato.

Long Tom sonrió de forma lobuna. El hombre estaba sustrayendo piezas esenciales de los aviones y abriendo las espitas de combustible de los depósitos, dejándolos inutilizados. Era una hazaña sorprendente, llena de intrepidez, disimulo y ejecución rápida.

Una extraordinaria premonición empezó a embargarle.

Cuando vio que el autor del pillaje, todo él de blanco, dejó los aparatos y salió con éxito echando a correr, zigzagueando entre las rocas antes de desaparecer, su presentimiento era ya una certeza.

—¡Doc Savage! —Tartamudeó incrédulo.

Entonces, todos ellos echaron a correr apresuradamente. Iban tan rápidos como podían, que no era mucho, pues la extremada altitud, todavía ejercía sobre ellos efectos muy negativos. Tan pronto como estuvieron a salvo —los dos vigilantes de los aviones, no parecían dispuestos a ir tras ellos— se detuvieron, se lanzaron al suelo y lucharon afanosamente intentando recuperar el aliento.

Pronto apareció Doc Savage. El hombre de bronce ofrecía el peor aspecto que jamás le habían visto sus compañeros. Estaba un tanto abatido.

Long Tom miró con ojos saltones el blanco atuendo que llevaba puesto Doc, realizado con la tela del paracaídas.

—¡Rayos y centellas! Wire y yo hemos estado haciendo todo tipo de especulaciones estúpidas, pero creo que yo he hecho la peor.

—¿A qué te quieres referir? —quiso saber Doc.

—Allí en aquel precipicio. Wire y yo no supimos ver en que forma te podrías haber escapado y pensamos lo peor. Pero por lo que veo, tú te limitaste a ir hasta el borde con el paracaídas y te lanzaste ¿no es así?

Doc asintió —No tuve que hacer mucho más. No fue necesario ni que saltara. Había una fuerte corriente de aire ascendente, tan fuerte como para mantener abierto el paracaídas y reducir la

velocidad de caída, de forma decisiva.

Tara se fue rápidamente junto al hombre de bronce, preguntándole —¿Has inutilizado los aviones?

Doc mostró las pequeñas piezas que había sustraído de los dos aparatos y asintió con la cabeza.

Long Tom y los demás ya empezaban a recuperar el aliento. Volvieron a su escondite.

Tara tomó la dirección que la llevaba hacia el grupo de negros edificios que integraban Arriba.

—No entiendo lo que pasa —dijo Monk.— ¿Qué es lo que ocurre?

Doc Savage le tuvo que explicar la situación. Había trepado por una ladera de la montaña, bordeando el precipicio, arreglándoselas para cortarles el paso a Tara y a la extraordinaria anciana. Le propusieron unir sus fuerzas. No había mucho más que pudiera hacerse de una forma sensata, pues los hombres de El Gorrión, habían iniciado ya su ataque a Arriba.

—¿Es decir, que ya están dentro del lugar? —quiso saber Monk. — ¿El tiroteo que habíamos oído, significa que encontraron resistencia, como dicen los militares?

Efectivamente, están peleando dentro.

Long Tom se dirigió a Tara para comentarle —Ha significado Ud. una gran ayuda para nosotros.

Ella le contestó —Estaba… convencida… tenía que convencer a otros… llamarte para su ayuda… desde el principio.

Long Tom sonrió con picardía. Le encantaba su forma vacilante, su manera cuidadosa de escoger las palabras, la suave cadencia al pronunciar. De hecho, en aquellos momentos, Long Tom, desde que habían visto que Doc Savage estaba vivo, se encontraba en un estado de animo especial, por el que cualquier cosa le hacía gracia. Pensar que Doc estaba muerto, había sido un gran error de su parte. Y como una persona que ha cometido un error garrafal, el mecanismo mental subsiguiente, consistía en considerar que todo aquello no era más que una gigantesca broma. Un gran chiste de sí mismo. Algo más que un pequeño error terrible.

—¿Y qué piensa la Reina Madre sobre esto? —preguntó Long Tom.

La chica hizo un gesto despectivo —No le he preguntado… nada.

El aire agradablemente balsámico, deliciosamente tónico, además, que había en el interior de los extraños edificios negros en forma de cajas de fósforos, fue una gran sorpresa. Parecía como si se dispusiera de un sistema super —eficiente de aire acondicionado. Pero el aire no estaba en presión ni enriquecido con oxígeno. Era el mismo que había en el exterior, en las cimas de las montañas. Puro y quebradizo, igual de cortante que en las puntas más altas de las montañas.

La curiosidad por ver lo que había a su alrededor, borró durante los siguientes instantes, cualquier sensación de temor o peligro y solo les preocupó ver los extraños pasadizos y habitaciones por las que tuvieron que atravesar. Lo primero de todo, fue el sistema de cierre de la gran puerta de la entrada, de piedra viva. Esta por sí sola, tenía un espesor de un metro y pico. Había dos puertas, una de ellas incrustada casi un palmo dentro de la otra y que evidentemente estaban cerradas al vacío. Los constructores, parece como si hubieran conocido las ventajas aislantes de los cámaras de aire herméticas.

Long Tom se dejó caer de repente sobre una de sus rodillas. Avanzó un pie sobre el suelo del pasillo y lo frotó tenuemente con la suela. Estaba como redondeado, formando una cavidad suave. Desgastado por infinitos pies. Siendo como era aquella piedra, tan dura, debió requerir del paso de muchos pies, para dejar grabados aquellos surcos.

Entonces oyeron una explosión. Les llegó bastante amortiguada.

Tara dijo —Ellos… reventar… puertas.

Pronto descubrieron los componentes del grupo a qué se refería. Los pasillos estaban cerrados a intervalos, con grandes puertas de piedra, ninguna de las cuales tenía un espesor inferior a un metro. Giraban sobre surcos que disponían de un simple, pero efectivo sistema de pesos y contrapesos, adecuadamente equilibrados.

Tara y Doc Savage parecían saber perfectamente hacia donde debían dirigirse.

El entorno era cada vez más impresionante. Las habitaciones más amplias y las columnas de soporte mas frecuentes. Debe ser el palacio definitivo del lugar —comentó Ham.

—Era… originalmente… el aposento… de los jerarcas importantes. —dijo Tara con mucha lentitud.

Ham la miró con una sonrisa complaciente. Tenía una forma cómica de hablar en inglés. Se esforzaba en pronunciar cada palabra, y aunque sin llegar hasta el extremo de silabearlas, parecía arrastrarlas, tanto si eran largas como breves.

Finalmente llegaron hasta donde estaba la Reina Madre y Tara inició una especie de discurso. Su alegato fue dicho en la característica lengua musical y cadenciosa, propia de los *Arribanos*, con un contenido aparentemente fogoso.

Resultó que la polémica se centraba en los chalecos rojos. El tema de los chalecos, no fue lo primero que se discutió, pues antes fue convocada una docena, por lo menos, de hombres mayores.

Como decimos, todos eran gente mayor y tenían las mismas arrugas cómicas en sus caras, como las de la vieja, la Reina Madre. Y no es que hubiera un parecido familiar entre todos ellos, ni siquiera aproximado. Pero era evidente que todos participaban de un mismo origen y que compartían la misma cultura científica y física.

Tenían el mismo tipo de piel, muy clara y ninguno de ellos era gordo. Todos tenían el mismo porte en líneas generales, lo que indicaba que hacían los mismos ejercicios físicos y de igual manera. Diríase que eran ejercicios físicos con un atisbo de instrucción militar entremezclado. Aunque sus pieles eran claras, gozaban de un matiz dorado, que según la luz, podía llegar incluso a tomar tonalidades casi metálicas. Muchos de ellos, tenían una complexión física casi igual que la de Doc Savage. En conjunto, parecían gozar de una inteligencia notable.

Sus facciones no eran precisamente Anglosajonas si bien tampoco eran nativas. Por lo menos, no eran las típicas de los Incas. Diríamos más propiamente que eran una mezcla de razas, como si un cuidadoso sistema de cruces raciales hubiera tenido lugar durante varios siglos. Esto, luego lo supieron, es lo que en realidad había ocurrido y explicaba la particularidad de esas gentes. De tarde en tarde, con grandes intervalos, sangre ajena se había mezclado con los habitantes originales de la colonia. Arriba no estaba totalmente aislada del mundo exterior. Su gente estaba al corriente de lo que ocurría fuera aunque por su parte, habían realizado extraordinarios esfuerzos para mantener la existencia de Arriba en secreto.

En la actualidad, podían encontrarse en el lugar aparatos de radio —sólo receptores— por poner un ejemplo. Un moderno equipamiento médico o una importante biblioteca, con literatura de todo tipo, incluida la más reciente.

Los alimentos no estaban limitados por entero a los productos que crecían en sus gigantescos —y espectacularmente avanzados científicamente— invernaderos. También disponían de artículos de sibaritas, que conseguían del mundo exterior. Precisamente, para disponer de dinero para obtener estos lujos, es por lo que habían pensado en darle un uso comercial al secreto de la piedra habladora. Y fue a lo largo del tiempo, que habían llegado hasta esta situación actual.

Lo primero que sucedió fue que les entregaron unos chalecos rojos a Doc y a los otros. La primera intención de Ham fue la de echarse a reír, pero las expresiones serias de las caras de Tara, la Reina Madre y el resto de los ancianos —que en apariencia formaban parte de un consejo superior— hizo que se contuviera y optara por preguntar —¿Cuál es su intención?

Tara se le quedó mirando extrañada —¿Es que Ud… desconoce… el significado… de los chalecos rojos?

Long Tom movió su cabeza —Ahora sí que me han pescado fuera de juego. El pequeño Jones llevaba uno puesto. Y Ud. y los otros— al decirlo, miraba a los ancianos, que también llevaban un chaleco rojo —que están aquí, parece que también. Pero eso no tiene ningún significado para mí, puedo jurarlo.

—Son un distintivo de Arriba —le comentó Tara.

—¿Ah sí? —Long Tom no pareció impresionarse gran cosa ante esta información.

—Durante generaciones… ningún habitante de Arriba… ha ido sin él… mientras ha estado despierto… no al dormir… —añadió Tara.

—¿Ah sí? —repitió Long Tom, cada vez menos impresionado.

Pensaba que todo ello tenía el regusto de bárbaras costumbres relacionadas con falsos dioses. Y esta idea le molestaba pues Tara y los otros *Arribanos* le habían impresionado al principio, como individuos de gran inteligencia.

Tara, algo irritada por la actitud de Long Tom, habló ahora en un inglés muy claro y sin las vacilaciones habituales.

—Estos chalecos, son a prueba de balas.

¿Huh? —Long Tom se quedó asombrado y miró con respeto la vestimenta roja de la chica. No se habría imaginado nunca, que aquellas prendas tuvieran estas características.

Y también —prosiguió Tara— este material... es un excelente antiséptico... y germicida... Basta con la aplicación del tejido... a una herida... es el mejor tratamiento... que se puede aplicar.

Long Tom se quedó boquiabierto.

Pero, fundamentalmente, —finalizó Tara— necesitarán los chalecos... para llegar arriba... hasta Arriba... con total seguridad... Los chalecos los identificarán... serán personas aceptadas en Arriba.

Un hombre, un Arribano, llegó y sin ninguna formalidad dijo algo, con la voz entrecortada por la falta de respiración. Estaba preso de una gran excitación.

Tara se volvió hacia Doc y los otros. —El Gorrión,— dijo —quiere mantener una conferencia... quiere ofrecernos sus condiciones.

CAPÍTULO XIII

LA PIEDRA HABLA DE MUERTE

EL Gorrión tenía una característica peculiar. Reinaba una especie de obscena democracia en su banda, en virtud de la cual, le podían responder groseramente, discutir sus decisiones y hasta injuriarle en su propia cara. Este proceder de sus hombres, no demostraba falta de autoridad por su parte. No era más que una simple costumbre de la banda. El Gorrión no intentó nunca desalentarles de la misma. Seguramente era una medida inteligente, pues alguno de sus socios, mientras pretendían insultarle, en ocasiones habían sacado a la luz alguna idea que podía ser aprovechada.

El Gorrión, tenía otra capacidad, necesaria bajo determinadas circunstancias. Era capaz de poner punto final a las protestas y responder con grosería tan sólo con una palabra o una mirada. Su cambio de actitud, conseguía que se hiciera el trabajo. Esto y lo que sus hombres le sabían capaz de hacer. Incluso el más sediento de sangre, Bear Cub, parecía un cordero al lado de El Gorrión, cuando al jefe se le volvía roja la vista.

Por el momento, El Gorrión y la mayoría —no todos— de sus hombres estaban acomodados en el cuarto de una de las estructuras de piedra negras y cuadradas que constituían Arriba. El aire acondicionado lo habían cortado los defensores de Arriba, para que hiciera mucho frío en el habitáculo. Pero esto, aparte de ser molesto, no les preocupaba demasiado.

—¡Maldita sea! —dijo Bear Cub, sacando vapor por la boca— Creo que has cometido un error ofreciéndote a charlotear con ellos.

—¿Charlotear? —dijo El Gorrión, aparentando no comprender el significado de la palabra.

—Es el argot para conferenciar —le explicó Bear Cub—

Chamullar, confabular, conversar, hablar, chismear, intrigar y todo eso.

—Eres un bocazas —le dijo El Gorrión— Tienes una boca mucho más grande que el cerebro. Menos hablar y más pensar es algo que te vendría de perillas.

Bear Cub resopló.

Los hombres observaban como uno de sus compinches estaba preparando una carga de dinamita, cuyo objetivo era destruir otra de las asombrosas puertas dobles que parecían ser la norma de los edificios de Arriba. Eran como del más puro acero y el lugar estaba lleno a rebosar de las mismas.

La dinamita haría astillas las puertas, por supuesto, pero el problema es que no disponían de suficiente dinamita para todas las explosiones que aparentemente iban a ser necesarias.

Entró un hombre. Era uno de los centinelas del par de aviones y empezó a hablar muy desasosegado.

El Gorrión le hizo una señal rápidamente y consiguió papel y lápiz.

A partir de ahí, se inicio un diálogo sorprendente. Sorprendente, porque todo fue por escrito.

—¿Estás seguro? —escribió El Gorrión.

—Los dos aviones están inutilizados —escribió el excitado vigilante.

—¿Inutilizados de qué forma?

—Le han quitado piezas del motor.

—¿Quién lo ha hecho?

—No lo sé.

—¿Dónde estabais cuando ocurrió?

El hombre empezó a hacer gestos vagos, llenos de confusión, con el propio lápiz como si estuviera pensando en escribir un buen embuste.

Y entonces El Gorrión le atizó un golpe. Le pegó de tal forma que no pareció que le hubiera dado muy duramente, pero levantó al hombre del suelo. Primero fueron sus talones y luego las puntas de sus pies, los que se levantaron en el aire y luego cayó sobre el suelo. Se cayó de espaldas envarado, directamente. Uno de los hombres —fue Wilfair Wickard— puso la punta del pie rápidamente y evitó que la cabeza del hombre se estrellara duramente contra el suelo.

El Gorrión se sopló los nudillos.

—Espero que no fuera uno de nuestros dos pilotos —dijo secamente— Le arrancaría los sesos de entre las orejas. Literalmente, lo haría.

Nadie dijo una palabra. No era el momento de hablar o decir nada. Todos sabían que era verdad lo que decía.

Cuando los *Arribanos* llegaron para conferenciar, El Gorrión los contempló con menosprecio y algo de disgusto. Ni Tara ni la Reina Madre estaban entre ellos y El Gorrión sólo con verlos podía asegurar que no eran los individuos más destacados en el entorno extraño de Arriba.

Los conferenciantes no eran jefes y eso no había complacido a El Gorrión. Oculta en el fondo de su mente y como último recurso, estaba la malévola intención de secuestrar a los conferenciantes y quedárselos como rehenes. Pudo darse cuenta que le habían adivinado sus intenciones y que habían mandado a personas que no eran importantes. Incluso era posible que estos *Arribanos* hubieran sido advertidos de dicha posibilidad y se hubieran prestado voluntariamente.

El Gorrión les dirigió una pregunta muy breve —*¿Hablar Ud. el espaniol*?

—No, hablamos inglés —le dijo uno de los parlamentarios.

—De acuerdo, muchachitos —les soltó El Gorrión— Quiero las piedras habladoras, como parece que las llama todo el mundo por aquí. Quiero planos, reproducciones o dibujos o lo que sea que tengáis que muestre cómo están construidas.

—¿Y a cambio?

—No habrá nada a cambio. Me largaré. Y me llevaré a mis hombres conmigo.

—¿Es todo lo que nos va a dar? —le preguntó uno de los *Arribanos*.

—Esto no es nada comparado con lo que os voy a dar como no os avengáis a mis razones.

Los *Arribanos* se quedaron en silencio momentáneamente —¿Es un ultimátum?— dijo uno de ellos finalmente.

—Simplemente os estoy contando lo que hay.

Los *Arribanos* sostuvieron una conferencia. Luego le dijeron a El Gorrión, —Necesitamos comunicarnos con la Reina Madre y los

ancianos.

El Gorrión asintió —Será mejor que vuestros ancianos se comporten inteligentemente, creedme. Haré pedacitos este lugar si no me dais lo que os pido. Tengo los medios para hacer lo que os digo.

—Me habéis puesto en una situación embarazosa —añadió— y os habéis puesto a vosotros mismos igual. Sé que os las habéis arreglado para llegar hasta mis aviones no sé de que manera y averiarlos de forma que no puedan volar. De acuerdo, tampoco los pensaba emplear para hacer una limpieza general en este lugar, o sea que... pero esto no os va servir de nada para salvaros el cuello.

Los *Arribanos* acogieron sus palabras sin decir nada y se fueron. No hubo unas espera muy larga.

Sólo uno de los *Arribanos* volvió. Era un hombre joven con una actitud tensa.

Simplemente dijo —Lo rechazamos.

Sin cambiar la expresión de su cara, El Gorrión se volvió hacia Bear Cub y le preguntó —¿Te importaría hacer algo con respecto a esto, Bear Cub?

De igual forma y sin que le cambiara la expresión de la cara, Bear Cub se sacó el revólver y le disparó un tiro al *Arribano* que les había traído la negativa. Le disparó por segunda vez y perdió un tercer proyectil que rebotó de refilón en el suelo y una pared y les hizo pegar un salto para eludirlo. El *Arribano* dejó ir un sollozo cuando murió. El Gorrión maldijo la bala perdida.

Lo que ocurrió después, pareció confundir a los hombres de El Gorrión.

El Gorrión dijo en voz muy alta —De acuerdo, muchachos, Nos encontramos en el ala norte del lugar. Hay otras dos alas más, una en el lado sur y la otra en el lado oeste.

Dejó que se empaparan bien de lo que les acababa de decir.

Y añadió, más fuerte si cabe —Los *Arribanos* están en el ala oeste. Conozco más de este sitio de lo que se imaginan y es seguro que ellos estarán en el ala oeste. Por lo tanto atacaremos esta ala. Reventaremos a base de cartuchos de dinamita las puertas, tal y como lo hemos venido haciendo hasta ahora.

Miró alrededor de sus hombres.

—Atacaremos el ala oeste —repitió.

Al decir esto, hizo violentos gestos indicando que nadie hiciera ningún comentario. De uno de sus bolsillos extrajo un paquete de notas escritas sobre hojas de papel que ya tenía preparado. Todas las notas llevaban escrito el mismo mensaje:

No digáis ni una palabra. Ellos van a emplear las piedras que hablan. Se dirigirán hacia el ala sur, pensando que creemos que no estarán allí. El sistema de ventilación conduce el aire hacia aquella ala precisamente. Tengo localizado el conducto principal del sistema de aireación. Le verteremos gas venenoso. No tienen máscaras.

Miró a sus hombres y mostró sus dientes en un remedo de sonrisa feroz.

—Vamos, —dijo en voz alta, continuando con su engaño— Vamos a tomar el ala oeste.

CAPÍTULO XIV

EL TRUCO DE LA PIEDRA HABLADORA

LONG Tom miró con ojos de asombro la piedra habladora.

—¡O sea, que esto es lo que son! —comentó de manera entrecortada.

Monk Mayfair le preguntó —¿Sabes algo sobre ingeniería del sonido?

—¿Huh?

—La ciencia del sonido.

—Ya sé lo que significan las palabras “ingeniería del sonido” —le comentó agriamente Long Tom.— Pero lo que me gustaría saber es cómo funciona la condenada cosa. ¡Es que es imposible!

Monk se sonrió irónicamente —Sonido— dijo —¿Qué es el sonido?

—Ruido.

—Quiero decir, científicamente.

—Vibraciones.

—¿Y cómo viajan a través del aire?

—¡Ondas en movimiento! —Long Tom estaba cada vez más irritado.— ¿Qué especie de lección de primer curso es ésta?

—¿Y qué es movimiento de ondas?

—¿Uh?

—Ya hemos llegado al punto —comentó Monk— La gente dice “Oh, bien, el sonido no es más que un movimiento ondulatorio”. “La electricidad es una cosa que corre por los cables”. “La gravedad te mantiene los pies en el suelo”. “El amor te hace cometer disparates. ” —Soltó un bufido despreciativo— En la actualidad, sabemos muy poco de la física del sonido.

Long Tom le miró enfurruñado.

—Para que el sonido se transmita, se requiere un medio elástico —prosiguió Monk— Las compresiones y dilataciones provocadas por las vibraciones del cuerpo emisor del sonido se van comunicando de una franja a otra del medio y transmitidas hasta un punto distante.

—¿Bueno y eso qué tiene que ver?

Pero Monk ya continuaba —Hay otra cosa que quiero puntualizarte: El estudio de los movimientos mecánicos alternantes, en conexión con el sonido es muy parecido, diría que análogo en determinados aspectos, al estudio de las corrientes eléctricas alternas. Dicho de otra forma, gozan de similitudes sorprendentes.

—Ahora sí que me lo estás poniendo claro. Como la tinta de un calamar. —le dijo Long Tom— Y no quieras explicarme a mí lo que es la electricidad. He dedicado toda una vida al estudio de este asunto y no necesito que me enseñes más cosas por el momento.

Monk se rió maliciosamente —Lo que te estoy diciendo es que esta gente ha encontrado un medio nuevo para transportar las ondas de sonido.

Long Tom estaba cada vez más impaciente —¿Bueno y qué tiene esto de particular? Hay un montón de medios que transportan o transmiten el sonido. El agua es buena conductora. El aire, la madera. Un montón de cosas.

Monk señaló la piedra que hablaba —¿Quieres saber cómo funciona o no?

—Sigue, sigue —dijo Long Tom— si es que me quieres explicar lo que es una piedra.

—Estas gentes —continuó Monk— descubrieron que el sonido ordinario es transportado en medios similares a los que transportan las ondas de radio. Dicho de otra forma, hay dos partes en cada sonido por decirlo de una manera sencilla. Una parte es la que se oye y la otra es la que sólo se puede oír si la transformas.

El peludo químico tomó la piedra que hablaba en sus manos.

—Este objeto —prosiguió— recoge el sonido de donde menos te podías imaginar que lo hubiera. En otras palabras, es sensible a las ondas etéreas del sonido —no es que sean exactamente ondas etéreas, pero las llamaremos así y que son hasta este momento el resultado desconocido de la vibración de los cuerpos que producen el sonido. Estas ondas viajan mucho más que las normales,

muchísimo más lejos que las del sonido ordinario.

Long Tom se quedó observando el pequeño artefacto.

—Simplemente lo escucharemos —dijo— y le oiremos repetir todas y cada una de las palabras que El Gorrión y sus hombres pronuncien. ¿Por qué razón? ¿Quieres decir que es gracias a ese sonido etéreo, como tú lo denominas, que podremos escucharle?

—En efecto.

—¿A qué distancia puedes escuchar sonidos con este artefacto? —preguntó Long Tom.

—Kilómetros —sonrió ferozmente Monk— A través de los edificios, paredes de piedra, agua… puedes seguirlo oyendo.

La magnitud del asunto, pareció que entraba de golpe en la cabeza de Long Tom. Dio un paso atrás observando la piedra habladora como si se tratara de una cosa capaz de saltar, echársele encima y morderle. Pasó sus dedos por sus cabellos.

La cosa tiene una trascendencia increíble —murmuró— No me extraña que El Gorrión esté dando la guerra que nos está dando.

Doc Savage estaba examinando la piedra habladora. Esta era bastante más grande que aquella pequeña piedra redondeada y de un color azul pálido que había sido llevada por el infortunado Jones cuando fue a los Mares del Sur hasta la isla de Jinx.

El tamaño de la piedra hacía que su mecanismo fuera algo más visible. Pero era demasiado complicado, para que una simple observación superficial, descubriera su secreto. Había eso sí, una particularidad evidente. Aquel elemento no disponía de ningún tipo de altavoz. Por lo menos, no de los tradicionales en un aparato receptor de radio. La transformación del sonido a partir de la onda inaudible hasta la audible, se realizaba en su última fase, gracias a algún tipo de cuarzo vibrátil. No había duda que el cuarzo era de un tipo similar a la sal de Rochelle, que tiene la facultad de variar sus medidas de longitud, cuando es sometida a una tensión electrostática. En el caso que nos ocupa, no era una tensión electrostática lo que provocaba el cambio, sino el sistema que los *Arribanos* habían descubierto[11].

Long Tom se volvió a rascar, pensativo, la cabeza.

—¿Por qué todos los aparatos tienen la forma de una piedra? —preguntó.

La propia Tara quiso darle la explicación —Por igual razón…

que los chasis de los aparatos de radio… tienen toma de tierra… esto es lo más parecido que le puedo explicar… hay unas propiedades aislantes… imprescindibles… en la piedra…— que no es una piedra en realidad… sino un compuesto especial, parecido —que hace de… carcasa… del aparato.

Doc Savage no había abierto la boca. Tenía por costumbre no interrumpir una conversación en la cual, los puntos destacados estuvieran siendo presentados por otras personas. Estaba muy impresionado. Y se había sorprendido enormemente desde un buen principio, en la isla de Jinx, la primera ocasión en la que pudo examinar el artefacto. Ya entonces comprendió de qué podía tratarse. Qué es lo que podía ser.

Pero había algo asombroso, que aún no se había aclarado. La piedra, allá en los Mares del Sur, había hablado con la voz de Monk. Esto era algo imposible. Se requería una potente emisora de radio, de onda corta, para poder transmitir desde este lugar y que pudiera alcanzar los Mares del Sur del Pacífico.

Y lo dijo —La piedra Jones, por así llamarla, habló con la voz de Monk en los Mares del Sur. ¿Cómo pudo ser?

Tara asintió —Este es… uno de los inconveniente de la piedra. O quizá no sea un inconveniente… pues podemos suspender… la acción. Pero el aparato tiene… lo que Ud. llamaría… una realimentación… un efecto de reverberación sobre sí mismo… las vibraciones del sonido… a través del medio del sonido etéreo… pasa por un proceso de realimentación… y llega a repetir lo último que se haya dicho… Vendría a ser como un eco… excepto porque se repite a sí mismo… a intervalos intermitentes… a veces durante varios días…

—¿O sea —dijo Long Tom— que lo que Renny oyó, fue un eco repetitivo?

Tara asintió —Podríamos llamarlo de esta manera.

Terrence Wire se adelantó un paso y les interrumpió. —Mirad, nos encontramos en el ala oeste. Y es esto precisamente lo que todos habéis oído que El Gorrión ha dicho que creía. Será mejor que nos dirijamos hacia el ala sur. Nos dará tiempo para pensar en lo que sea, para intentar alguna cosa.

Tara estuvo de acuerdo con Wire —Sí, creo que deberíamos ir hacia el ala sur.

Mientras habían estado hablando, no dejaron de escucharse diversas explosiones y se percibieron también, apagadas voladuras, lo que era claro indicio que la banda de El Gorrión iba progresando hacia el ala oeste. Los *Arribanos* intercambiaron miradas entre ellos y finalmente, la Reina Madre, cuya palabra implicaba lógicamente el mayor peso en las decisiones, asintió y dio la orden.

Fueron disparados en dirección al ala sur, que era la parte mejor construida y arquitectónicamente, más bella de todo Arriba. Los techos de los grandes pasillos se dirigían hacia lo alto, de forma que daban al lugar la apariencia de una bóveda catedralicia. Los suelos estaban mucho menos desgastados como si el lugar hubiera sido menos hollado, que el resto de Arriba.

Se alejaron lentamente del estruendo formado por las operaciones con dinamita, que El Gorrión estaba fomentando, aunque podían seguir notando bajo sus pies las repiqueteantes vibraciones. La maciza construcción de aquel lugar era algo que sobrecogía. Monk y Ham que habían estado en Egipto durante una temporada y estaban familiarizados con las pirámides, pudieron destacar la similitud de las construcciones del antiguo Egipto, con éstas, creadas por los habitantes de Arriba.

Esto hizo que Long Tom se acordara de una cosa.

—Hey, ese idioma —dijo— Es algo que me ha estado rompiendo la cabeza y tenía la intención de preguntarle a alguien sobre ello. ¿De qué tipo de lenguaje se trata?

Tara le contestó —Arribano.

—¿Huh?

—La lengua perfecta.

—No lo acabo de entender —dijo Long Tom— La verdad es que el lenguaje suena asombrosamente claro y fácil.

—Es que lo es. Debe serlo. Mi pueblo ha dedicado… doscientos años en desarrollar un idioma universal perfecto —Tara le sonrió— Vea, cada raza, cada nacionalidad, encontrará este lenguaje… tan fácil de pronunciar y tan fácil de hablar… como le ha parecido a Ud…, Es un lenguaje basado… en la estructura muscular de los órganos de la voz del cuerpo humano. Todos los sonidos de este idioma,… son fáciles de reproducir… por dichos órganos.

—Ya comprendo.

Tara finalizó su explicación —Este idioma, es como la risa…

Todo el mundo puede... hacerlo.

La propia chica estaba ahora sonriendo. Long Tom, quedó tan prendado por su belleza, que olvidó todos los enigmas del lenguaje de los Arribanos. Pero había otras ventajas, además. Todo el idioma sonaba mucho mejor que el esperanto o que cualquier otro de los intentos de idioma universal, creados o intentados hasta la fecha.

Llegaron por fin al ala sur, donde había unas enormes estancias, muy agradables, que gozaban de una luz azulada que provenía de la grisácea luz invernal que atravesaba los cristales de cuarzo de los edificios. El mobiliario, de alguna forma, era igual que su lenguaje, cualquier persona lo consideraría cómodo.

Monk y Ham, repentinamente conscientes de su largo cautiverio y de su gran cansancio acumulado, se dejaron caer sobre los butacones.

Long Tom los miró pensativo. El mismo sentía un gran cansancio. Se tocó sus labios, amoratados, heridos aún por las salvajes heridas que le habían infligido cuando fue capturado en la isla de Jinx.

—Me parece que huelo algo —murmuró— Es como la medicina asquerosa con la que me unté los labios. Pero parece que huela a rosas.

Tara le dijo sonriente —Está oliendo las rosas de nuestros invernaderos. Criamos muchas especies de rosas en esta época del año.

—Sus perfumadas rosas —dijo El Gorrión explayándose— serán las que les provoque la muerte.

Finalizó su apresurada supervisión en torno a la introducción lo más aprisa posible, del gas venenoso en el sistema de ventilación que suministraba a Arriba el aire de la montaña, filtrado y ya caliente.

Todo el mundo iba ya provisto de máscaras antigás, que además eran de un modelo que les permitía conversar entre ellos —no en voz alta, pero sí con el suficiente volumen como para mantener contacto a una distancia de algunos metros.

Bear Cub hizo un comentario —¿Rosas, eh? Me parece que estoy oliendo a rosas yo también...

—Es el gas —les explicó El Gorrión. Se rió satisfecho, haciendo que el diafragma de su máscara antigás, hiciera extraños ruidos

estrepitosos, fruto de su malsano regocijo.— Ya conocía el asunto del cultivo de las rosas en estas épocas del año. El gas, de origen, está un poco perfumado, de manera que se pueda advertir su presencia. Es de lo único que te das cuenta antes de haber inhalado demasiado. Lo que he hecho es ponerle perfume de rosas al gas.

Nadie dijo ni una palabra.

Miró a su alrededor y les comentó —¿Ingenioso, eh?

Todos mostraron apresuradamente su acuerdo con el jefe, moviendo la cabeza, pues no se atrevieron a aplaudir o hacer comentarios. Era uno de aquellos momentos en que El Gorrión aparecía como su líder y lo mejor era comportarse de acuerdo con este postulado. Todos empezaron a arrastrarse por un amplio patio cuando uno de los hombres musitó algo para sí mismo. O por lo menos así le pareció al jefe, por lo que El Gorrión miró al lado y preguntó —¿Qué has dicho?—. Sus ojos se habían empequeñecido y habían tomado un aire siniestro tras la máscara antigás.

—Te decía —mintió el murmurador— que me condenen todos los diablos si sé cómo se te pueden ocurrir unas ideas tan estupendas y en cambio las mías son tan deficientes.

El Gorrión se sintió satisfecho.

—Vamos —le riñó— El gas ya debe estar haciendo su efecto. Entremos dentro.

Empezaron a encender las mechas de los paquetes de dinamita que ya estaban preparados anteriormente. Dos puertas más, cayeron derrumbadas, si bien con bastantes dificultades, pues una de ellas requirió el empleo de una segunda carga.

Inesperadamente, se encontraron con la sorpresa que no había más puertas cerradas frente a ellos. Esto les dejó bastante intrigados. Entonces vieron a dos *Arribanos*, desplegándose por la puerta.

—Ah —dijo El Gorrión— Esos dos tipos nos están cerrando las puertas.

Wilfair Wickard, que en ningún momento había estado en primera línea con el resto de los de la banda, agarró el brazo de El Gorrión.

—Oye mira, quizás fuera preferible que dejáramos al gas cumplir con sus efectos. —dijo.

El Gorrión se lo quedó mirando socarronamente —El miedo te

ha puesto tan amarillo, que si quisieras escupir, te saldrían canarios por la boca, en vez de salivazos. Aunque bien pensado, no es tan mala idea.— Volvió la cabeza para decirles —A ver vosotros, tomároslo con calma, el gas trabaja con rapidez pero no estará de más darle un poquito más de tiempo.

Momentáneamente hicieron un alto, quedándose en una estancia bastante amplia, para dejar pasar el tiempo. Uno de los bandidos miró a través de los techos de cristal de cuarzo. Era como un domo, visto desde abajo. No había metal entremezclado en el cristal, no había nada excepto el propio material transparente que se daba soporte a sí mismo. Era impresionante, incluso en una era de modernas estructuras milagrosas.

—Sparrow (gorrión) —dijo— ¿Qué es lo que haremos con este lugar, ahora que prácticamente ya es nuestro?

—Deja esa estupidez de Sparrow —dijo El Gorrión— Llámame El Gorrión. Jamás actué con el nombre de Sparrow.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Qué es lo que haremos con todo esto?

El Gorrión dio un resoplido —¿Y qué diablos quieres tú que hagamos? Estando, además, aquí, encima de estas montañas. Que se lo lleve el diablo.

El hombre dio una mirada a su alrededor. —¡Un lugar tan enorme como éste! Creo que deberíamos intentar pensar en algo...

—El artilugio de la piedra que habla —le recordó El Gorrión— Eso nos proporcionará dinero a espuertas. Podemos vender el aparato. Lo podemos usar nosotros mismos. Diablos, mirad lo que yo haría: Se puede sintonizar para escuchar cualquier tipo de conferencias secretas...

El hombre al que tanto le impresionaba el país de Arriba, se pasó la mano por la barbilla —De todas formas, sigo pensando que es una pena dejar que un lugar como este se vaya a freír espárragos y más ahora, cuando todos los que lo habitan ya deben estar muertos.

Alguien soltó una brutal risotada —Es una pena que tampoco sobreviva alguna de esas fabulosas chicas de Arriba.

Finalmente fueron todos a ver lo que se había conseguido con el gas venenoso.

CAPÍTULO XV

El CLARIVIDENTE

CUANDO El Gorrión vio a Doc Savage tendido sobre el suelo de piedra bajo la luz con tintes diamantinos, que provenía de los techos transparentes, se sintió complacido. Estaba tan satisfecho, que soltó un berrido que le arrancó de cuajo la parte correspondiente a la boca, de la máscara antigás. La recuperó a toda prisa y se la ajustó nuevamente. Temeroso de que no se hubiera desvanecido aún todo el gas, no se atrevió a volver a reír. En realidad, estaba tan asustado, que incluso se le quedó la faz un poco verde. Y es que aún quedaba alguna posibilidad de que hubiera inhalado algo del vapor venenoso.

Pasó más de un minuto completo, antes que El Gorrión, se atreviera ha hablar de nuevo. Fue entonces, cuando se convenció que estaba incólume.

Agitó el brazo ostensiblemente, diciendo —Esparcirse por ahí— ordenó. Aquí tenemos a Savage. A ver si es posible que encontréis a los otros.

Sus hombres se desparramaron por las estancias adyacentes. Bear Cub y otro par regresaron enseguida intentando intercambiar información, moviendo sus brazos atropelladamente y volvieron a salir corriendo de nuevo, hacia las enormes habitaciones.

—Los hemos pescado con el gas, a todos ellos —informó Bear Cub— El Monk y el otro, Ham, están algo más allá. Igual que Long Tom y Wire.

—Esto es algo estupendo —comentó El Gorrión— Entrad por ahí y empezad a buscar entre todos. Es necesario que encontremos la información confidencial que necesitamos sobre las piedras que hablan.

Vio cómo los dos pillos se volvían a meter por la habitación en la que habían encontrado a Monk, Ham y al resto.

Entonces, El Gorrión se dio la vuelta y se arrodilló agarrando a Doc Savage —y en ese preciso momento, fue él quien sintió que era el hombre de bronce, el que le agarraba. La sorpresa pareció entonces que era un terrible monstruo gozoso, que había penetrado en el interior del cuarto. Y en los otros cuartos, a juzgar por los aullidos y los berridos, debía estar ocurriendo lo mismo.

Doc Savage se levantó en cuanto tuvo bien agarrado a El Gorrión. Caminó con él hacia el frente, levantándolo físicamente, y manteniéndolo en vilo. El Gorrión, posiblemente no estaba totalmente indefenso por el agarrón del hombre de bronce, aunque no fuera muy suave precisamente, pero fue más que nada el terrible asombro lo que le tenía paralizado momentáneamente.

Había un par de pillos más en el cuarto y Doc intentó darles un golpe usando el cuerpo de El Gorrión como arma de ataque, consiguiendo tumbar a uno de ellos, que cayó al suelo. El otro intentó ir hacia atrás intentando separarse de la melée a la vez que intentaba empuñar su arma.

Doc soltó a El Gorrión y luego le golpeó con la mano abierta, sobre la máscara de gas. El Gorrión se cayó sentado tontamente, con las piernas cruzadas, graznando y tosiendo, en una mezcolanza de dientes y fragmentos de la pieza de la boca de la máscara antigás.

Monk estaba berreando estrepitosamente por algún lado allí cerca, le encantaba el máximo de ruido cuando se peleaba. No había un patrón para sus aullidos. Sencillamente, voceaba, lanzaba gritos estentóreos y berreaba por la simple satisfacción que le producía armar el escándalo.

Bear Cub salió violentamente de una de las habitaciones, corriendo a tal velocidad que sus pies se deslizaban por el suelo como si llevara patines. Se deslizó por una de las puertas.

Long Tom Roberts le persiguió ansiosamente. Iba con las manos vacías, aunque Bear Cub pareció no darse cuenta de ello. O quizá lo que temía es lo que veía en la expresión vengativa de Long Tom.

Wilfair Wickard estaba dando gritos en algún lugar próximo, sin ningún motivo aparente. No parecía que hubiera nadie haciéndole ningún daño, pero sus gritos no pararon de oírse. Daba la impresión de estar absolutamente aterrorizado.

Doc Savage estaba luchando con los dos hombres que estaban con El Gorrión. El hombre de bronce estaba sufriendo lo que para él era un gran problema. Habitualmente, luchas de tres contra uno, teniendo a su favor el factor sorpresa, no eran nada que le inquietara. Pero debemos recordar que había estado mucho tiempo sin dormir lo suficiente y por si fuera poco, la altitud le estaba trastornando. El Gorrión y su gente habían estado suministrándose tomas de oxígeno, que les habían ido conservando las fuerzas y también sus máscaras antigás iban equipadas con suministro autónomo de oxígeno.

El Gorrión rodó sobre sí mismo en el suelo, intentando con sus manos sobre la cara, sacarse la máscara que tenía medio aplastada.

Doc alcanzó al hombre que intentaba empuñar un arma y le agarró por el brazo. Hizo servir un truco que no requería mucha fuerza, pues acto seguido le puso su pierna tras la rodilla, dio medio giro y lo hizo saltar por el aire, derribándolo de espaldas y luego le dio un golpe seco en la sien. El granuja se quedó tieso en el suelo, como un perro dormido.

El hombre que aún estaba en condición de hacer daño, se incorporó a medias sobre sus pies, entonces giró la cabeza por encima de su hombro, para ver dónde estaba Doc y empezó a correr desesperadamente. ¡Se fue corriendo, precisamente casi echándose sobre Tara, sin haberse dado cuenta de lo que hacía! Pero no llegó a arrojarse sobre ella, porque ésta lo tumbó de un golpe seco en el cráneo, con una de las bolas del artefacto estilo boleadora, que sabía usar a la perfección.

Tara no le golpeó con la suficiente fuerza, pues el pillastre se arrastró, se pudo levantar e intentó iniciar la escapatoria. Tara, le lanzó su arma arrojadiza y dio con él en el suelo.

Monk entró corriendo en el cuarto que era una especie de salón central… iba abriendo y cerrando las puertas mirando dentro. Parecía muy enfadado.

—¡Se acabó la guerra, maldita sea! —se quejó.

Se acercó hasta El Gorrión que estaba aún quejándose, con los trozos de dientes y boquilla de la máscara rota.

—¿Te encuentras bien, huh? —le preguntó con falso cariño, Monk.

El Gorrión se limitó a emitir una especie de gargarismo.

—¿Estupendamente, eh? —dijo Monk.— ¿Estás dispuesto entonces a pelear un poco más?

El Gorrión, no abrió el pico.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —le siguió preguntando Monk.

El Gorrión, obviamente no lo sabía.

Monk se lo explicó —Doc pensó que podrías hacer el truco del gas perfumado con aroma de las rosas, por lo que hizo que Tara y los otros *Arribanos*, cerraran los conductos del sistema de ventilación, en este sector. Luego, todos fingimos haber sido gaseados.

Toda esta conversación, no parecía interesarle gran cosa a El Gorrión.

—¿Conseguimos que te tragaras el anzuelo, verdad? —insistió Monk.

De repente, El Gorrión se puso derecho e intentó escapar corriendo. Su propósito era alcanzar un revólver en el suelo, que alguien debía haber perdido en el tumulto de la pelea. Monk le atizó con ganas, se tomó su tiempo, incluso llegó a soplarse los nudillos antes. El puñetazo fue lo suficientemente fuerte como para mandar a El Gorrión por los aires, en una increíble voltereta.

¿Vaya, parece que tenemos a un acróbata entre nosotros, no? —resaltó cariñosamente Monk.

Monk no obtuvo plena complacencia con la batalla final, pero encontró gran satisfacción con otros acontecimientos que sucedieron al finalizar la aventura.

Lo primero, es que encontró a Habeas Corpus. Habeas era el cerdito mascota de Monk. Y, además, lo encontró gordo y satisfecho. Los *Arribanos* se cuidaron más del puerco de Monk, de lo que lo hicieron con él mismo. Los *Arribanos* no dejaron de pedirle excusas por ello, pero Monk estaba muy contento. No había dejado de estar muy preocupado por su cerdito enano y lo que le pudiera haber ocurrido. Química estaba con el cerdito, lo que no agradó demasiado a Monk y habría que haberle oído quejarse por ello, pero resultó de lo más grato para Ham. En realidad, ambos habían estado muy preocupados por lo que le podía estarles ocurriendo a sus cachorros.

Lo segundo fue el tratamiento que Doc decidió aplicar a El Gorrión y su pandilla y también para asegurar que la existencia de

Arriba se continuara manteniendo en secreto.

Doc lo consiguió mediante la anestesia, aplicada a El Gorrión y a sus compinches, para poderlos trasladar vía aérea hasta la parte norte del estado de Nueva York, que era un viaje muy largo, pero que valdría la pena que se hiciera. En la parte alta del Estado de Nueva York, Doc mantenía una institución única para la cura de los criminales y que llevaba trabajando desde hacía varios años, si bien jamás había sido dada a conocer al público, pues sus métodos, podían rozar la línea de la ortodoxia.

Los pacientes ingresados en dicha institución, eran invariablemente, criminales. Les eran aplicadas operaciones cerebrales que les eliminaban los recuerdos de su pasado. Tras lo cual, eran sometidos a diversas enseñanzas y se les enseñaban oficios y posteriormente se les dejaba en libertad. Este tratamiento tenía un porcentaje de éxito, próximo al cien por cien.

Terrence Wire anunció su intención de quedarse en Arriba. Quería convertirse en un *Arribano* más, lo que contaba con el beneplácito de Tara pero con el consiguiente disgusto por parte de Monk y Ham, lo que ocurría habitualmente cuando otro individuo conseguía para sí alguna muchacha bonita.

Lo que más les sorprendió, fue la decisión de Doc de permanecer algún tiempo más en Arriba, para estudiar. Los *Arribanos* habían desarrollado muchas cosas en las que Doc estaba muy interesado. La más interesante de todas ellas, según explicó el propio hombre de bronce, era su actitud mental, la filosofía de la vida, que les había llevado a moldear durante tantos años de vida aislada su forma de ser.

Monk, Ham y Long Tom se encargaron pues de conducir a los prisioneros al norte del estado de Nueva York para dejarlos en la institución de cura de criminales.

También se encargaron de llevar con ellos “la piedra que hablaba” y hacerla llegar al Departamento de la Guerra, para ser estudiada y por si pudiera ser de utilidad.

—El artilugio —comentó Doc, avisándoles— no es el invento del siglo que El Gorrión se creyó que era.

—¿Huh? —se sorprendió Monk.

—Sí, por ejemplo, a duras penas funciona, y, aún así, irregularmente, al nivel del mar —dijo Doc.

Monk ya sabía que el hombre de bronce había estado haciendo algunas pruebas con las piedras habladoras. Murmuró en voz baja —Eso las convierte en una especie de fracaso, ¿no es así?

—Detectores aéreos —explicó Doc—.

—¿Huh?

—Estos ingenios —le explicó Doc— pueden ser instalados en globos cautivos y dejarlos a una altura de siete mil metros, donde podrían servir perfectamente como detectores de aviones.

Monk asintió —En este caso, el ingenio aún resultará ser útil, después de todo..

Más tarde, introdujeron a todos los prisioneros en los aeroplanos.

Long Tom no fue muy amable con Bear Cub, al que había cogido y le había pegado una paliza que le había dejado hecho polvo. Long Tom miró a su alrededor para ver si Doc estaba por allí cerca.

—¿Sabéis? Tengo medio pensado pegarle una patada a este demonio cuando volemos sobre los picachos de las montañas y tirarlo por la borda, cuando estemos bien altos —murmuró.

Monk se frotó la barbilla —Si por casualidad resultara salir ileso, sería una cosa muy, pero que muy mala.

—¿Salir a salvo? —resopló Long Tom— ¿No creerás que caería hacia arriba, verdad?

Monk inspeccionó a Bear Cub, cuidadosamente. —No veo que tenga alas— admitió —Venga, de acuerdo. Le pegaremos una patada y lo echaremos por la escotilla. Bear Cub, parecía desconocer, a la vista de su expresión totalmente rígida, la política de no causar jamás la pérdida de una vida humana, deliberadamente.

La manifestación de Long Tom, con respecto a la imposibilidad de que el hombre no caería hacia arriba, tendría un completo significado en un futuro muy cercano, y es como si Long Tom hubiera sido un clarividente con la más eficaz bola de cristal.

Como un ejemplo de ello, relataremos ahora una conversación que tuvo lugar unas semanas más tarde, entre Monk y Ham. Los hechos ocurrían en la ciudad de Nueva York.

Patricia Savage, la prima de Doc, se reunió con ellos en su cuartel general. Pat se había sentado en el salón recibidor y se estaba poniendo un poquito de cinta adhesiva en uno de sus

magníficamente bien torneados tobillos.

—Me alegra muchísimo veros —les dijo— ¿Qué es esa cosa verde, que hay por aquí?

—Niebla —cuchicheó Monk.

—No me hagas reír. La niebla es de color gris.

—De acuerdo, puedes hacer lo mismo que estoy haciendo yo y ver de adivinar qué diablos es eso —le replicó Monk.

Patricia Savage, gozaba de muchas de las características de su primo, Doc. Tenía sus mismos ojos dorados y su destacado pelo de color cobrizo, así como también algo del mismo tono bronceado de su piel.

—¿Qué es lo que le ocurre a Ham? —se le quedó mirando— Me da la impresión de que le pasa alguna cosa.

Monk se rió entre dientes, como si se tratara de una broma horrible. —Está muy nervioso. Acaba de ver a un hombre cayéndose hacia arriba y esto le ha enfermado.

—¿Arriba? —Pat puso una cara de asombro— ¿Quieres decir hacia arriba?

Ham se volvió hacia Monk y pegó un grito terrible. —¡No debías haberle dicho nada, especie de memo estúpido! ¡No ves que nadie nos va a creer!

Pat se quedó lívida. —¿Creéis que alguien en su sano juicio puede haber visto caer a un hombre hacia arriba?[12].

—No es un cuento, es un hecho —dijo Monk lúgubremente.

—¿Y hasta dónde se cayó?

—Se perdió de vista y no nos preguntes a qué altura llegó —le suplicó Monk.

Pat se los quedó mirando por un momento —Alguien— dijo — ha perdido completamente la cabeza.

FIN

NOTA SOBRE LOS MICRÓFONOS

Colaboración del licenciado en Física Miquel Serra I Martí

EL micrófono es un dispositivo que transforma las ondas sonoras procedentes de la vibración de un medio (aire) en ondas eléctricas equivalentes.

En relación a su funcionamiento existen varias clases de micrófonos:

De carbón: Son los más antiguos y sencillos. No ofrecen mucha calidad Se utilizan sobre todo en telefonía y se basan en la variación de resistencias de contacto entre los granos de carbón contenidos en su interior a continuación de la membrana de entrada.

Electrostáticos: También llamados de condensador porque su principio de funcionamiento está basado en la variación de la capacidad eléctrica.

Electrodinámicos: Utilizan el principio de las corrientes inducidas al mover una bobina en un campo magnético. Son de mucha calidad y se utilizan en aparatos de precisión. Todavía no eran muy utilizados en la época en que fue escrita la novela por Lester Dent.

Piezoeléctricos: Se conocen con el nombre de micrófonos de cristal. Aprovechan la cualidad del cuarzo y de los cristales de otras sales químicas que al ser presionadas por la vibración del sonido, engendran campos eléctricos. Son a los que se refiere el autor de este libro.

Electrónicos: Se basan en las variaciones de la placa de un tríodo. Se utilizan para altas frecuencias y son de gran calidad.

Estos son los principales, pero no los únicos, si bien los restantes no tienen la importancia de los descritos.

De los anteriormente reseñados, sólo los de carbón y los piezoeléctricos contienen gránulos en su interior. Por tanto como

muchas de estas sustancias pueden apelmazarse con la humedad (igual que ocurre con la sal de mesa en los saleros) era costumbre generalizada, dar golpecitos con el dedo, sobre la cobertura de la membrana, para romper o separar los granitos pegados entre sí, facilitando con ello, la recuperación de sus características físicas, en que se basaba su funcionamiento, antes de empezar a hablar. Hoy en día, persiste la costumbre de golpear los micros, aunque sean de otros tipos, que no requieran el desapelmazamiento, pues ya no contienen los gránulos, sin que los que lo hacen sepan el origen y sentido de este comportamiento.

Novela original nº 112
Título original: *The speaking stone*
Publicada en *Doc Savage Magazine*, Junio, 1942
Traducida por Fernando Bosch Serrano

Notas

[1] N.T. Jinx: Gafe, mala sombra < <

[2] Nota de la Edición Original: Ver “ Pirate Isle” ejemplar del Doc Magazine nº 111 de mayo de 1942. (Está inédita en castellano, por el momento)<<

[3] Bear Cub —Cachorro de oso < <

[4] N. del T. En castellano en el original< <

[5] Nota del Autor: (En castellano en el original) Una *bola* es un ingenio usado en América del Sur por los gauchos y los vaqueros, aunque con menos frecuencia de la que se cree. Su uso no está tan generalizado como el lazo de cuerda que usan los cowboys americanos aunque es mucho más eficaz y más violento. Una bola tiene de alguna manera, las mismas cualidades de un arma. Acostumbra a estar compuesta de dos o tres pesos unidos por una especie de tela de araña de correas de cuero. < <

[6] N. de T. Nombre de un pequeño mamífero, marsupial, omnívoro. Acostumbra a hacerse el muerto cuando se ve en peligro. < <

[7] N. del T.: Juego de palabras con el nombre de este protagonista, *Wire*, cable o alambre y *wheels*, ruedas, en referencia a los cables que van unidos a las ruedas en algunos vehículos y conectados a los frenos o a la dirección. <<

[8] Nota del Autor: En términos médicos, ésta es una enfermedad que sufren los alpinistas o los que viven a grandes alturas. La causa principal es una rarificación del aire. Sus síntomas son la fatiga, las dificultades para respirar y en general, la impotencia a menudo acompañada de nauseas y dolor de cabeza. Es muy parecida a la que Doc Savage se refiere en repetidas ocasiones como “enfermedad de la estratosfera” aunque muestra algunas diferencias, siendo esta última mucho más grave y lamentablemente, mucho menos comprendida y estudiada por la ciencia médica. <<

[9] N. de T. Se refiere a uno de los personajes de la popular tira cómica americana de la época, Li’l Abner, del dibujante A l Capp, más tarde llevada al cine y la televisión. Destaca por su humor ácido y por ser una sátira de la vida americana. < <

[10] N. del T. Se refiere a las populares hojas de afeitar Gillette azules, que por aquellos tiempos había empezado a popularizar la marca Gillette en todo el mundo. Eran unas hojas de color azul acero, de un modelo llamado BLUE GILLETE BLADE y que rápidamente fue imitado por otras marcas. Su color azul intenso era característico. < <

[11] N. del A. La peculiar reacción del cuarzo y las sales de Rochelle a las corrientes eléctricas y a la inversa, a las ondas de sonido, es desde luego un fenómeno conocido por los científicos desde hace mucho tiempo y se utiliza ampliamente.

El fenómeno, conocido como piezo-electricidad, fue descubierto por P. Curie en 1886. Uno de los usos comunes en los que se han utilizado derivados del selenio, es el de los micrófonos comunes de cristal, comúnmente empleados en todas las emisoras de radio, en los micrófonos de los sistemas públicos de direcciones. En todas las emisoras de radio-aficionados hay un micro de cristal que funciona gracias a este fenómeno.

Para más información, ver el final del libro. < <

[12] N. del T. Se está refiriendo a la siguiente novela de la serie, inédita en castellano por el momento, titulada “The man who fell up “ y que apareció en el Doc Savage Magazine, en julio de 1942, con el nº 113<<